

CR - 17 - 2014

TÍTULO

OTRA HISTORIA

AUTOR

## SIXTO SANZ CABRERA

Aquel camino no era el que yo debía coger, pues me confundí al creer que era mi destino dicha vía pecuaria, al alejarme de ti; de todo lo que te rodeaba y de tu entorno de muerte, esa contienda enorme en la que estaban sumidos todos los países del viejo continente y algunos más.

No, no era; pues de vez encunado se oía el rugir de alguna bomba, caída cerca de mí, y otras se veían que caían por la llamarada altiva que hacían al explotar a mi lado, que por suerte salí ileso de aquel calvario furtivo donde yo me encontraba.

A duras penas podía avanzar un metro por los escombros que había de trecho en trecho y los numerosos socavones que hacían aquellas bombas al caer en el suelo; así que me costó bastante tiempo en resguardarme en aquella nave medio derrumbada, ya que en sí no se sostenía por los materiales que le faltaban en su interior y en su fachada, a causa de las muchas explosiones que había recibido del bombardeo hacía poco y de la mucha metralla con que la habían fustigado las tropas enemigas en contra del bando donde yo me encontraba.

Sí, me encontraba de casualidad en aquella parte de un cuerpo de ejército, en donde se luchaba con tensión y con coraje, en donde yo conservaba un hilito de vida de pura casualidad; pues la metralla no me había logrado tocar ni un solo pelo de mi cuerpo. Y por otra parte, todavía no me habían visto los fieros luchadores de aquel lugar de batalla, por estar todos sus defensores atareados en la lucha inmortal que estaban librando con los otros contendientes de la parte opuesta.

No obstante, yo veía que el teniente se iba acercando a mí al tomar posición para poder defender mejor la plaza que le habían encomendado sus oficiales. Iba a ser visto de un momento a otro, y yo no sabía lo que hacer; pero decidí no mover ni un solo músculo de mi cuerpo, y eso fue lo que me ayudó a permanecer invisible a las tropas de aquellos aguerridos contendientes: Y eso que el teniente se había quitado la guerrera echándomela a mí por lo alto, sin saber que yo estaba allí. Tal vez aquello fue lo que me salvó, ya que me tapó la guerrera del teniente por completo, al estar yo en situación puesto como un feto: De cubito supino.

En un descuido del teniente, salí corriendo hacia una casa que había más alejada de la contienda, y al entrar en ella me pude dar cuenta que era una casa de algún labrador de los súbditos de aquella Nación, no dudando cambiarme la ropa que llevaba, de un buen defensor de no sé qué, por la de aquel labrador y cuando me vi vestido de tal guisa, no pude por menos que extrañarme al verme con aquellas ropas, como de cosaco.

Blusa mayor que las ordinarias, y pantalones anchos; permitiendo entrar el aire por ellos sin ningún impedimento, hasta que me pude dar cuenta que aquel labrador usaba calzoncillos largos ajustados a la pierna, poniéndomelos yo y al momento sentí una cierta calor en toda mi pierna, como así noté que había dejado de entrar el aire a su modo y manera dentro de mis piernas.

¿Aquello estaría bien, aquello estaría mal?: Esa era mi duda, pues me había cambiado de estamento social en un rato, y cuando fuesen a pasar listas mis oficiales, yo sería un prófugo de mi bandera. ¿Qué hacer en tal ocasión?.

Y sí lo hice, al estallar una carga mortífera en la fachada de aquella casa, saliendo corriendo de allí para irme a resguardar mejor en unos barracones que había allí cerca; que tal vez serían las cuadras de aquel labrador, pero eso sí: Allí no había ningún ganado, ni ninguna gallina para cucarse un huevo en aquellos precisos momentos de desesperación para mi Alma maltrecha por las circunstancias de la contienda.

Me encontraba tan atareado buscando algo de comida, que no me di cuenta de la presencia de dos soldados que habían entrado en dichas cuadras buscando otro tanto de lo mismo que yo estaba buscando. Me tenían encañonado con sus fusiles de asaltos; pero en cambio se los veía en la cara un cierto atisbo de quererme preguntar por algo o por alguien, como si yo les entendiese. No dudando ni un sólo instante en hacerlos una señal, como que yo era sordo mudo, haciendo los dos soldados un gesto con la mano de quererme dejar allí, y así lo hicieron.

Pues qué bien: Me habían tomado aquellos soldados por un labriego de aquella Nación ocupada por ellos, y no era eso sólo; que al poco tiempo me divisaron los restantes defensores de aquella plaza sin apenas hacerme caso alguno. Hasta el punto que me pareció que yo era invisible, de tal manera que corrí otra vez a la casa del labrador consiguiendo enterrar mi uniforme para que no se diesen cuenta de mi existencia como brigadista azul.

Cuando volví donde estaban aquel cuerpo de ejército los cogí comiendo a todos sus componentes y una de ellos me miraba mucho sin saber qué quería; pero al cabo de un rato vi que cogió un plato llenándolo de carne para venir donde yo estaba a

ofrecérmelo. Comencé a comer como un desesperado, riéndose de mí todos aquellos aguerridos soldados por verme zampar de tal manera.

Lo peor no fue eso, lo peor fue cuando uno de ellos se acercó a mí diciéndome algo que al principio no le comprendía; pero cuando empezó hacer otros gestos con las manos más sofisticados le comprendí lo que me estaba preguntando, a su manera.

Aquel soldado quería saber de dónde era yo, y más rápido que el viento le indiqué con un gesto mío que era de una ciudad un tanto lejos de allí y señalándole a la casa de labranzas le quise decir, que me encontraba allí por motivos de mi trabajo. No se si me entendió; lo cierto fue que me dejó en paz para irse a sentar junto a sus compatriotas, el resto de los soldados.

Aquel día hubo algunas escaramuzas, solamente se tiraron algunos tiros y no muchos; pues se dedicaron a defender la trinchera con sumo interés. Yo aproveché para ir a donde había saltado del tren que me llevaba al lugar de mi destino; que por casualidad, no era donde yo me encontraba. Me dio un vuelco el corazón al ver los vagones de las unidades de aquel tren desechas por completo; pero como todos mis compatriotas habían saltado de aquel vagón, junto conmigo, yo no me preocupaba por saber cómo se encontraban mis compañeros de arma: Se suponía que estarían bien, en la medida que pudiesen, pues tal vez habían sido hechos prisioneros por las fuerzas atacantes, y no me equivocaba.

Al llegar otra vez a la primera línea de fuego, uno de aquellos soldados me dio un cubo lleno de agua señalándome el cobertizo donde yo estuve escondido por primera vez. Quería que llevase aquel cubo de agua a dicho lugar, no resistiéndome para nada; así que decidí llevar el cubo a dicho cobertizo, y ¡OH! sorpresa, de sorpresa. Se encontraban allí mis compatriotas atados por medio de unas cuerdas bastantes fuertes.

Ellos se quedaron asombrados al verme a mí; pero más asombrado me quedé yo cuando los vi de tal manera y con una cara de espanto, como esperando algo no bueno para ellos.

Dejé el cubo en el suelo y sin hablar ni una sola palabra me dirigí al teniente quitándole las ataduras para ir poco a poco liberando al resto de mis compatriotas; que me miraban con cara de extrañados. Yo le hice una señal de que no me hablasen nada, ya que yo no podía hablar, comprendiéndome perfectamente cada uno de la unidad de aquel pelotón de soldados aguerridos y valientes.

Les indiqué con las manos de que saliesen de allí lo más rápidamente que pudiesen, no sin antes haberse bebido el agua del cubo con un ansia enorme, por la sed que tenían cada uno de ellos.

Y sí, salieron de aquel lugar de encierro más ligero que una paja, no sin antes volverme a echar unas miradas, como de no comprender nada de lo que yo hacía; y sobretodo de no estar entre ellos, ya que era mi puesto y mi deber.

El teniente se volvió para cogerme de un brazo y arrastrarme con ellos Dios sabe dónde, no poniendo ninguna clase de resistencia por mi parte y dándome tres cuartos casi me vistió con aquella prenda. Volvía a ser uno más de mis compatriotas; pero yo veía que no íbamos a ninguna parte, pues ni hasta medio de transporte teníamos propio: Hasta allí habíamos llegado en tren antes de habernos bombardeado el convoy.

El resto de los días lo pasamos huyendo de nuestros enemigos, y poco a poco me fueron equipando del resto de las prendas de uniforme, para volver a componer una unidad más dentro de aquel pelotón de soldados brigadistas.

La segundo contienda mundial estaba en todo su auge, y los nervios eran mucho; de modo que no sabíamos dónde dirigirnos, ni a qué lugar acogernos; metiéndonos nosotros mismos entre medio de las tropas atacantes.

Habíamos estado dando vueltas y vueltas sin saber que siempre estábamos en el mismo sitio; pero ésta vez nos metidos en todo el contingente de soldados de aquella Plana Mayor, haciéndonos prisioneros a todo el pelotón de fervientes y buenos soldados aguerridos brigadistas.

A mí me separaron inmediatamente, por medio del teniente de aquellos atacantes; ya que me conoció, pues tal vez creyó que estaba siendo prisionero de los brigadistas y sin esperar otro contratiempo me llevó a las cocinas de aquel regimiento.

Aquel regimiento estaba asentado en un lugar estratégico; en donde no se le podía ver hasta que no estuvieses cerca de sus barracones, y ya metidos detrás de las líneas de vigilancia de aquellos soldados.

Me encontraba empeñado en pelar varios sacos de patatas, en las dependencias de las cocinas, que al parecer eran enormes, como para dar de comer a tantos soldados como había allí; cuando se acercó a mí un jefe de graduación mayor que todos aquellos soldados y preguntando al teniente, éste le indicó que era de sumo interés tenerme entre ellos.

No sabía lo que quería decir con aquellas palabras; pero mi intuición era mucha y me podía suponer lo que se me estaba avecinando; pues al poco tiempo de estar yo entre dicha tropa se me llevó a comandancia tomándome las huellas dactilares y haciéndome una ficha en perfecto orden, dándome cuenta de que ya engrosaba parte de aquel ejército. Tanto era así, que se me vistió con uniforme y con los galones de cabo, teniendo mucho cuidado en no llegarme a donde estaban mis camaradas en aquel regimiento formado rápidamente para la conquista de aquella Nación.

Pronto llegué a sargento, por el mucho interés que puse en cumplir las órdenes y en la suma perfección que ejecutaba las mismas; pues hasta había sacado alguna que



otra vez del atolladero donde se había metido mis compañeros, por falta de vista en aquellas avanzadillas.

Hasta que por fin un día me llamó el teniente, diciéndome que ya podía hablar y oír perfectamente; que era un componente más de aquel ejército y que mi mejor labor la haría oyendo y hablando perfectamente. Tomé una bocanada de aire en los pulmones y como no podía retener por más tiempos aquel aire en los alvéolos pulmonares resoplé con fuerza como quitándome un peso de encima: Fue como el bufido de un toro.

Me siguieron dando libros y algunos apuntes para promocionarme entre los suboficiales; así que ahora sí llegué a la graduación de suboficial, asignándome en poco tiempo a Comandancia, y ahí ya sí pude ver para qué me querían: Pues me dieron unos libros que me extrañaron mucho en sus lecturas, ya que contenían las formas de evasión o de no decir nada al enemigo.

No obstante yo permanecía agregado a la Plana Mayor del ejército atacante en aquella Nación hermosa y agradable, como era Polonia. Era más bien una célula como de ayudante para que cumpliesen las órdenes los soldados que agrupaban dicha división militar de a pie, dentro de la logística.

Poco a poco me fueron imponiendo en dichos menesteres, apoyado por los estudios que estaba haciendo: Yo no podía decir nada, aunque lo supiese, ni hablar con nadie sobre las órdenes dadas a mi compañía; pues siempre estaba mi teniente en guardia para que eso no se llevase a cabo.

Tal vez se me había elegido a mí por haber sido estudiante en España, y un buen estudiante; ya que me sacaba notas muy buenas y destacaba en las materias que el Ministerio nos había asignado para que estudiásemos durante nuestra carrera. Por lo tanto tenía la picardía que le caracteriza a un estudiante dentro de su cuerpo y pensaba a la velocidad del rayo, pese a que no supiese la respuesta; pero retorció la forma de tal

manera, que tuviesen que hacerme otra vez la misma pregunta con más detalles para mi intelecto personal.

Yo me estaba posicionando sobre aquel terreno y aquel lugar; pues mi pelotón llegó en tren hasta Suwalki, como otras unidades nuestras; pero ésta vez nosotros teníamos las órdenes de seguir hasta cerca de Leningrado, pero lo cierto fue que nuestro tren fue bombardeado teniendo que salir corriendo lejos de dicho lugar. Existiendo el regimiento un poco más retirado de dicho lugar, más lejos del frente.

Mientras estaba pensando dónde podía estar yo en esos días, me di de bruces con un mosquetón, no sabiendo de dónde podía haber salido aquel arma. Cogí en mis manos aquel mosquetón acariciándole todo el, por la añoranza que me traía a mi mente; el ser español y el querer a mi patria: Teniendo que permanecer allí por motivos de conservación sobre mi Alma; más vale caer en gracia que ser gracioso.

Se apresuraron a darme un nombre para que yo le usase dentro de la Plana Mayor de aquel regimiento, o en otras situaciones que pudiese tener en mi vida militar: El nombre fue, Wilmod; y por aquello que los países nórdicos ponían similitud a todo lo que nombraban, tenían un símil: Resuelto el Espíritu.

No estaba muy a gusto con dicho nombre propio; pero me tenía que conformar con el nombre que se me había asignado, por no sé quién y en no sé qué circunstancias, pero Wilmod era mi nombre y lo tendría que llevar con honradez y gallardía durante mi vida militar.

Pensándolo bien, yo no sabía qué hacía allí; si mi acometida era el haber terminado una carrera y de las mayores que había en aquel entonces. No saliendo de avanzadillas y de maniobras por aquellos campos, sin saber cual senda o cual camino iba a tomar, para que la tropa sufriese lo menos posibles en las escaramuzas y encerronas del contrario en aquella contienda.

Y en una de aquellas maniobras, me despisté del resto de mis soldados por haber ido a salvar a uno de mis hombres; ya que se me hizo una especie de círculo por medio de las tropas contrarias, quedando dentro de aquella circunferencia mal nombrada.

Tuve suerte, con todo y eso; ya que aquellos montes contenían infinidad de arbustos pequeños, debido a la mucha metralla que estaban recibiendo, y al mucho fuego de mortero en aquella tierra desolada y quemada, en la que nada se sostenía de pie. Y aunque no se sostenía de pie la copa de aquellos árboles, sí se sostenía el basamento del arbusto, en el que el tronco se conservaba, todavía, verde. Y en uno de esos muñones verdes de uno de esos árboles pude darme cuenta que existía como una especie de cueva pequeña, entrándome allí para resguardarme del acoso contrario. Lo malo era, que si aquella pequeña cueva la había hecho un animal, yo estaría allí de menos; ya que se estaba echando la noche y llegaría el poseedor de aquella oscuridad.

Pues claro que llegó quién habitaba en aquella concavidad, era una culebra de considerables dimensiones; teniendo que salir yo de allí rápidamente y menos mal que ya se habían marchado de dicho lugar los soldados hostigadotes.

Como se había hecho de noche no se veía nada por donde yo me dirigía hacia el regimiento; y a poco de estar caminando en aquella senda vi unas luces a lo lejos dirigiéndome a ellas de inmediato. Pareciéndome raro y extraño la posición de aquellas luces y la manera de maniobrar de los soldados dentro de sus dependencias; además los barracones no estaban alineados, como teníamos nosotros en nuestro regimiento y al mirar a la bandera me pude dar cuenta que me estaba metiendo dentro de las líneas enemigas: Pues al decir verdad, otra vez había estado con ellos cuando encontré el traje del campesino que habitaba aquella granja; ya que en un asalto pasé al otro lado de la contienda sin esperarlo.

Volví sobre mis pasos y a últimas horas de la madrugada llegué al regimiento, echándome el alto un vigilante de una de las garitas.

SOLDADO -. ¡Alto!; Quién va.

WILMOD -. Soy el sargento Wilmod.

SOLDADO -. Alto y seña.

Le di el alto y seña, alegrándose mucho el soldado por volverme a ver; ya que se había corrido la voz de que había sido hecho prisionero por las fuerzas contrarias; presentándose en comandancia a primeras horas de la mañana, para tomar posesión de mi compañía, bajo el mando del teniente Adalhand.

Encontré aquel día al teniente un poco serio, como pensativo; no sabía a qué se debía tal estado de ánimo en aquel hombre.

Pronto supe por qué se encontraba de dicha manera el teniente Adalhand, al verle una fotografía de una mujer en sus manos.

SARGENTO -. Es muy duro.

TENIENTE -. ¡Y tanto!.

SARGENTO -. Tenemos que dejar, madre, novia y todos nuestros amigos para empuñar las armas.

TENIENTE -. ¡Sargento!: El manejo de las armas.

Aquel día nos sinceramos el uno con el otro al contarnos cosas que ni el uno sabía del otro ni el otro del uno, y hasta hicimos planes de acuartelamiento dentro de la unidad que militábamos, ya que el capitán Bernold no se metía en nada; pues el teniente

Adalhand sabía más que le habían enseñado: Bien seguro estaba nuestro capitán de él, ya que le habían instruido a la perfección en dicho ejercito. Yo nombro la graduación de mis oficiales como se hace en España para que nos entendamos mejor entre nosotros.

Era así tanto, que mi teniente me inculcaba las enseñanzas de ser un buen y aguerrido soldado, dentro de las filas de aquel ejercito en aquella contienda; hasta que un día me ordenó espiar a mis soldados para decirle lo que hablaban entre ellos. Ahí ya sí que no: No me gustó ni un pelo saber que yo tenía que ser un chivato, y así se lo hice saber a mi teniente.

WILMOD -. Mi teniente.

ADALHAND -. Dígame, mi sargento.

WILMOD -. No me parece bien ir espiando a mis soldados, para decirle a usted lo que hablan y lo que hacen cada uno de ellos.

ADALHAND -. O lo tomas así, o no se vale en la contienda; sobretodo en ésta sección donde usted milita, mi sargento.

WILMOD -. ¿Es que usted. . . ?.

Me hizo una indicación con el dedo índice tapándose la boca para que no siguiese hablando sobre lo mismo; pues al parecer se acercaba un soldado a mi teniente predispuesto para darle informes de la avanzadilla que habían hecho aquella mañana. No siendo nada halagüeño aquel informe que estaba dando el soldado a mi teniente; pues al parecer, por lo menos, había tres pelotones de soldados avanzando hacia la línea de fuego de nuestros combatientes.

ADALHAND -. Es grave lo que usted me está diciendo.

WILMOD -. ¿Si siempre han avanzado un pelotón sobre nuestras defensas?

ADALHAND -. Sí, mi sargento. Encárguese usted de que no suceda nada.

Y una vez que ordenó mi teniente que se retirase el soldado que le había traído los informes, yo no pude más preguntando a mi teniente, muerto de picardía, por lo que él había querido decir.

WILMOD -. ¿Qué ha querido decir usted, mi teniente; con eso de que no suceda nada.

ADALHAND -. No comprende usted, que lo que nos están queriendo hacer es un círculo, donde no podamos defendernos al cogernos dentro de dicho semicírculo.

Le entendí perfectamente; así que salí raudo a mi compañía cogiendo los más aguerridos soldados que tenía yo en ella, para reforzar las líneas de defensas. Y ya en el frente me pude dar cuenta del engaño que estábamos metidos dentro de su operativo militar.

Ordené a mis soldados que se esparciesen en grupo y dejaran entrar detrás de nosotros a aquellos aguerridos soldados que nos atacaban, y así el cerco se lo hicimos nosotros a ellos, al estar ofuscados por verse dominar dicha situación en la línea de defensa.

Al llegar con aquel contingentes de soldados al regimiento, mi teniente me estaba esperando haciendo gestos con la cabeza de un lado a otro; como queriéndome decir, que no se me oponía nada ni nadie.

SARGENTO -. No es mía toda la suerte que hemos tenido para que no nos ocupasen éstas fuerzas de aguerridos soldados.

TENIENTE-. ¿De quién, si no?.

SARGENTO -. Parte de compromiso militar la han tenido nuestros buenos soldados.

Mi teniente, los echó una mirada a todos ellos asestando con la cabeza como estando conforme por lo que yo le decía en aquel preciso momento de ensañamiento, por parte de las fuerzas armadas del bando contrario.

Alguna que otra medalla me estaba ganando en aquellas escaramuzas para mí, que para la Plana Mayor de aquel ejercito no eran tales escaramuzas; si no más bien operativos de asaltos hacia las fuerzas contrarias a su jefe, dentro del mismo Raiff.

Me veía un poco nervioso en aquellos días, por no saber el destino de los prisioneros que estábamos haciendo; para mejor decir, de los prisioneros que yo hacía: Ya que los asignaban unos barracones donde entraba el aire a más y mejor, estando ya en puro invierno.

Un día me dirigí hacia aquellos barracones, cuando les estaban dando el rancho, y en general no vi más que caldo y pan; eso sí, mucho pan. Menos mal, que por lo menos tenían sustento para el cuerpo al ser un alimento completo aquel pan, por componerse el pan de hidratos de carbonos puros.

Al preguntar al sargento machacante si aquellos soldados tomaban leche, me contestó mi compañero con un desaire fenomenal.

SARGENTO-. Sí, hombre, mi sargento: Y los ponemos a cada uno, uno de nuestros soldados para que los abaniquen.

Me fui serio y pensativo a mi compañía, entrando en ella y viendo alegre a nuestros soldados: Aquello estaba bien, pero que muy bien; pero se debía pensar un

poco en los soldados que habíamos hecho prisioneros y en la manera de su sustento. Me fui al furrier de la compañía para ver la manera que tenía él de obtener en cocina botellas de leche o latas de leches para ofrecérsela a la tropa retenida por nosotros.

FURRIER -. Lo que más falta hace en el regimiento, es cítricos. Productos cítricos y si pudiese ser, los mismos limones y naranjas; ya que se está produciendo escorbuto en parte de la soldadesca.

SARGENTO -. ¿Quién te ha dicho eso?.

FURRIER-. Lo he oído ésta misma mañana en comandancia.

SARGENTO -. ¿Ha ido usted a comandancia?.

FURRIER -. Con la lista de lo que falta en la compañía, para reponer dicho material.

Eso era lo malo; pues a la larga de muchos kilómetros, y en general en todo aquel territorio no había plantaciones de limoneros: Tal vez en algún patio o corral, que hubiese uno o dos; eso no era para hacer frente a tal problema y bastante enorme, dentro de la soldadesca, como decía aquel cabo furrier.

Lo del escorbuto era verdad, pues a poco tiempo me llamó mi teniente para designarme un operativo en orden; el encontrar plantaciones de cítrico cerca de aquella zona donde nos encontrábamos. No sabiendo yo dónde dirigirme y dónde ir para dar con los limoneros o naranjos en cien kilómetros a la redonda.

Me encontraba nervioso; pero no obstante buscamos los pocos limoneros que tenían en algunos huertos sembrados aquellos agricultores, no más de dos o tres plantas. Y el que las tenía.

No podía indagar directamente a los agricultores dónde encontraría yo plantaciones de limoneros, por si acaso estuviese pasando lo mismo al ejercito



hostigante; pero como yo tenía mucha amistad con un agricultor, por haber conseguido llegar a él en otro tiempo, cuando estaba vestido de labriego, me fui directamente a él para pedirle unos limones; ya que iba a ser mi cumpleaños y quería hacer una limonada para los más allegados a mí persona.

Después de estar un buen rato charlando con aquel labrador y habiéndome indicado dónde podía encontrar uno o dos limoneros de sus otros compatriotas, me despedí de él, no sin antes desearme un feliz cumpleaños dicho señor.

Me parecía que me seguía los pasos aquel hombre; así que miré para atrás y efectivamente: El labrador me seguía de cerca con el sólo pensamiento de presentarme a sus amigos, los otros labradores, para que me diesen algunos limones de los que ellos tenían en sus huertas.

No era huerta, ni era nada, dónde entramos la primera vez; pues era más bien un corral, viendo un limonero resguardado por una pared y cubierto por una tela en parte de sus ramas.

Esos dos mismos agricultores me llevaron a otros, no viendo gran cosa entre ellos; pues los limoneros en ésa latitud no crece con todo su esplendor, indicándome otros parajes más favorables para que se diesen limoneros en aquel sitio.

No obstante, me fui contento a mi regimiento con los pocos o muchos limones que había cosechado entre los labradores de aquella región agrícola. Pero eso sí, no me gustó nada de que se comiesen los limones que había llevado solamente los oficiales; quedando a la tropa sin ellos. Al parecer no eran muchos limones; así que no harían gran cosa si los hubiesen compartido con la tropa, y mucho menos con los soldados atrapados en combate.

Pude observar que se quejaban menos mis oficiales , y que sus encías se estaban recuperando; pero necesitaban más limones: ¿Y de dónde iba yo a sacar más limones, sino fuese de la región que me indicaron aquellos agricultores?.

Era imposible obtener limones frescos en aquella región; así que decidí buscar frutos secos, que eso sí que encontré en pequeñas medidas y sobre todo, carne salada, ya que para conservar la carne se salaba en las granjas de al alrededor.

Lo malo era, que para obtener carne fresca me tenía que meter dentro de las líneas del ejército hostigador; pero como las circunstancias lo exigían, pedí un grupo de valientes soldados para que me ayudasen en tales menesteres, concediéndome mi capitán un pelotón de soldados, dejándome a mí que los eligiese yo. Con todo y eso, los gustaron mucho a mi capitán y a mi teniente los soldados que yo había elegido.

Para obtener mi acometida, nos dirigimos de noche hacia las líneas del ejército hostigador, no sin grandes vicisitudes; pues nada más que salimos del regimiento nos vimos metidos hasta las narices de barro en una especie de arroyo con agua estancada, y sino ando listos con mis soldados se me ahogan todos en aquel cieno; pues en algunos sitios no se tocaba el suelo por más que quisiéramos, era tan profundo aquella porción de barro y agua que nos hundíamos en ella.

Unos a otros nos conseguimos sacar de allí, hasta dar con una finca de buenos trabajadores labriegos, asustándose mucho de nuestra presencia; pero pronto se calmaron sus ánimos y aplacaron sus nervios delante de nosotros, tomándolo con paciencia todo lo que pasaba a su alrededor.

LABRIEGO -. Nosotros no tenemos lo que ustedes buscan por no tener yo tierras; pero aquí cerca hay un labrador de los de abolengo, de toda la vida, y le proporcionará alguna que otra carne salada.

SARGENTO -. ¿Lo dice en serio?.

LABRIEGO -. Y tan en serio.

Miré para la cara de aquel labriego y pude ver en sus ojos una pizca de seriedad en lo que él decía; pero también miré a mis soldados, que no perdían detalle de lo que yo hacía, parecían como si ellos me estuviesen vigilando.

Quedé a unos de mis soldados con aquel matrimonio de labriegos, para que no pudiesen dar fe de nuestra existencia a nadie, y seguí con el resto hacía la granja que me había indicado aquel hombre, no sin antes habernos tenido que parar tres veces por motivos de encontrar en nuestro camino a tropas contrarias a nosotros. Pero como la noche estaba siendo de poca visibilidad, no nos pudieron ver ni oír al contener nuestra respiración.

Se veía, que aquel labrador estaba proporcionando la carne salada a la tropa hostigadoras, porque en las hoyas que tenía de barro había carne reciente, con bastante sal; pero con todo y eso nos la llevamos en su mayoría; ya que nosotros no podíamos con toda ella.

Después de recoger de la casa de aquel labriego al soldado que habíamos quedado unas horas antes, nos volvimos a dirigir hacia el regimiento, por otro camino contrario al que habíamos traído a primeras horas de la noche; llegando a nuestro destino a primeras horas de la mañana, con aquella carne envuelta en los capotes y hasta en los tres cuartos de cada uno de nosotros, así que llegamos como ateridos de frío por falta de ropa: Pero nuestro objetivo había sido realizado.

Los días sucesivos habían pedido complementos sustitutivos los oficiales para el escorbuto; así que dejé buscar por sitios y vericuetos frutos secos, como también carne

salada; dedicándome solamente a mis estudios y las tareas que me mandaban mis oficiales.

Una de aquellas tareas que se me encomendó, dentro del regimiento, fue el confeccionar una lista de cada componente de las diferentes compañías que había en aquel regimiento, dentro de comandancia. Y para ello tuve que pasar, una por una, todas las compañías que existían en el regimiento; para que me pasasen sus capitanes el nombre y apellido de todos los soldados que formaban aquellas compañías.

Al recibir yo las listas de aquellas compañías, me pude dar cuenta que en una de ellas faltaba un soldado; se encontraría prófugo, si a caso no le habían hecho prisionero el ejercito contrario el anterior día.

COMANDANTE -. ¿No me diga?.

SARGENTO -. Mi comandante, como le cuento.

Había ido para hablar con el comandante de la Plana Mayor, contándole lo que había descubierto en la quinta compañía, y éste me remitió al teniente coronel dándome permiso para que hablase con el capitán de la quinta compañía y poder aclarar el embrollo, con respecto a lo sucedido con dicho soldado.

CAPITÁN -. Eso se sabe reuniendo a toda la compañía. . . Mi teniente, mande usted al sargento que forme la compañía inmediatamente dentro de la dependencia.

Así se hizo y efectivamente; al pasar lista de los soldados que formaban dicha compañía, unos ciento ochenta, se pudo observar que uno no le respondía al decir su

nombre, buscando el sargento por entre las filas formadas por aquellos soldados, no encontrando ni rastro de aquel soldado en las filas, ni en los camastros.

Se dio cuenta a Comandancia, mandando una orden de busca y captura hacia aquel soldado, que no se encontraba dentro del regimiento.

Una vez que me fui a mi compañía, me llamó mi teniente para decirme que me estaban esperando en Comandancia. Y allí que acudí más rápido que el viento, quedándome totalmente extrañado por darme el teniente coronel las felicitaciones, al ser un suboficial competente y además eficiente.

De vez encunado oíamos unas escaramuzas cerca de nuestro regimiento, como así ruidos de morteros; pero que no era causa de poner nervioso a toda la tropa, ya que dichas escaramuzas se oían lejos de donde estábamos nosotros.

Al parecer, y según nuestros oficiales; lo más importante, dentro del regimiento, era la instrucción de los soldados: Ya fuesen teórica, como práctica; así que todas las mañanas teníamos un tiempo para desfilarse por el enorme patio que tenía aquel acuartelamiento, como así desarrollar la teórica dentro de cada edificio de la misma compañía donde se implantaban sus enseñanzas. Alguna que otra lección de historia de aquella gran Nación y siempre reseñando las virtudes y glorias que había obtenido la Nación en tiempos, así como resaltando sus valores.

No sé qué tal lo hice; pero lo cierto fue que aquellos soldados se habían quedado boquiabiertos, al escuchar mi charla, sobre lo que yo había estudiado de aquella Nación y con sólo aquellos estudios los quedé como petrificados, al poner más énfasis y más coraje en mis explicaciones que en el empeño de dar aquellas charlas a mis soldados.

No tardaron en llamarme, una vez más, a Comandancia para darme un destino nuevo y dejarme marchar para despedirme de mi capitán, como de mi teniente y de todos mis soldados.

SOLDADOS -. ¡UF!, ¡UF!, ¡hurra!.

Así se expresaban aquellos aguerridos soldados, sin saber yo por qué aquel estado de ánimo en la tropa; pero bien pronto lo supe, al llegar a la Capital de aquella Nación y entrar dentro de las dependencias que se me habían asignado. A lo primero iba alegre sin fijarme en nada, hasta que me pegó unos golpecitos la chapa que llevaba en mi pecho; mirándola fijamente me pude dar cuenta de lo que ponía en ella, quedándome como petrificado al saber dónde iba a servir desde aquel día.

Me había librado de marcar el paso, pero no en sí en informar todo lo bien que yo supiese; para mejor decir, lo que yo pudiese. No gustándome nada, pero que nada, mi nuevo destino; ya que iba a servir en la Waffen – SS: Ahora sí que en desnates no.

No me arredré y seguí andando como si no me hubiese dado cuenta alguna, hasta llegar a las dependencias que mis oficiales me habían mandado. Al llegar a la puerta la vi un poco abierta, no obstante pedí permiso para entrar en aquel despacho, viendo a un oficial, capitán, con unas barbas enormes y como con una peluca sin saber yo qué significaba aquello.

CAPITÁN -. Siéntese, sargento Wilmod.

SARGENTO -. A las órdenes de mi capitán.

CAPITÁN -. Me lo ha dicho muchas veces, mi sargento.

Me quedé un tanto cortado al oír aquella voz, ya conocida por mí; pero ¿Y si no sería él?, y si acaso no fuese mi capitán. No por la voz se conoce a todo el mundo; pues hay voces muy semejantes, pero armándome de valor decidí nombrar a mi capitán.

SARGENTO -. Mi. . . Mi cap. . . ?. . . Capitán. ¿Mi capitán, Bernold?.

CAPITAN -. Sargento; le he dicho que se siente.

Sí, era mi capital Bernold; el mismo que estaba disfrazado en aquel despacho de oficiales.

CAPITÁN -. No vuelva usted a nombrarme más. Soy su capitán, solamente.

SARGENTO -. ¡A las órdenes de mi capitán!.

Yo esperaba ya cualquier cosa, que sucediese todo lo más extraño del Mundo cerca de mi persona, y mi persona estaba que no podía más, ateridos todos los nervios; como si fuese una centolla congelada en hielo. Sí, podía suceder lo más increíble en aquella hora de alucinaciones para mí.

No se me encargó ningún operativo en ocho días; hasta que un día me indicó mi capitán el tener que hacer un trabajo exquisito de vigilancia. No sabía yo dónde sería aquel trabajo que yo tenía que hacer; pero como mi deber era obedecer a ciegas, así lo hice y al punto de estar creyendo que se había abortado mi acometida, una mañana temprano me metieron en un coche, sin decirme absolutamente nada para llegar en dieciocho horas a la costa.

No me parecía el Báltico, ni el Adriático; más bien era un paisaje de ensueño, teniendo una temperatura adecuado para salir de paseo aquel día. Yo llegué aquel lugar extenuado y como engarrotados todos mis músculos y sintiendo un zumbido en las sienes enormes, por no haber hecho una parada en todo el camino. No comimos aquel

día, ni hicimos ninguna necesidad fisiológica; de modo, que al bajarme del coche miré hacia todas las partes de aquella zona viendo un árbol cerca de donde teníamos el coche.

Salí corriendo hacia el árbol y allí mismo evacué la vejiga todo lo que podía: Ya era hora de que descansase de tanto agobio, quedándome un alivio impresionante. Pero sin a penas haber terminado bien de evacuar líquidos, se me cogió de un brazo entrándome en la casa que teníamos enfrente de nosotros; pero al decir verdad, cerca de dicha casa habían otras casas, unas más pequeñas y otras mayores que en la que me entraron a mí.

La casa se componía de una sola planta, con aperos de labranza colgados en las paredes; más bien semejaba a lo rústico; tirando un tinte de casa de campo y de labranza, en donde sus habitantes estaban duchos en dichos menesteres.

Y así pude verlo; ya que el dueño de la casa se presentó vestido de campesino, y al parecer de un señor aguerrido en las tareas del campo; ya que las arrugas de la piel en su cara lo iban diciendo.

Pero todo no iba a ser perfecto, pues las manos se le veía perfectas y lisas; como sino hubiese tocado nunca una herramienta del campo, ni un apero del mismo. No sabiendo yo qué decir, ni lo que hacer en aquella casa; que por cierto, cerraron la puerta inmediatamente una vez que hubimos entrado todos en ella, y digo todos por decir el chofer que me había traído a dicho lugar y yo. Aunque para mejor decir, no había visto la cara al chofer en todo el trayecto que hicimos desde el regimiento, más bien campamento, por haberme sentado en los asientos traseros otro señor, que me había empujado para que me subiese al coche.

El chofer seguía con su gorra y su pipa de fumar, una especie de cachimba retorcida, a manera como lo hacen los Tiroles. Y ¡OH!, sorpresa de sorpresa, cuando salí una vez más afuera de la casa. El coche se había transformado en un bello rosetón,



con unos círculos como hechos de varios colores, cayéndole de cada círculo unas cintas muy bonitas.

Sin esperarlo, salió de la espesura de aquel matorral un hombre dirigiéndose a nosotros, quedándome yo como asustado.

SARGENTO -. ¿Quién es éste señor?.

CHOFER -. Un partisano.

Ahora comprendí donde estaba yo, no estábamos en la costa italiana, nos encontrábamos en la costa francesa; más bien en el golfo de León. Algo de Marsella oí yo que hablaba el chofer con el campesino de aquella casa, y debía ser así; pues a lo lejos se veía una bella y gran ciudad: No sabiendo qué decir en realidad sobre si fuese así, o estuviésemos en otro sitio de la costa.

Mi asombro fue, cuando nos dirigimos a pie hacia un pequeño embarcadero que había allí mismo, entrando en un barco, el chofer, el campesino y yo. ¿Qué haríamos allí los tres y sin conocernos de nada?.

El chofer cogió un sobre debajo de un asiento de madera que había a babor y dirigiéndose rápidamente al camarote lo abrió leyéndolo detenidamente, para darnoslo a leer a nosotros dos, al campesino y a mí.

Mis nervios eran mucho y solamente entendí una palabra de las pocas que ponía aquel papel barba; siendo la palabra que entendí, recalar. Pero cuando se lo quise dar al chofer, éste me lo rehusó, volviéndomelo a dar de nuevo para que yo leyera mejor dicho papel. Ahora sí que me enteré de lo que ponía aquel papel: Nos mandaba, en pocas palabras, que vigilásemos los barcos que recalaban en el muelle de Barcelona.

Como hacía varios días que permanecíamos anclado en el mismo sitio, se nos aproximó un barco patrullero preguntándonos si necesitábamos algo, o si nos pasaba alguna cosa por la que estuviésemos allí sin recalar en puerto.

El chofer respondió por nosotros, pero al oír bien aquella voz. . . ?. . . ¿No sé?; no sabía yo decir muy bien si me venía a la imaginación alguien que tuviese aquel timbre de voz, tan definido para mí.

Cuando se fue la patrullera, una vez que nos habían atracado cerca de un edificio el chofer parecía que se alegraba por aquel cambio de situación de nuestra embarcación; no sabiendo yo las causas de aquella alegría.

Era un edificio semi cuadrado, no muy alto; aunque se componía de dos plantas, y no muy extenso, en donde las formas de las ventanas y las puertas eran muy rústicas; pero allí estábamos esperando a que llegasen los barcos y embarcaciones más pequeñas a dicho puerto.

Al dar yo el nombre de una embarcación al chofer, éste me indicó que solo debía proporcionarle el nombre del barco que amarraba a puerto, no los que se acercaban. Eso se me iba de las manos; pues yo creía que era igual el barco que se aproximase, aunque no amarrase, que el barco que recalase en el muelle de aquella bella ciudad.

Aquella noche no pude dormir mucho, pensando en la voz que tenía el chofer; aunque hablase un francés perfecto, ya que su timbre me era familiar, pero no sabía yo muy bien decir de quien era, a qué persona pertenecía. ¿Aquella voz?. . . Me era conocida y no sabía yo muy bien de quién era. . . ¿Aquella voz?. . . ¡Qué voz!

Pero si aquella voz me era totalmente conocida, no menos conocida me era la del labrador que se había venido con nosotros; pero tampoco supe descifrar aquel timbre de voz, como para decir de quién era.

Aquel día lo pasé atusándome mejor la barba; pues me habían disfrazado de un perfecto hombre rústico, de los trabajadores más forzudos de aquel país; no demostrando nada de interés por ninguna de aquellas partes en la contienda mundial.

Mientras me estaban disfrazando de un perfecto trabajador, no los oí decir nada a mis dos compañeros, ni un sí ni un no; así que yo no sabía qué pensar de todo aquello que estaba pasando a mi alrededor, pues todo se hacía con el más estricto secreto debido para que nadie se enterase de lo que ellos hacían: ¿Pero, y de lo que hacía yo?; no valía la pena guardarlo en secreto también por si acaso se me fuese alguna indicación indebida de mi boca. O tal vez era que yo no sabía ni lo más mínimo que se supiese saber, como para no tener cuidado conmigo.

Más bien, sería lo segundo; que a mí nadie me había informado de nada y nada podía decir con respecto al operativo formado por nosotros tres, solamente me limitaba a dar los nombres de los barcos que recalaban en el puerto de Barcelona.

Por fin me enteré de la conversación que sostuvieron entre el chofer y el sargento de la patrullera; ya que al parecer estábamos abandonados allí por el armero del barco, al no mandarnos dinero para llenar el depósito del mismo y continuar nuestra singladura hacia la isla francesa.

Bonito ardid ideado por el chofer, para que nos dejasen en espera del dinero del armador y poder continuar nuestra trayectoria por aquellas aguas hermosas y frescas del Mar Mediterráneo.

Un día me di cuenta que el chofer mandaba por Morse el nombre del barco que yo le había dado; pero que en general aquellos amperios y voltios no eran suficiente, como para que llegasen aquellas ondas a gran distancia. ¿Dónde mandarían aquellas ondas el chofer?: Por más que busqué y me fijé en los barcos que teníamos cerca, no

podía saber si algunos de aquellos barcos recibiese las ondas en forma de Morse que mandaba el chofer.

Venía el buen tiempo, como llaman en ésta tierra el hacer calor y con ello me mandaban a mí salir para obtener el avituallamiento y una vez que tuve que pasar por la puerta de aquel edificio que veía, semi cuadrado, me pude dar cuenta que aquel edificio era un centro de servicios oficiales, más bien de información militar y de transmisiones. Por algo nos pusieron en aquel lugar, resguardado de todo compromiso con respecto a otros enlaces no deseados por aquellos soldados, fieles en la vigilancia de sus costas.

No sabía yo que estuviese tan vigilada mi patria, y yo fuese tan malo como para llevar un carné como súbdito de un país sudamericano; ya que el lenguaje francés se me ponía cuesta arriba, no sabiendo nada de aquella lengua.

Al llegar al barco se me dio una especie de carné como súbdito de un país sudamericano, como he dicho, con el nombre de Mario, dándole el nombre de Antonio al chofer y de Juan al labrador francés.

Ya teníamos designados nuestros nombres y nuestra procedencia; que al decir verdad, no hubiese hecho falta todo aquel movimiento de papeles, por estar bien caracterizados cada uno de nosotros.

Un día que volví a salir para el avituallamientos que nos hacía falta en el barco, vi al chofer dirigirse a un banco y después a la oficina de correos, saliendo de ambos establecimiento muy serio; pues se arrascaba la barba, no por que se la quisiese atusar, más bien porque le picaba. Como estaba haciendo calor, nos picaba a los tres las barbas postizas que llevábamos puestas en la cara y claro, nos picaban de tal manera que no había modo de aguantarlo.

Tardé llegar al barco aquel día un poco más de lo cotidiano; ya que me había atrasado vigilando al chofer en sus movimientos, de una a otra oficina; que por otra

parte me suponía yo muy bien de lo que se trataba todo aquellas idas y venidas del chofer: Sería tal vez recabando información de si le había llegado alguna transferencia o algún giro internacional por parte del armero del barco donde estábamos anclados en aquel muelle de la ciudad más bonita de todo el continente.

Subí al barco sin darme cuenta, que mis dos compañeros tenían las barbas quitadas y estaban lavándose la cara a más y mejor, y. . . ¡OH! sorpresa de sorpresa. . . Era el chofer el teniente y el labriego un soldado de la compañía donde yo servía en aquel regimiento en Polonia.

Ellos al verme, y sobretodo cuando se dieron cuenta que yo los estaba observando se pusieron un tanto nervioso, no así en una forma literal; si no, que al parecer no los había gustado mucho que yo los hubiese descubierto.

Yo por mi parte, ni corto ni perezoso, me quité también la barba yéndome a lavar en la misma palangana que lo estaban haciendo ellos, en el camarote. Viendo en mi cara que iba a tener un problema y de los mayores; ya que tenía hasta pápulas en ella, por los muchos picores que tenía yo en mi cara. Así que estuve unos días sin ponerme la barba y sin poder salir a cubierta para nada; ya que me verían sin barba y sospecharían de nosotros al cambiar tanto de fisonomía corporal.

Cuando salí afuera del barco, ya en el muelle, se me hinchó los pulmones al dar una bocanada de aire fresco, no sabiendo yo qué hacía allí con mi teniente y mi soldado de la compañía que tenía en Polonia. Así, que miré a todos los barcos no viendo nada en especial en ninguno de ellos; pues ya habíamos dado los nombres de cada uno de los barcos que estaban anclados en aquel muelle.

Sobretodo, frutas y muchas verduras nos estaban haciendo falta; pero cuando fui a pagar me dieron el alto un par de señores presentándome en sus solapas una especie de placa como signo indicativo de que eran policías.

POLICÍA -. ¡Alto!; policía.

MARIO -. ¿Qué quiere usted?.

POLICÍA -. Enséñeme su carné.

Una vez que le enseñé el carné, lo miró fijamente y después clavó la vista en mi persona, más bien en mi cara; viendo aquel señor que era yo el de la foto y que era mi carné, tranquilizándose un poco al no ver en mí gestos raros e insospechados.

POLICÍA-. ¿De dónde tienen ustedes dinero?.

MARIO -. Nos queda un poco todavía, y vamos comiendo del dinero que nos queda.

Mientras consultaba aquel señor con el otro señor, a mí me dio tiempo pensar y pensar rápidamente en algo positivo para mí: Tal vez las idas y venidas de mi teniente, era para recabar información si había llegado el dinero del armador y por ahí tenía que dirigir la conversación con aquellos dos señores, sino me quería ver en un atolladero.

POLICÍA -. ¿Cuánto tiempo hace que están varados en el muelle de reserva?.

MARIO -. Si llegamos a finales de invierno y ya estamos entrando en pleno verano, hará unos cuatro meses.

POLICÍA -. ¿Y todavía tienen dinero ustedes?.

MARIO -. Hasta que no nos mande una transferencia el armador, no podemos movernos del muelle, ni comprar la comida necesaria de todos los días; ya ve usted que solamente llevo fruta y alguna que otra verdura: Lo más fundamental.

Eché una vista a la compra aquel señor dirigiéndose a su compañero, en voz baja; pero yo oí lo que le estaba diciendo a su compañero -. Éste gañán habla perfectamente el español -.

De lo malo lo peor; que dijese aquellos dos señores, que yo hablaba perfectamente el español, no notándome ningún acento sudamericano, como decía el carné de donde era. Y sin perderme de vista se fueron desviando de mí poco a poco con cara de extrañeza; tanto era así, que uno de ellos se volvió para preguntarme algo.

POLICÍA -. ¿Cuándo tiempo hace que no va a su país?.

Pensé y volví a pensar con la velocidad del rayo, para responder de inmediato a la pregunta que me había hecho aquel policía, si titubear ni un momento.

MARIO -. A mi Nación, hace ya treinta años que no voy.

Y al decir aquello, de a mi Nación; remaché bien la palabra Nación, como siendo un gran patriota de la misma, así verían aquellos señores que yo amaba a mi Nación ante todo.

Me quedé en espera de que aquellos señores me echasen por lo menos cuarenta años, en vez de los veinte que tenía; pues debido a las barbas y a un poco picados los dientes y mis arrugas de pegas, se me echaban esos años. No dudando aquel policía en creerse que tenía yo esos años, los que yo le había dicho; pero cuando miré al otro policía pude observar que me estaba mirando a las manos, y ahí ya sí que no tenía escapatoria alguna, ya que mis manos eran de un joven y mi cuerpo de un atleta, ya que

me comenzó a mirar mi contextura física el mismo policía. Pero cuando le ordenó el otro policía irse a comandancia aquel otro policía no replicó absolutamente nada.

No corrí para llegar al barco cuanto antes, pero nada más que había iniciado el camino de regreso a la nave, pude observar una pequeña embarcación que estaba anclada en el muelle; no habiéndola dado su nombre a nuestros oficiales.

Nada más que llegué al barco conté lo que me había pasado a mi teniente, Antonio, y éste me miró con cara de asombro y de incredulidad por parte de haber sido interrogados por aquellos dos policía; pero cuando le dije el nombre de la pequeña embarcación que estaba amarrada en el puerto, transmitió Antonio por Morse su nombre: Dándonos órdenes de salir de inmediato del puerto de Barcelona, pero a poco tiempo volvimos a recibir órdenes contrarias; ya que querían nuestro oficiales permaneciésemos en dicho puerto unos dos días más. No sabiendo yo las causas de aquellas contradicciones en las órdenes dadas a mi Teniente, Antonio.

Antonio se preparó para bajar del barco e ir a no sé qué sitio; pero yo ya sabía dónde iba a ir Antonio: Más bien iría a recabar informes sobre si había hecho la transferencia el armador.

Pero como antes había mandado un informe por Morse, caí en la cuenta de que aquellas señales tan flojas llegaban a donde tenía que llegar, que era al edificio que teníamos allí cerca: Un edificio de información y de transmisiones de la marina española.

Cogí unos catalejos que tenía mi teniente en el camarero y pude ver una caja cuadrada en la base de las antenas que había en su tejado de aquel edificio. . . ¡YA!; ya sabía yo que aquellas ondas tan flojas no podían llegar más para allá de unos metros de nosotros.

También me asombró la predisposición de mi teniente, para que le pusieran cerca de aquel edificio. Bien sabía él que colocarían allí al barco, una vez recabada



información por parte de los servicios de la marina española; así que la trama ideada por mi teniente salió a la suma perfección.

Mi teniente había salido para cobrar el dinero que le había mandado el armador del barco, dirigiéndose a comandancia de marina para pedir permiso y poder quitar el barco donde lo tenía; ya que había recibido el dinero para llenar el depósito del barco y seguir nuestra singladura.

Salimos rumbo a Cerdeña; pues en Ajaccio tenía que recibir un sobre con las instrucciones pertinentes para el nuevo dispositivo que pudiésemos llevar a cabo. Pero antes de llegar a Cerdeña se nos comunicó que nos debíamos desviar a Malta, ya que en La Valetta se nos daría las nuevas instrucciones para llevar a cabo nuestra acometida.

Fue casi mejor; ya que Ajaccio se encontraba como ocupada, siéndonos de más dificultad el poder llegar a dicha ciudad; pues al parecer se mezclaban allí las tropas de uno y de otro bando.

No fue para menos en Malta, ya que había una especie de avanzadilla de aquellos bandos, las tropas eran menos; pero se veían más aguerridos a sus soldados. Recalamos en puerto y nos quedamos en el barco un par de horas, hasta que mi teniente se atrevió a salir afuera de la nave, viniéndonos con la noticia de que podíamos salir nosotros también.

Allí pasamos tres días sin otro contratiempo que no fuese el poder llevar a buen término nuestras vidas, entre los tres; hasta que en el cuarto día se presentó el teniente con un grupo de hombres, que al parecer los conocía yo. Y claro que los conocía; allí venía hasta el cabo furrier de la compañía, con un grupo de mis soldados.

Subieron al barco y enseguida supe cual iba a ser la tripulación de aquel barco, y después de los saludos bajamos a camarotes poniéndonos todos firmes y en fila para

saber cuales eran las órdenes que tenía nuestro teniente Adalhand, o lo que es lo mismo Antonio.

En ése mismo lugar se los dio a cada uno un nombre ficticio, para aparentar ser de los partisanos mezclados con los hombres huidos de la península española en su contienda.

Al llamarme el cabo furrier por mi graduación, le indiqué que me llamaba Mario y que así me debía llamar de aquí en adelante.

Enseguida comenzamos a subir al barco lo que iba a ser su cargamento, compuesto de unas cajas con una especie de leche, mucho utensilio de esparto y mimbre, como así algún utensilio de cocina; ayudando a las buenas matronas.

Permanecíamos allí hacía ya quince días y no recibíamos órdenes de zarpar de aquella plaza y de aquel embarcadero.

Un día que había bajado yo a tierra, se me cruzó una chica un tanto simpática y con la sonrisa agradable, entablando conversación con ella. A lo primero se mostraba esquiva aquella señorita, pero en el transcurso de la conversación fue abriendo su Alma hacia mi persona, no mostrando signo alguno de inequívoca amistad hacia mí.

Tenía el tiempo ajustado, pero aquel encuentro me atrasó un tanto mi deber de haber llegado a mi hora asignada al barco, viendo que ya había soltado amarra, y si no llega a ser por un promontorio que había en aquel lugar, me hubiese quedado en tierra.

Salté a la cubierta del barco desde aquel promontorio a pique de haberme roto una pierna, pero tuve la suerte que caí bien en el barco, saliendo el teniente para recibirme con cara de pocos amigos.

ANTONIO -. Mario, ¿no sé qué habías pensado?.

MARIO -. En embarcarme.

ANTONIO -. Lleve lo mejor que pueda a sus. . . Sus gentes.

Le entendí perfectamente a mi teniente y enseguida contacté con el cabo furrier para que fuese mi mano derecha y hasta mis ojos; ya que entre la tripulación de aquel barco no tenía otro soldado con galones más que aquel cabo: Lo que en la península llamamos, cabo segundo.

Zarpamos de la isla de Malta, y así como a doce millas se nos dio las órdenes de recalar en la isla de Córcega para embarcar más utensilios y enseres en el barco. Llegando a su capital, Ajaccio en medio día de singladura; pero que al parecer no éramos bien venido a lo primero, pero cuando desaparecieron aquellas tropas, ya éramos bien venidos. En la misma calle te podías cruzar con un bando como con otro en poco tiempo; así que no sabíamos muy bien con quién nos íbamos a cruzar en las calles de Aquella hermosa ciudad.

Entre que no podíamos estar allí y en que sí podíamos estar, logramos en ciertos intervalos de tranquilidad cargar con los utensilios y enseres en el barco; pero entre aquel maremagno de dificultades, conocí a una chica que se encontraba apurada llevando un cántaro en la cabeza; así que se le cogí yo ayudándola a llevarle a su casa. Aquella chica me lo agradeció tanto que me invitó a comer aquel día en su casa, esperando que nos volviésemos a ver con frecuencia y al explicarla yo las singladuras que tenía que hacer como tripulante de barco, se quedó seria haciéndola yo una caricia en la frente para no darla ilusiones algunas.

Estuve con aquella chica como un par de horas al cabo de las cuales me despedí de ella volviendo al barco con suma prisa; ya que habrían terminado de embarcar todo lo que ponía la lista de embarcación.

ANTONIO -. ¿Dónde ha estado usted, Mario?.

Yo me encogí de hombros, notándome el teniente que había estado con una mujer: pero no obstante le tenía que responder y así lo hice.

MARIO -. He conocido a una chica.

ANTONIO -. Usted se debe a la tripulación y a nadie más. Que no vuelva a suceder.

Le tuve que prometer a mi teniente, que nunca más volvería atrasarme por nada del Mundo, viendo en mis palabras un atisbo de realidad a todo lo que yo le estaba diciendo en aquella hora propicia, en la que estábamos zarpando rumbo a Barcelona, con nuestro cargamento bien acoplado en el barco para no zozobrar en mar gruesa.

Una vez más recibimos las órdenes contrarias para que nos dirigiésemos hacia la isla de Cerdeña, más bien a Caglari, para esperar en aquella plaza tres días antes de volver a zarpar hacia Barcelona, y en el sur de Cerdeña recalamos en el muelle de dicha ciudad.

No pude más al ver todo aquel movimiento un tanto escabullidos, sobre la vigilancia policial española, yéndome para buscar a mi teniente y saber si aquello era una maniobra de despiste o tal vez tenía que ver con algún operativo fracasado de los submarinos del tercer Reich.

MARIO -. Antonio, ¿qué significa esto?.

ANTONIO -. Cállese; usted vea escuche y no opine.

MARIO -. Es difícil a veces no opinar; sobre todo, cuando se ve que las órdenes vienen de arriba.

ANTONIO -. Cállese.

MARIO -. ¿Por qué ése nerviosismo?.

ANOTNIO -. Las órdenes vienen directamente del Führer.

Después de alzar la mano, con mucho disimulo y nombrarle, dando media vuelta se marchó para ejecutar su tarea en la dirección de aquel barco y después de dar una vuelta a la isla de Cerdeña llegamos al muelle de Canglari sin ningún contratiempo. Parecía que el tiempo estaba a nuestro favor, y que las circunstancias que movían aquella nave eran favorables a nosotros.

Para no dar motivos de sospechas algunas, bajamos a tierra mi cabo segundo seguido de un soldado y yo, y más bien no lo hubiésemos hecho; pues nada más doblar la esquina de aquella calle nos echaron el alto una patrulla del ejército aliado, más bien los galos, con no menos pretensiones que los dijésemos quién éramos nosotros.

Y como a un solo pensamiento sacamos los tres nuestros pasaportes, donde se detallaba nuestro nombres y apellidos y la procedencia; pero con todo y eso no nos dejaban seguir nuestra ruta por aquellas preciosas calles de aquella ciudad encantadora. Hasta que se oyeron llegar más tropas por la calle donde nos encontrábamos nosotros, dejándonos en paz aquellos soldados.

Nada más que se alejaron de nosotros los galos, nos fuimos a refugiar debajo de unos cobertizos que tenían unas casas debajo de ellas, como formando bóveda para sostener la salida de la última habitación de aquella casa.

CABO SEGUNDO -. . . ¿Qué es? . . .

MARIO -. Cállese.

Aunque fuésemos a oler mal, se debía callar mi cabo segundo; pues sí, era un vertedero de basura lo que había debajo de aquella casa. Tal vez la debían recoger cada semana una sola vez, y ahora nos había tocado limpiarla nosotros con nuestros trajes de paisanos.

Nos estaba siendo más peligroso aquel lugar que en otros a los que acudimos en tiempos; era así, que hicieron ademán de volverse los dos compañeros que yo llevaba para el barco, pero los paré con una indicación de mi mano: Bueno, he querido decir, que los había querido parar sus pasos para que me hiciesen caso a mis indicaciones que yo los hacía con la mano, no valiendo para nada dichas indicaciones; hasta que por fin los hablé en voz baja, sobre el interés que había para llegar a una cantina que existía no a muchos metros de donde nos encontrábamos nosotros.

CABO SEGUNDO -. ¿Qué haremos allí?.

MARIO -. Vosotros dejarme a mí.

Así lo hicieron, entrando en aquella cantina con una decisión brutal; como si hiciese ya varios días que no probábamos trago alguno. Yo me dirigí derecho a la pequeña barra que tenía aquella cantina, dando con los nudillos en el mostrador de madera y haciendo que mirase hacia mí el barman de aquel establecimiento.

No le gustó mucho aquel hombre que yo le llamase así, dando con los nudillos de los dedos un golpe seco en el mostrador; pues se sobrecogió creyendo que aquel ruido fuese producido por otra cosa que no fuesen unos nudillos de dedos dando en la barra de aquel mostrador.- Más respeto -. De ésa manera se dirigió a mí el dueño de aquel establecimiento, no faltándole las razones; por no haber sabido yo expresarme mejor con su persona.

Pero con todo y eso, nos puso un ron a cada uno de nosotros, terminando yo la copa de un solo trago con motivo de dar a entender que hacía varios días no probaba bebida alguna, haciendo unas muecas con la cara y con la boca de haberme sentido de maravilla y de haberme gustado mucho dicha bebida: Tenía que dar sensación rústica y la estaba dando.

A poco tiempo estábamos queriendo cantar algo sobre folklore de aquellas tierras y no nos dejaron, alejando el dueño de la cantina, que estábamos en guerra y no era para cantar ni alegrarse mucho por ello; así que con mucha educación nos invitó a salir de su establecimiento, que era lo que yo quería; pues si hubiese seguido bebiendo, no sé que hubiese sido de mí.

Una vez en el barco, el teniente nos hizo ponernos a todos el uniforme para más Tarde hacer que limpiásemos las armas que teníamos a bordo; vamos, que allí se había tocado a zafarrancho aquel día y eso que no era sábado.

Una vez que nos vimos todos con los uniformes impecables y ajustados, y una vez que habíamos dejado las armas más limpias que el jaspe, nos preparamos para zarpar rumbo al puerto de Barcelona y esta vez sí era verdad que nos dirigíamos a nuestro nuevo destino.

No se hablaba nada entre nosotros, pero la sospecha saltaba en el aire; el por qué estábamos yendo a dicho puerto, si nuestro frente se encontraba en Polonia: Nadie nos decía nada, ni tan siquiera nos habló nada el Teniente sobre nuestra nueva acometida en aquel puerto, porque tampoco sabía nada el mismo Teniente.

Pero eso sí; todos los días se pasaba lista en el barco al levantarnos por la mañana, y se operaba lo mismo que si estuviésemos en la compañía de infantería. Estaba siendo un hacer cotidiano y monótono, en donde no pasaba nada, ni tan siquiera el ruido de una mosca zumbando por el camarote.

Pero eso sí, en cubierta del barco siempre había dos soldados limpiando todo su contorno; pero a la vez de servicio de vigilancia; y siempre vestido de grumete o de tripulante a bordo del barco.

Y como el sistema rotativo se hacía con frecuencia, el cuerpo de ejército se estaba cansando, teniendo que salir yo también para limpiar la cubierta del barco y vigilar los barcos que nos cruzásemos en nuestra nueva singladura.

Parece ser que nada pasaba, hasta que llegó un avión bimotor, los que en la península los llaman “Pava”, pasando por encima del barco y de nuestras cabezas, sin saber a qué venía aquello, para volver hacer presencia en el Cielo de aquel Mar echando una ráfaga de metrallera en el agua. Nos estaba dando un aviso, sin saber las causas de aquel comportamiento.

Creímos que se había retirado el avión, cuando le volvimos a ver una vez más sobrevolar el barco, para de nuevo avisarnos con una nueva ráfaga tirada en el agua, yo miré para el distintivo del barco y allí no había bandera. Nuestro barco estaba fletado en Francia, de modo que la alzamos rápidamente, sin perder tiempo alguno.

Por fin divisamos el puerto de Barcelona y su ciudad bella y bonita, atracando en el muelle de carga y descarga, comenzando la tripulación del barco a bajar toda la carga que había traído el barco a dicho puerto para su venta en destino.

Allí nos estaban esperando, con camiones pequeños, no más de cinco mil kilos, y algunos no más de tres mil; pero poco a poco se fueron llevando los utensilios y enseres que habíamos traído a Barcelona, y después de haber bajado toda la carga atracamos en el mismo sitio que habíamos estado la primera vez, cuando esperábamos que nuestro armador nos mandase la transferencia para llenar los depósitos del barco y zarpar rumbo a nuestro nuevo destino.



Una vez amarrado el barco al muelle, sacó un sobre nuestro teniente para informarnos de nuestro sistema operativo, que era nada más y menos el vigilar y dar información de los barcos que amarraban en el muelle de Barcelona. Siendo el operativo que nos mandaban nuestro oficiales, el mismo que nos habían mandado la primera vez; pero ésta vez teníamos una acometida más amplia, ya que teníamos que salir afuera del barco para informar de toda clase de movimientos, no solamente en aquel muelle, si no en la ciudad de Barcelona.

Volvió aparecer por allí un individuo que había estado cerca de nuestro barco mientras estábamos descargando, al parecer era un mendigo que se quería rolar en el barco aunque fuese para limpiarlo; pero nuestras ordenanzas no nos dejaban subir a nadie en el barco y sobre todo a un desconocido.

Nos portamos todos como unos perfectos lobos de mar, no dando señales de lo que éramos, unos perfectos soldados en un operativo de vigilancias.

Aquel mendigo solamente quería comer y para ello nos estaba conquistando a nosotros para que le diésemos amistad y un poco de comida cada día; pero cuando miré a las antenas de la marina las vi sin la caja que había sido puesta en su base para facilitarnos el medio informativo de nuestros mensajes. Y sin falta de tiempo así se lo hice saber a nuestro oficial, una vez que se encontraba en cubierta.

MARIO -. Antonio, veo que ha desaparecido la caja que había en la base de las antenas de la Marina.

El teniente miró a la base, mostrando sorpresa con la cara, para en un tiempo determinado afirmarme tal hecho.

ANTONIO -. Es verdad.

Yo eché una mirada de incredibilidad al mendigo; pues se encontraba en el mismo muelle, cerca del barco. No se quería ir de allí por nada del Mundo, empezando nuestras sospechas desde aquel preciso momento; como para no dejarle vigilar ni un sólo segundo.

Nos hicieron una visita los guardacostas en aquellos días, no sabiendo muy bien a qué venía tanta amabilidad con nosotros; ya que pagábamos lo exigido para estar anclado en dicho lugar y cubríamos las tasas deseadas.

Mi teniente era un hombre listo y bien formado, dentro de los servicios secretos; de modo que los dejó pasar hasta la cocina aquellos señores sin oponer resistencia alguna, mientras la tripulación se encargaba de beber hasta la saciedad.

Vino y coñac tenían en sus manos, a la vez que jugaban a las cartas, como unos perfectos hombres embarcados en un barco de carga. Pero en un descuido de uno de aquellos guardacostas, pude observar que uno de ellos no tenía el calzado reglamentario; eran unas botas más bien del ejército contendiente.

Le hice una indicación muy disimulada a mi teniente, señalándole para las botas de aquel guardacostas comprendiendo enseguida mi teniente lo que yo le quería transmitir con aquella señal encubierta para que no se diesen cuenta ninguna los vigilantes de aquel muelle.

La sorpresa fue, cuando mi teniente los invitó a beber junto con la tripulación del barco, rehusándolo aquellos vigilantes de la costa.

ANTONIO -. Les invito a tomar un trago de lo que ustedes quieran y puedan ver en las manos de éstos señores.

GUARDACOSTA -. No podemos beber nada; estamos de servicio.

ANTONIO -. Se lo digo, porque éstos no me sirven para nada; están así todo el día: Bebiendo a más y mejor, una vez que no tienen nada que hacer.

GUARDACOSTA -. Los vemos limpiar la cubierta asiduamente y algunos son muy afanosos.

Se calló mi teniente, Antonio, de momento, no sabiendo decir nada al respecto; pues su idea se la refutaron en un solo instante, al ver a la tripulación afanar con todo el empeño limpiando el barco.

Nada más que se fueron los guardacostas, se nos convocó a todos en el camarote del barco para aleccionarnos de los problemas que pudiésemos tener de aquí en adelante, no solamente con el labriego, sino con la inspección Militar Marina.

No dejando hacer nuestras acometida, que era el salir a las calles de la bella ciudad de Barcelona, para recabar información de todo lo que se contaba en ella a pie de calle; ya que lo que se contaba en altas alcurnias, eso lo sabían ya nuestro oficiales.

Un día que llegué al barco extenuado, por haber andado por casi todas las calles de Barcelona, me llamó el teniente a parte de la tropa, con motivo de asignarme una nueva operación de vigilancia, y ésta vez era en la no menos bella y graciosa ciudad de Sevilla. Tenía que hacer como el mendigo que había cerca del barco pidiéndonos parte de la comida, pero ésta vez en una plazoleta y vigilando un consulado, para ver si entraba en él una persona ya determinada por el teniente; no habiendo visto yo su fotografía: Era un hombre de edad mediana y contextura fuerte, con cabellos rubios y té cobriza, según me dijo el teniente.

Yo me senté en la puerta de un casa que había allí, frente al consulado, en la plazoleta que formaba el chaflán del consulado con la calle; existiendo un callejón en la esquina que formaba el edificio oficial con los otros edificios.

Se me había dicho, que aquel callejón daba cerca de la plaza del Conde Duque, siguiendo en línea recta, por así decir; y hasta pude ver la alameda de Hércules. Cosa que me produjo una satisfacción observar tanta hermosura en aquella ciudad.

En aquel entonces, sí se obtenía unas perrillas siempre que te portases bien y pidieses con agrado y rectitud a las personas que pasaban cerca de donde te encontrases tú sentado, fuese plaza, calle o en alguna puerta de Iglesia.

Por la noche no dejaban a nadie mendigar acostado en la calle; así que alquilaba una habitación, cerca de allí, en el barrio Las Cruces, en donde las noches son días y los días son fiestas todos ellos.

Allí di con un hombre procedente de un país árabe, enseñándome toda clase de doctrina para alabar a Mahoma, su profeta.

Aquel hombre tenía un carácter afable, pero a la vez se guardaba muchas cosas para sí; no me decía ni la mitad de lo que yo quisiera saber; no solamente de las doctrinas de Mahoma, si no de los tejes y manejos de aquella hermosa ciudad: No solamente de las idas y venidas de sus ciudadanos, sino de lo que se comentaba sobre la clase que los gobernaban.

Una noche me presenté en la pensión con una botella de coñac, con el sólo pensamiento de hacérselo pasar bien a mi compañero de habitación; ya que había dos camas, en aquella alcoba, en una dormía él y en la otra dormía yo.

Pese a saber que sus compatriotas les gustaba tomar, de vez en cuando, una copa de alcohol; yo veía que aquel hombre no era muy gustoso de tomarse aquella botella de coñac, y entre dimes y dietes me sorprendió con una petición.

COMPAÑERO -. Vodka, hombre Vodka.

Por la manera de decirlo, en voz baja y con la suficiente confianza en mi persona, intuí enseguida que aquel hombre sería un soldado de los que se enfrentaban a mi regimiento.

Le miré fijamente a los ojos, y aquel individuo parecía que quería decir algo; pero no arrancaba hablar ninguna palabra, hasta que yo le sonsaqué algunas al preguntarle por aquel impulso, tan repentino, que le dio al pedirme Vodka.

COMPAÑERO-. A ti no te debe ir esto, ni fu ni fa; de modo, que estás a tiempo de dejarlo.

MARIO -. ¿Me conoce usted?.

COMPAÑERO -. Usted es el sargento Wilmod, del tercer Reich; o lo que es lo mismo, Mario para quitar penas.

MARIO -. ¿Cómo para quitar penas?.

COMPAÑERO -. Sí; mientras los demás compañeros mueren en el frente de la batalla, usted está encargado de informar todo lo que oye y ve a su alrededor.

MARIO -. ¿Qué ha querido decir con eso de, que estoy a tiempo de dejarlo ?.

COMPAÑERO -. Quédese en su país, que está en él, y entréguese a la autoridad competente; que siempre habrá alguna amnistía para los reclutados en la guerra Mundial.

Me dejé caer para atrás en la cama, como pensando lo que me había dicho aquel hombre totalmente desconocido para mí; pero que de aquí en adelante yo sabía que dicho individuo pertenecía a los famosos servicios secretos de la URSS.

Tenía que pensar a la velocidad del rayo, y no dejarme marchar aquella ocasión; ya fuese de información o de quererme ofrecer un algo más superior al medio ambiente donde yo me encontraba.

MARIO -. ¿Y qué?.

COMPAÑERO -. Será teniente.

Yo me acordé de mis compañeros de la División Azul, que estarían en el frente ayudando a morir bien a aquellos aguerridos soldados involucrados en aquella contienda mundial, sin tener quién les echase una mano para llegar en una camilla al hospital de campaña más cercano. Pero también me acordé de mi compañía, de mi Capitán; ése oficial que había confiado en mí mandándome, junto con su tropa, para que sirviese a aquella Nación con honradez, y luchase por aquella bandera con nobleza y tensión.

Al siguiente día me volví a sentar en el mismo sitio pidiendo de nuevo, para tener cuidado si por casualidad, entrase allí el individuo que estábamos esperando.

Así como a las dos horas de estar vigilando aquel sitio, vi llegar a un hombre como corriendo, como huyendo de alguien, y al pasar por mi lado se dejó caer una especie de cartera de bolsillo cerca de mí. Yo me incliné para llegar a donde había caído la cartera cogiéndola de inmediato y entrándomela entre la bota.

Al poco tiempo vi llegar a dos individuos, que al parecer iban buscando a un tercero, que tal vez sería el señor que había dejado caer, cerca de mí, aquella cartera de bolsillo; pequeña, pero que al parecer había dentro de ella algún documento.

Yo no me había dado cuenta de quien era el individuo que dejó caer la cartera hasta que pensándolo bien recordé que aquel hombre era mi compañero de habitación y de inmediato pensé en el color cobrizo que tenía. . . ¿Color cobrizo?: ¡Estaba claro!; aquel señor no era árabe, si no un introducido en las líneas del ejército ruso.

¡Pero si era él!; el hombre que yo estaba esperando a que entrase en el consulado de aquella nación europea. Los aliados no perdían el tiempo para nada; estaba visto, que cubrían toda clase de información para poder desembarcar en la costa; por eso, esa parsimonia que tuvo conmigo, por ser su aliado en la guerra.

Los señores que iban detrás de él, se pararon a mi lado una vez que habían llegado a donde yo me encontraba preguntándome por mi compañero de habitación; indicándoles yo, a su pregunta, con el dedo de que había marchado hacia delante por aquella calle.

Yo no había cometido incorrección alguna; pues los había indicado bien; el hombre a quien perseguían los dos hombres que me preguntaron por su paradero, se había marchado calle adelante en aquel lugar donde yo me encontraba.

Tenía que tener mucho cuidado para no cometer fallo alguno en mi patria; por si algún día volvía a ella como súbdito español.

Me hicieron levantar, aquellos señores, chequeándome de arriba a bajo todo mi cuerpo, a través de la ropa; pero como no me habían descalzado, no podían saber que era allí donde yo me había guardado la cartera de bolsillo, que por ser pequeña me cogió entre la bota y el calcetín que llevaba puesto. Comprobando que yo no tenía objeto alguno en mi poder, se marcharon rápidos aquellos dos hombres calle adelante.

Y permanecí allí como siempre, hasta una hora prudencial; levantándome de aquel sitio y marchándome a la pensión sin poder cojear para nada, ya que la cartera me la había metido entre el calcetín y la caña de la bota, no teniéndola en la palma del pie:

Pues entonces no hubiese tenido más remedio que haber cojeado. Y aunque me dolía, me resistía a cojear.

Nada más que llegué a mi pensión, me dirigí a mi habitación y al abrirla vi a mi compañero de pie cerca la puerta, haciendo un gesto característico con la mano para que le diese la cartera. La saqué de entre el calcetín y la bota entregándosela a él, para una vez revisarla me miró como dándome las gracias por habérsela guardado con tanta fe y boato.

Desde luego aquel señor era indio; pero de los Apalaches, según creía yo: Si hubiese sido hacía dos siglos antes, aquel hombre estaría con un arco y flechas. Pero seguía diciendo yo que la península ibérica era caldo de cultivo para todas los servicios de vigilancias de las diferentes naciones. Estaba en ebullición toda Europa y parte de otras Naciones; así me daba a mí la sensación, por haber tanto servicio secreto informando a medio Mundo.

Cuando dejé hacer guardia delante del consulado de aquella grandiosa Nación, que era Inglaterra, me fui a casa para ver qué me podía decir mi compañero de habitación, encontrando vacío el armario de éste; pues al parecer se había ido de allí.

Al siguiente día acudí raudo a mí puesto encomendado para vigilar si el hombre deseado por mis oficiales visitaría dicho consulado, y al parecer ése día tuve una premonición en toda mi Alma, poniendo más interés que ningún día en aquella puerta.

La mañana discurría sin contratiempos ninguno, hasta que ya a la caída de mediodía vi aproximarse a un hombre a la puerta de aquel consulado, siendo nada más ni menos que mi compañero de habitación; rubio como el oro y cobrizo de ser un descendiente de aquellos indios del Oeste lejano, aunque haya nombrado a los Apalaches.



Corrí para informar de que el hombre deseado había acudido a aquel consulado sin falta alguna; y al parecer ya había tenido yo relaciones sociales con aquel hombre, por ser el compañero de habitación en mi pensión.

Fui llamado sin falta alguna a mi destino; en el puerto de Barcelona, y allí me estaba esperando mi teniente con unos informes graves sobre mi persona: El no haber izado la bandera a su tiempo una vez que salimos de un puerto de la isla de Cerdeña, más bien del puerto de Canglari, y así a unas millas del puerto de Barcelona se nos presentó un avión “Pava” sobre nuestro barco echando unas ráfagas de metralleta para indicarnos que no nos estábamos identificando. Ese fallo me costó volver otra vez a primera línea de combate con mi compañía; para ver lo duro que era aquello, según mis oficiales y así no olvidaría nunca más mi acometida.

Estaban siendo los combates más duros que se daban en aquel tiempo; pues yo no sabía de donde salía tanta tropa y sobre todo dónde se escondía; pues su escondite sería estupendo, ya que en un tiempo se veían los campos sin soldados y al segundo estaban llenos de tropas.

Me puse un poco nervioso al ver que nos estaban dirigiendo hacia los canales; pero al poco tiempo me dio órdenes mi capitán Bernold para dirigirme hacia retaguardia con un grupo de valientes soldados. Aquello me elevó los ánimos y me tranquilizó un poco en la medida que yo sabía muy bien de donde habíamos salido avanzando; ya que allí no existían canales algunos.

Mi acometida era la defensa de la retaguardia, y para ello debía conocer a palmo aquel terreno; y como yo tenía una memoria de elefante, conseguí llevar a buen fin el grupo de soldados que se me había encomendado, volviendo al mismo sitio de partida.

Por el mismo camino inicié la retirada con mis soldados, pero veía que me estaba siendo difícil avanzar mucho, debido a los innumerables socavones que había en el terreno donde estábamos a causa de los morteros y las granadas de manos.

La primera noche la pasamos al amparo de una pared, no más de metro y medio, que había en una finca de campo para que no se escapase el ganado, y antes del amanecer ya estábamos en marcha hacia el campamento de donde salimos. Y como en aquellas latitudes no se conoce a nadie a dos pasos, creímos fuesen de los nuestros los soldados que se acercaban a nosotros; ya que el frente se había quedado atrás: Siendo todo lo contrario a mi pensamiento.

Antes que hubiésemos podido reaccionar, nos coparon por entero haciéndonos un círculo y desarmándonos enseguida; estábamos siendo hechos prisioneros.

Sin saber cómo, nos llevaron de inmediato al grosor de las fuerzas; sin haber sobrepasado las líneas defensivas de la batalla que se estaba librando en aquellos días en el frente. Mi sorpresa fue mayúscula cuando no podía creerme que estuviésemos detrás del frente, pero en el lado opuesto a nuestras fuerzas, o sea; en el lado contrario a nuestro ejército, y entre el lado del ejército contrario.

Más sorpresa me llevé cuando distinguí entre aquellos oficiales a mi compañero de habitación en la ciudad de Sevilla, viniéndose hacia mí nada más que me hubo divisado; Con paso marcial y a la vez alegre en su mirada.

Me llevó aquel oficial a un barracón, que al parecer sería la compañía de destino, en donde uno de aquellos soldados me proporcionó un traje de campesino de aquellas tierras. Yo no me veía bien con aquel traje y señalé a otro que había encima de una mesa; accediendo el soldado a cambiarme dicho traje por el que yo había elegido.

Al mismo tiempo me volvió a llevar, aquel soldado, otra vez al barracón donde me estaba esperando mi compañero de habitación; y al verme de tal guisa, no pudo por

menos que esbozar una pequeña sonrisa picarona, salida de su pequeña boca y de sus facciones poco asiduas a las de aquellos otros soldados, que se batían el pecho para ayudar a su patria y servirla lo mejor posible.

Me indicó que le siguiese y así lo hice, entrando con él en otro barracón un poco más ordenado que el primero y más limpio, donde en el centro había una mesa con una silla; sentándose en ella aquel oficial.

Me miró, bajó la vista a unos papeles que tenía encima de la mesa para volverme a mirar de nuevo sin saber lo que decir, ni lo que hacer con las manos. Pero como veía que yo estaba esperando que me hablase algo, decidió abrir la boca para emitir algunas palabras infusas para mí; pero que a la vez, aquellas palabras no me decían nada.

COMPAÑERO -. Le hago una proposición.

SARGENTO -. Y yo le hago a usted otra.

COMPAÑERO -. Escúcheme con atención. Haremos como que se ha escapado, comenzando a correr campo a través para llegar usted a donde están sus compañeros.

SARGENTO -. ¿Y eso?.

COMPAÑERO -. No pregunte y hágame caso. Le llevaremos al barracón donde se encuentran sus compañeros de arma de la División Azul: Haga como que se alegra verlos, que ellos harán como que se alegran verle de nuevo a usted.

Así se pensó y así se hizo, y nada más que entré, acompañado por un soldado, en el barracón se quedaron como petrificados mis compañeros de armas, al verme vivo; pues ellos me daban por muerto.

SOLDADO -. Te dábamos por muerto.

Mi perspicacia tenía que ser rápida y concisa, no dudando en la respuesta; por eso contesté sin dudar ni un solo ápice de lo que yo les iba a decir.

-. Mejor hubiese sido que me hubiese muerto; he pasado lo mío para sobrevivir.

SOLDADO -. ¿Qué te pasó?.

-. Me hicieron prisionero y después de varias vicisitudes en mi vida, y al cabo de un buen tiempo me asignaron a una granja para ayudar a los soldados que estaban faenando en ella.

Como puse cara de asco y de pocos amigos, así como no teniendo a bien lo que me había pasado; mis compañeros de armas se me arrimaron para darme ánimos y acogerme ente ellos.

SOLDADO -. No te preocupes; ya estás entre nosotros.

-. En la primera ocasión que tenga huyo de éste campamento de retenidos soldados.

SOLDADO -. No digas eso.

-. Si alguno se quiere venir conmigo, se lo agradecería; así no marchó solo.

Como aquello lo dije totalmente convencido de que yo no podía seguir preso, caló en las Almas de mis compañeros de armas; y hasta me consolaron aquella noche de desatino para mí, según me expresaba yo.

Pasaron tres días sin querer hacer nada, para que no sospechasen mis compañeros de armas de mi estrategia; pero al cabo de los cuales, una noche un poco cerrada por la niebla que existía cerca de aquellos barracones, abrí la puerta un poco,

asustándose todos mis compañeros de armas por si pudiesen recriminarnos tal hechos a todos nosotros.

Aquel foco, sí; aquel foco me hizo recapacitar cerrando la puerta de inmediato, hasta que por las rendijas de la misma puerta vi desaparecer el rayo de luz de aquel foco de la torreta de vigilancia. Abriendo de inmediato, un poco la puerta como para dejarme pasar y una vez que me vi afuera del barracón salí, medio agachado, corriendo a más y mejor hacia las alambradas, en una zona de aquellas alambradas, donde yo las había visto por la mañana un poco deterioradas. Y efectivamente; con esfuerzo y tensión logré hacer un poco mayor aquel agujero que había en ellas, pasando al otro lado de las vallas y al verme allí, salí corriendo con todas las fuerzas que yo tenía.

Mientras más avanzaba, más pensaba en un campo de minas; pero aquello no era posible por ser nuevo dicho campamento, estándolo vallándolo en aquellos días, no habiendo visto sembrar minas por ninguna parte de aquel campo de prisioneros aguerridos.

No obstante, eché una vista hacia atrás como queriéndome despedir de mis compañeros de armas; aquellos nobles y aguerridos soldados, en donde la fe y la moral los elevaba a las alturas cada vez más.

Sabía bien donde dirigirme, un poco al suroeste de dicho campamento; pues mis soldados se encontraban en aquel lugar, apostados esperando a la batalla.

Bajé por un declive que hacia la tierra en aquella parte del terreno, avanzando por un valle hacia una pared hecha de piedras que había enfrente de mí, cuando me echaron el alto mis soldados y a la voz de - soy el sargento Wilmod - me dejaron pasar aquellos aguerridos soldados, haciendo frente al ejército contrario que llegaba en tromba a dicho lugar y como con ganas de arrasar en la contienda. Me di cuenta que había

servido como señuelo, para llevar al ejército rojo donde se encontraban los soldados de mi ejército.

El ejército que me acogía como sargento se defendía con valentía; hasta que de aquel terraplén salieron infinidad de soldados, así como del valle; partidarios todos de las tropas que acogía a nuestro distintivo.

Fueron hechos presos el centenar de soldados que incluía aquella avanzadilla del ejército contrario; de tal manera, que al decirles yo el contingente de soldados que debían quedar en el campamento del personal hecho presos, decidieron atacar. Lograron una rotunda victoria, liberando a todos los presos de aquellos barracones; liberando también a los oficiales nuestros, que se encontraban en el pabellón que había más al fondo del campamento, como resguardado.

Yo me quité la guerrera que me habían dejado con los galones de sargento; para que no me viesen de esa manera mis compatriotas: Un puñado de soldados aguerridos y nobles donde los hubiesen, mezclándome entre ellos; y cuando se me aproximó un soldado de mi compañía le hice una señal con los ojos para que no me dijese nada, comprendiendo éste soldado lo que yo le quería decir. Aquel soldado que se me acercó era el cabo furrier, que había sido liberado; queriendo tomar parte activa del apresamiento de los soldados del ejército contrario.

En aquel momento no hice caso al cabo furrier; pero nada más que se separó de las brigadas Azules, me fui como queriendo saber qué había en aquel terreno, para hablar con el cabo furrier; dándole las órdenes de que apartase a los pelotones de la División Azul.

Yo seguí mi camino, con mis soldados, hasta donde me había indicado mi capitán Bernold; ya que estaba a punto de volverme loco: Unas veces en campo

divisionario y otras veces en campo ocupado por el ejército del tercer Reich; y cuando no, en una zona parcial no sabiendo yo dónde me encontraba.

Por aquel entonces se vieron avanzar a unas brigadas rojas, en la línea de combate; no sabiendo qué hacían allí aquel cuerpo de ejército sin apoyo de un armamento pesado. La infantería ligera avanzaba al precipicio, según me parecía a mí; pero como yo no me creía nada, le hice saber a mi capitán, por medio de un emisario, que se guardase muy mucho de aquel cuerpo de ejército, pues detrás vendría la artillería pesada, junto con la infantería de carros.

Efectivamente; atacó el ejército rojo con toda clase de artillería pesada y con carros de combate enormes, mayores que los que teníamos nosotros, logrando en aquel bosque dividir nuestras fuerzas en dos bandos.

Mi inquietud era el saber dónde se encontraban mis compatriotas; si por casualidad los fuesen hacer nuevamente prisioneros; ya que la represalia sería dañina para ellos, pues habían sido adiestradas aquellas fuerzas de ataque con temperamento fuerte.

Para el colmo de mis indecisiones, pude ver del lado de mis soldados a mi compañero de pensión; pero ésta vez vestido con el uniforme del ejército aliado: Era un Major de dicho ejército. Dicho “Major” se dedicaba al espionaje industrial, en vez de formar parte activa del ejército en la contienda.

Mi cabeza ya no sabía dónde estaba, ni yo dónde ir para sentirme un poco aplacado en mis nervios, que estaban siendo muchos y de sentido muy elevado.

¡Vaya guerra!, ¡vaya forma!, ¡vaya idea! la que tenían los oficiales de los dos bandos en aquella contienda mundial: Si parecían que estaban jugando un juego de niños, los unos con los otros. Que si ahora me voy aquí, que si ahora me voy allí.

Y entre medio recibí la orden de volver a la ciudad de Barcelona con mi teniente Adahand, para seguir mi labor en las informaciones de aquella Capital hermosa y grandiosa donde las hubiese.

Se me dio toda clase de parabienes; no solamente por parte de mi teniente, sino por parte de mis soldados al verme nuevamente entre ellos; pues al parecer, ya había pagado mi despiste en no poner la bandera en nuestro barco, al llegar a Barcelona.

Me llevaban y me traían como si fuese un pelele al que se le lleva con antojos de una parte a otra sin que diga nada; pues nada podía decir yo al respecto, solamente acatar las órdenes y nada más.

Al poco tiempo, supimos que Hitler había querido entrevistarse una vez más con el mandamás de la península ibérica y éste no había acudido a su cita; por lo tanto yo creía que nuestra acometida había terminado en dicha ciudad, pero nada de ello, fue todo lo contrario.

Así supe por qué estábamos allí, para cubrir la llegada del Führer (Líder) en la frontera española; pero al no recibir órdenes para retirarnos de allí, me di cuenta que teníamos otra acometida encomendada a todos nosotros: Un grupo de soldados, sin saber qué hacíamos allí; solamente obedecíamos órdenes y nada más.

Aquel desaire, hecho por la Jefatura de Estado español, se quiso tapar a base de no decir nada de ello y de llevarse bien el uno con el otro; nuestro Führer con el jefe de gobierno español, que a la vez era jefe de Estado también.

En aquel día comenzó a moverse mucho el barco por medio de una marea creciente, dándonos unas bromas unos a los otros, en el barco, por aquel flujo diurno, como si hubiese pegado un zapatazo el jefe de gobierno español en el suelo con sus botas.



CABO FURRIER -. Mi sargento: El jefe del gobierno español ha dado una patada al suelo con las botas y ha temblado todo el Mar.

SARGENTO -. Es un hombre bueno y aguerrido, amante de su patria; como tiene que ser, pero llevando a cabo las ideas castrenses.

Me oyeron todos los soldados, hasta el teniente me oyó; ya que se encontraban en el camarote, quedándose con el cuerpo aterido por lo que yo le contaba del mandamás de aquella Nación tan bonita y acogedora a la vez. Y como yo estaba viendo la bandera española ondear en comandancia de marina, la tiré un beso con mucho disimulo; o por lo menos así había querido yo que fuese, aunque al parecer algunos de mis soldados me habían visto lanzar el beso a la bandera, no diciendo nada al comprender lo mucho que se quiere a la patria.

Cuando habían desviado todos ellos la vista a otro sitio, yo me miré el distintivo del uniforme germano, para volver a mirar de nuevo mi bandera tan bonita y tan querida por todos nosotros; pues me parecía todavía más bella y más lúcida de lo que en sí era.

Volví a salir por las calles de Barcelona para tomar el pulso a sus habitantes, y saber el grado de indignación que tenían los españoles, que entre otras cosas también las tenía yo metidas en mi cuerpo. Hasta que un día se me mandó a Madrid, con motivo de saber los movimientos del Ministerio de Asuntos Exteriores, y allí que me fui buscando un lugar privilegiado para observar mejor las entradas y salidas de los diferentes cuerpos diplomáticos existentes en la Capital de España.

En la península ibérica existían todas las embajadas del Mundo, por así decir; bien pocas faltaban, al ser caldo de información la gran Ciudad y casi toda la piel de toro. Había mucho trabajo que hacer; así que no nos podíamos dormir en los laureles, porque, sobre todo, nada habíamos obtenido para colgarnos las medallas.

En una puerta de un edificio que había en las inmediaciones del Ministerio de asuntos exteriores, más bien en Cuentas, me senté para esperar el paso de los viandantes y pedirles algunas perrillas, las que me quisieran echar en una gorra que había puesto en el suelo, para recopilar dichas monedas; que no dejaban de ser en la mayoría perras chicas.

Con ese gran capital alquilaba una habitación, en una fonda de tercera, para poder dormir y recogerme por la noche, aunque por el día lo pasaba en plena calle, aguantando el calor y el frío que pudiese hacer.

Un día se me acercó una chica sentándose a mi lado, con idea de pedir ella también: ¡AY!; pues aquello me olió a mí mal, pero que muy mal.

Primero tendría que saber quién era aquella chica, y para qué se había sentado cerca de mí; si por allí pasaban pocas personas. No iba caso nadie para arriba y para abajo de aquel lugar, por aquella parte de calle donde yo me encontraba sentado.

Me limité a saludar a la chica y nada más; pero por otra parte no me podía mostrar esquivo, ya que se me vería que estaba cerrándome a las incidencias de la vida ocultando algo. Así que la eché una mirada un poco sonriente, dando hincapié a dicha chica para que me preguntase algo.

CHICA -. ¿Cómo te llamas?.

JUAN -. Me llamo Juan, ¿y tú?.

ANDREA -. Me llamo Andrea.

JUAN -. Muy bien.

No la dije nada más a aquella chica; solamente me limité a mirar hacia delante, como si viniese alguien, obligándola a la chica mirar a ella también y como allí no llegaba nadie me echó una mirada como de sorpresa.

Me desarboló dicha mirada, no sabiendo como poner las manos; si cruzadas o dejarlas quietas para que no se diese cuenta de mi torpeza sobre su persona, ya que me estaba poniendo un tanto nervioso al ser aquella chica guapa y esbelta.

Pasó algún tiempo sin decirnos nada, al tiempo que yo comencé a pensar en lo torpe que había sido; ya que al parecer aquella chica no daba señales de pertenecer al servicio de inteligencia española. Pero eso sí, yo tampoco debía dar muestra de que estaba allí para saber los movimientos del Ministerio. Y como pensar, pensaba en una y en mil cosas a la vez: Pensé que aquella chica, guapa, graciosa, esbelta no podía ser que no tuviese cobijo alguno y morada que la acogiese en su seno.

¡AY!; que me la estaban pegando con creces y yo no lo sabía, pues mi imaginación se fue para otro sitio: El creerme que aquella chica tenía necesidades de pedir y nada más.

Así como a una hora prudencial me levanté de aquel sitio, recolectando las perrillas que me habían echado en la gorra, que en general eran pocas; ya que el máximo capital lo llevaba la chica en el pañuelo que había dejado en el suelo para que si eran a bien la diesen la dádiva deseada.

Comencé mi camino hacia la pensión y cuando miré hacia atrás vi seguirme a la chica a pocos metros de mí. Y para que no me siguiese apreté el paso yendo ligeramente por la calle, hacia la pensión.

Pero ni por esas me libraba yo de aquella chica; ya que seguía yendo detrás de mí como si fuese algo mío, haciéndola yo una indicación con la cabeza para que no me siguiese más por aquella calle.

No desistió en seguirme y llegó conmigo hasta el portal donde yo tenía alquilado una habitación en el ático, que en general se componía aquella pieza de una sola habitación donde existía un invernadero con una taza de váter, lo característicos de aquellos años.

ANDREA -. Me encuentro sola y desamparada en ésta vida.

Aquellas palabras me las dijo con sumo sentimiento; parecía verdad lo que me estaba diciendo, ya que se agarraba como un clavo ardiendo a mi persona para que yo la diese protección y cobijo en mi habitación. Estaba llegando la noche y no tenía donde ir; pero como yo la dijo - que el acueducto se encontraba a dos pasos de donde estábamos nosotros - no queriéndose ir de mi lado para nada.

La subí a mi cuarto y como ella no veía otra cosa más que un camastro y mal soportado por cuatro ladrillos, hizo un gesto con la cara de no haberla gustado aquella disposición de cama como era la que yo tenía.

Yo preparé tres sillas, que era el mobiliario que había en dicha habitación poniéndolas sus asientos en fila recta para poderme acostar en ella. Al ver aquel estruendo de pocas comodidades, se quiso acostar en las sillas, no dejándola yo que lo hiciese.

Como no podíamos dormir aquella noche entablamos una pequeña conversación de la predisposición que iríamos a tener, de aquí en adelante, para llevar a buen puerto nuestras vidas, como se suele decir.

ANDREA -. ¿Sabe?.

JUAN -. Si usted no me lo cuentas, no lo sé.

ANDREA -. He visto donde hay tirado un sofá: Podemos ir a por el.

JUAN -. Mañana no estará en el sitio que usted le ha visto.

ANDREA -. ¿Quiere decir usted, que si no vamos ahora a por el le habremos perdido?.

JUAN -. De todas por todas.

Y al unísono pensamiento, nos levantamos saliendo a la calle con idea de ir a por el sofá que la señorita Andrea había visto depositado al pié de la basura, que se tendrían que llevar los carros de los basureros.

Bajamos la calle del acueducto abajo, y antes de empezar el mismo vimos un sofá esperando para que se lo llevarsen los basureros; no dando tiempo nosotros dos a que eso sucediese, pues uno de una parte y el otro de otra parte le cogimos en hombros y así logramos llevarlo a nuestra habitación.

Cuando le colocamos cerca de la pared más larga que tenía aquel cuarto, Andrea me indicaba con la mano de que lo habíamos conseguido; pese a un poco de vergüenza que habíamos pasado al vernos cargar con aquel sofá las pocas gentes que se cruzaron con nosotros. Pero como la mayoría de los madrileños hacían otro tanto de lo mismo, se encubría nuestro gesto de haber traído al cuarto dicho sofá: Otras personas llevaban otra cosa a su casa y nadie les decía nada por haberlo hecho.

Hasta un día conseguimos llevar a nuestro cuarto un infiernillo mejor que el que tenía la habitación alquilada: Que por cierto aquel día se encontraba llamando a la puerta la persona que me tenía alquilado aquella habitación; que aunque era individual, ya que la puerta de entrada se encontraba en el rayano de la escalera sin haber otra vivienda en dicho ático. Siendo la persona que me tenía alquilado aquella habitación una casera, muy agradable; pues me permitía que pagase en tres veces cada mes.

Al mirar yo por la mirilla la puerta y al poner cara de circunstancias, me hacía señales la señorita Andrea para saber qué era lo que pasaba, diciéndola yo en voz baja, lo que se nos avecinaba.

JUAN -. Es la casera.

ANDREA -. Hoy nos han echado como limosna hasta una perra gorda.

JUAN -. Son dos perrillas.

ANDREA-. ¿Usted tendrá algo?.

JUAN -. Cuatro perras chicas.

ANDREA -. Con eso vale.

La hice ocultarse a la señorita Andrea detrás de un saco que tenía yo para cubrirme el cuerpo y resguardarme del frío, tan intenso que empezó hacer, por aquel entonces, en Madrid; ya que bajaba un aire glacial de Guadarrama, una cordillera montañosa que hay cerca de la Capital de España. Aquel frío glacial quemaba la piel, rajándola para enseguida salirle la sangre a la persona que le pasaba eso, o los sabañones que se cogían en las orejas o en las manos, o los labios hinchados y sin nada de llegarlos la sangre a ellos. Y sobretodo, gracias al infiernillo que nos habíamos traído de otro lugar de vertedero de basura, nos calentábamos las manos y hasta la cara, secando en el nuestras ropas.

JUAN -. He observado una cosa.

ANDREA -. Usted dirá.

JUAN -. Es muy poco dinero lo que nos dan a los dos.

ANDREA -. ¿Y usted quiere, que seamos uno sólo el que pida en ése sitio?.

JUAN -. Justamente. El otro se quedará en el cuarto arreglando la comida y buscando mejores mobiliarios para poder llevar una vida más decente.

Yo saqué lo que me habían dado aquel día en donde yo pedía, una limosna ¡por Dios!. No era más de dos perras chicas y ella sacó una perra chica y una perra gorda: Y como la perra chica eran cinco céntimos y la perra gorda eran diez céntimos, se quedó con la perra gorda y una perra chica para comprar arroz por la mañana para poder hacer una comida caliente, y así fuimos viviendo un poco mejor. Pues ya querían tener muchas personas en aquella gran ciudad una ayuda personal y que te apreciaran, y además vivir bajo techo; aunque fuese en dieciséis metros cuadrados.

Aquel día llegué ufano; pues a mis ganancias se juntaban las ganancias de la señorita Andrea; así que las eché encima de una mesa medio destartada, que habíamos recogido de la calle. Poniendo una cara de agrado la señorita Andrea al ver aquel capitalazo, para nosotros, encima de la mesa. Pero encima de la mesa había otra cosa que yo no había recapitado en ella; y era, una botella de vino que me estaba esperando en la merienda.

Así estuvimos aquella señorita y yo hasta que recibí órdenes de volver otra vez a Barcelona, presentándome a los dos días a mi teniente.

ANTONIO -. Ha tardado, mi sargento, llegar a su destino.

MARIO -. Y menos mal que he llegado a tiempo, por lo que veo.

ANTONIO -. Sí.

MARIO -. No tenía dinero para un billete en el tren. . .

ANTONIO -. Está bien; contacte con sus soldados, mi sargento.

Mis soldados se encontraban en popa de aquel barco pintándole de arriba a bajo, para que no se oxidase su armazón; que en general no era otra cosa más que de madera, y al parecer se estaba picando y por el deterioro de tantas ratas como teníamos en el barco. Llevábamos bastante tiempo amarrado al muelle, sin recibir el dinero deseado del armador del barco para zarpar a nuestro nuevo destino.

Pero cuando me di cuenta, vi a mi compañera de habitación mirarme fija desde el muelle, donde teníamos amarrado el barco. Yo la hacía gestos con la mano para que se fuese de allí y no me complicase la existencia, que por otra parte bien complicada la tenía ya, al no saber ni cómo me llamaba; debido a tanto nombre propio como estaba usando para distinguir mi persona con las otras personas: Algún día fallaría, y eso sería lo peor que me pasase.

Tuve suerte, pues a poco tiempo de ver a mi compañera de habitación me tuve que bajar del barco para tomar el pulso a los moradores de aquella hermosa ciudad; y así pude contactar con Andrea cerca del muelle.

JUAN -. ¿Qué haces aquí?.

ANDREA -. He alquilado un ático.

JUAN -. ¿Con qué dinero?.

ANDREA -. ¿No lo ganas tú?.

Pues sí lo ganaba; ganaba algún dinero en mis tareas encomendadas, pero no lo bastante como para alquilar un ático en aquella bonita ciudad. Yéndome con Andrea para ver qué clase de ático era aquella vivienda que tenía alquilado ella.



De primores: Pues tenía una mesita en medio de aquella habitación, con su pañito y todo; así como los cazos y cacerolas bien puestos en la pared, como bien limpio el fogón de la cocina.

No me había dado cuenta, hasta que miré al lado contrario de aquella habitación, viendo dos camastros en aquel lado, uno mayor que el otro; como preparado para que yo viviese con ella.

Me costó bastante convencerla de que yo no podía irme a vivir con ella; ya que me debía a mi barco y mis tareas estaban encomendadas en él; así que si quería verme, tenía que ser cuando yo bajase del barco, con algún recado encomendado a mi persona.

Vi que se quedó muy seria Andrea; pero aceptó mi propuesta sin decir ninguna palabra: Solamente se la oyó -. Yo sola, por la noche. . .?. . . -.

Así se quedó que fuese la convivencia nuestras todos los días, yéndome de allí a pasos agigantados para presentarme a mi teniente nada más que subí al barco.

ANTONIO -. He recibido de nuestros oficiales, que sería mejor viviese usted con su amiga.

MARIO -. Mi. . . Antonio; que pronto se han enterado ustedes de mis relaciones con dicha señorita.

ANTONIO -. Lo sabíamos desde que usted, Mario, tuvo la primera relación de amistad, en Madrid, con dicha señorita, Andrea.

Vaya si sabía hasta el nombre de mi amiga, que la nombró como ella se llamaba; no sabiendo yo a qué era debido tal vuelco en mi vida, con respecto a mis oficiales: Pero como yo me quedé esperando a una simple explicación, me dijo Antonio que sería

mejor tomase yo el pulso a las opiniones que se vertiesen en aquella ciudad con respecto a sus habitantes.

Ese mismo día no me dejó salir mi teniente del barco, para disimular toda clase de mal entendidos con respecto a la vigilancia policial, que estaba sometido el barco en aquellos días; y máxime, cuando ya hacía bastante que el barco estaba amarrado al muelle sin saber cuando zarparíamos de allí. Tanto era así que aquel día recibimos la visita de la policía en el barco, anunciándonos, que no podíamos seguir amarrado en el mismo sitio por más tiempo; de modo, que nos fuésemos buscando otro lugar de amarre, ya que iban a remodelar el muelle y necesitaban ése espacio sin barcos.

Nada más que bajé del barco vi cerca al mendigo que rondaba dicha nave todos aquellos meses; pero le vi cojeando, con muletas y con una pierna casi descompuesta. No había que preguntar como fue; ya que yo lo sabía bien; y tal vez aquel mendigo nos había denunciado ante la policía naval, aunque eso era improbable, ya que se echaría él también las culpas encima.

Me fui con Andrea aquella noche y así pasé las dos noches siguientes; hasta que una mañana temprano al llegar al barco me indicó mi teniente, que no me fuese a pasar la noche con mi amiga, ya que estábamos en peligro, sin poderme decir nada más.

Así lo hice aquella noche, me quedé a dormir en el barco; en una noche de temporal cerrado, era una noche mala donde las hubiese, ya que no se dejaba oír las traviesas y hasta el timón del barco. No podía dormir nada, pero no podía salir de mi camarote porque yo no era el que estaba de guardia aquella noche, y los servicios asignados a cada uno eran sagrados.

Un ruido tras de otro, se dejaba percibir a través del agujero de lobo que teníamos en el camarote; ya que no cerraba bien, dejando entrar parte del frío y de los ruidos que sucedían en el exterior. Estuve a punto de salir de mi camarote para ver qué

era lo que pasaba; pero me contuve para no ser amonestado, ya que tenía que ser disciplinado en las órdenes recibidas por mis oficiales. Pero aquellos ruidos no eran de recibo; ya que estaban siendo más enormes que nunca.

Cuando tocó diana, por así decir, me levanté yéndome arriba para ver qué había sido de aquellos ruidos y de aquellos golpes dado por la quilla del barco; pudiendo ver un dantesco panorama delante de mí.

Ya se encontraba allí mi teniente y algunos de mis soldados; pero lo que pude ver aquella mañana era desesperante: Nos habían hundido el barco haciéndole un boquete a estribor de aquel barco hecho en su totalidad de madera. Solamente se sostenía por la quilla en el muelle; por eso no se había hundido totalmente.

Nos arengó mi teniente en lo que podíamos hacer, según los informes que nos estaban llegando en aquel preciso momento, que no eran otra cosa más que lograr alcanzar lo antes posible la frontera de Francia; pero no por Portbou, como hubiese sido lo normal, ya que estábamos más cerca de dicho lugar. Nos mandaron que cruzásemos la frontera por Irún, pues allí nos estarían esperando los nuestros.

El mandar otra embarcación a rescatarnos sería contraproducente; ya que la guardia costera los estaría esperando, al sabernos ya parte del ejército Alemán. Y sin falta de tiempo salimos todos a unísono, como si de una desbandada se compusiese ese desbarajuste que traíamos nosotros en aquel día.

Yo seguía de cerca a mis soldados, cuando observé que mi teniente se iba quedando rezagado, por no sé qué motivos. Pero pronto supe los motivos que tenía mi teniente, para irse quedando rezagado.

Se aproximó a mí, diciéndome algo que me cogió de improviso; ya que no esperaba yo tal orden dada por mi teniente.

TENIENTE-. Usted, mi sargento, quédese en Barcelona con su amiga y a los tres días inicie el camino de regreso hacia nuestras tropas por Irún.

SARGENTO -. Como diga mi teniente, a sus órdenes.

Así lo hice y alerté a mi amiga Andrea de lo que estaba pasando con nosotros; alegando motivos de persecución policial: Pero que en general, nosotros no éramos ningunos delincuente. Solamente, era que debíamos un dinero en el atraque al muelle de nuestro barco y nada más. Sintiéndolo mucho Andrea todo aquello que yo la estaba contando en aquella hora no propicia para nosotros y que al cabo de los tres días tendría que llegar a la frontera por Guipúzcoa.

ANDREA -. ¿Y yo, qué será de mi persona?.

JUAN -. Tú te vienes conmigo, junto hasta la frontera: Luego ya veremos a ver lo que hacemos.

Ya nos llamábamos de tú, apeando tanto protocolo en nuestras relaciones sociales; pues nuestra amistad se estaba afianzando cada vez más, aunque no me hubiese yo sobrepasado con ella, ni ella me lo hubiese consentido. Era el carácter y la manera de ser de las señoritas de aquel tiempo: No se las podía tocar ni un pelo, ni que se sobrepasase ningún hombre; ya que el hombre que hacía algo a alguna señorita sin que ella quisiera, era una persona mala, siendo digno de repudio por toda la sociedad.

Tiempos, tiempos, tiempos. . . ¡Vaya tiempos!, aquellos tiempos; en donde hasta respirar el aire era pecado mortal. Si todavía dormía yo en el camastro mayor y ella en el pequeño, sin apenas enseñar el tobillo para nada: Se acostaba envuelta en una sábana y se levantaba envuelta en otra sábana aquella señorita, para que no la viese ni las uñas

de los pies. Pero con todo y eso, la estaba apreciando cada vez más; yo diría, que la había comenzado a querer con la nobleza que un hombre tiene que tener para con una mujer que te quiere.

Me empecé a instalar en el piso y cuando abrí mi petate lo primero que vi fue un libro de familia; pues al parecer nos habíamos casado, costando el enlace en una Iglesia de Madrid. No sabía cómo decírselo; pues tal vez la iría a sentar mal, pero que muy mal, aquella noticia.

Sospechaba que aquello fuese verdad; por lo tanto tenía que tener mucho cuidado con Andrea al decirla la verdad de lo que estaba pasando con nosotros; pero se lo tenía que decir y así lo hice.

JUAN -. Quiero que veas una cosa.

ANDREA -. La he visto ya.

JUAN -. ¿Cómo es eso?.

ANDREA -. Quedaste olvidado el libro encima de la cómoda.

Efectivamente; quedé el libro olvidado encima de la cómoda y al parecer la mala cara que estaba poniendo Andrea sería por haber visto dicho libro, no sabiendo cómo me lo iba a decir con ése poco conformismo que tenía dentro de su cuerpo metido por saber tal noticia sin haber tomado ella parte activa de la misma.

Me hizo saber, que ella no era partidaria de dicha unión; siempre que no hubiese dado su consentimiento y delante de un Altar, por lo tanto se me sobrecogió el corazón al oírla decir aquello.

No sabía yo si era partidaria de nuestra unión, o por el contrario se mostrase en desacuerdo de que nos casásemos nosotros dos; por lo tanto la pregunté por aquella

cuestión en términos de unos segundos, una vez que se había iniciado la conversación de la cartilla familiar, y para eso me dirigí al centro de aquella habitación para hacer más presión en mi palabras, al no poder desviar su vista Andrea a ninguna parte.

Como Andrea permanecía fija a mi persona, no podía fijarse en ninguna parte de aquella habitación y así sería receptora de mis palabras, de todo aquello que yo la dijese en esa misma hora de sobresalto para ella.

JUAN -. Ya ves que nos han casado.

ANDREA-. Lo he podido ver.

JUAN -. Todo depende de ti.

ANDREA -. ¿Qué tengo que decirte?.

JUAN -. Tu opinión.

Como Andrea la costaba decir algo, yo veía en ella un atisbo de rechazo en aquel acto, que por otra parte no sabía yo muy bien a qué se debía, y al volverla hacer la pregunta de nuevo, se encogió de hombros sin saber yo qué significaba aquello.

JUAN -. ¿Qué me quieres decir con eso?.

ANDREA -. Que si eso hubiese sido en realidad, me hubiese complacido.

JUAN -. ¿Es que tú aceptas casarte conmigo?.

ANDREA -. Estaría complacida.

JUAN -. ¿Entonces?.

ANDREA -. Pero en la realidad.

No me pude resistir y me fui derecho a ella dándole un beso en la frente; cuando ella estaba poniendo toda su cara, para que no fuese en la frente a donde yo la propinase aquel beso de cariño; si no en la boca, como era mi deber. Y como no lo había hecho bien, la cogí la cara, sosteniéndosela con las manos, para darla un beso de amor como ella se merecía.

Cuando terminé de darla aquel beso en los labios, se me quedó mirando, como diciéndome que la había sabido a poco; ya que de sus ojos caían sendas lágrimas al verse querida del todo por mi persona, y mi persona estaba por la suya que se partía por momento al saberme querido por ella.

Quedando sentadas las bases, de que seguiríamos como matrimonio en todo nuestro trayecto hasta la frontera francesa y todo lo que pudiese seguir deseándonos que permaneciésemos como legítimo matrimonio.

Al cabo de los tres días salimos camino de Irún, sin esperar acontecimientos; ya se producirían en nuestro trayecto, siendo así que antes de llegar a dicha frontera nos pidieron los documentos de identificación, asaltándome a mí una sospecha fundada: No sabía si en el libro familiar me ponía el nombre de Juan ó de Mario; pero cuando se lo iba a dar a la policía lo abrí viendo el nombre reseñando en él. Reseñaba el libro que me llamaba Mario.

No había duda, de que yo era un súbdito sudamericano, según ponía en el libro familiar; pero casado con una española y muy española, como se podía ver a simple vista.

Me hicieron una pregunta un tanto embarazosa para mí; pero como yo había visto en un impreso el nombre que me había dado el policía, supe de pronto que aquella ciudad nombrada por aquel policía no correspondía a la nación que reseñaba en mi libro

familiar de dónde era yo. Y sin falta de tiempo le respondí aquel policía con una negación que me salió del Alma.

MARIO -. No señor; esa ciudad no es de mi Nación.

POLICÍA -. ¿De dónde es?.

MARIO -. No lo sé.

No me convenía saberlo; pues si acaso daba señales de conocer aquellas tierras, era porque yo estaba aleccionado para ello.

Nos dejaron proseguir nuestro camino y ya en el tren nos sentimos mejor, con menos nervios y con menos prisa para llegar cuanto antes a la frontera de Francia, no sin antes haber tenido algunas vicisitudes para alcanzar las inmediaciones de Irún; pues unos kilómetros después volvieron a subir de nuevo otros policías pidiéndonos la documentación de identidad, para poder saber quién éramos nosotros.

No se conformaron con eso, que nos hicieron estar parados en aquel lugar tres horas para poder contrastar nuestras identificaciones con la Dirección General de Seguridad, y hasta que no estuvieron seguros de que no teníamos antecedentes policiales, no nos dejaron seguir nuestro camino por aquellas vías de tren.

Nada más pasar la frontera, nos estaban esperando nuestro grupo de soldados en ella; pues ya estábamos en Francia sin tener que temer nada al respecto de momento, pues lo peor estaba por llegar.

No estaba mal pensado el medio de locomoción que había elegido mi teniente, ya que parecíamos unos cingaros en un carro, tirado por dos jamelgos muy viejos. No pareciéndome un medio de locomoción adecuada; pues aquellos caballos no podrían



llevarnos muy lejos de donde estábamos, que era la frontera que dividía España de Francia.

Nada más saludarme mi teniente me llamó Mario, que era el nombre por el que me conocían mis soldados y el mismo teniente: No dando crédito alguno Andrea al nombre que había oído de boca de mi oficial.

Andrea se me quedó mirando con cara de sorpresa y sin poder decir una sola palabra al respecto; ya que su extrañeza era monumental al saber que yo tenía otro nombre que la había dado a ella.

Así me lo hizo saber una vez que se había retirado de nosotros el teniente; viéndola muy nerviosa a mi amiga aquel día, pues me agarró de la bocamanga de la chaqueta reteniéndome con ella para poderme hablar en privado.

ANDREA -. ¿Cómo te ha llamado?.

JUAN -. Me ha llamado Mario.

ANDREA -. ¿Y eso?.

JUNA -. Es un nombre oculto, para que no sepan el mío.

ANDREA -. ¿Un alias?.

JUAN -. Un renombre. ¿No viste el libro familiar?.

Se me quedó mirándome Andrea con cara de incredibilidad, al saber que mis compañeros me llamaban Mario y ella no podía consentir que se me cambiase el nombre para nada.

Al tiempo que ponía cara de no creerse nada, se hizo para atrás; como huyendo de mi persona, cosa que me molestó mucho al tenerla yo tanto cariño cogido en el tiempo que habíamos estado juntos en España.

No supe ni cómo lo hice; pero la cogí de un brazo atrayéndola hacia mí, para poderla demostrar que podía confiar en mi persona tanto como de la suya. Aquella señorita no daba muestras de conformidad alguna, ya que se la veía temblar como un junco al viento, cogiéndola yo la cara y atrayéndola hacia mí para terminar dándole un beso en la frente.

No sabía si íbamos a marchar hacia el frente; pero lo cierto era que nos dirigieron por la Francia no ocupada hacia el pueblo de Pau, pero antes de llegar a dicho pueblo nos sucedió unos hechos un poco trascendentales para nuestra forma operativa. Y es que se nos paró en la mitad del camino desde Irún a Pau por parte de los partisanos franceses, alegando éstos que éramos huidos de algún sistema paraestatal alemán. Y gracias a la señorita Andrea, que se puso a bailar delante de aquellos campesinos, rudos y poco talentosos: Y así pudimos cubrir el expediente de nuestra ruta de contactos.

Nunca me había entrado repelús en mi cuerpo hasta que vi los hechos y la cara de aquellos combatientes, fieros como ningunos; alegando el teniente que éramos unos comediantes que habían perdido su carro con los utensilios del teatro.

Nos miraron de arriba a bajo aquellos combatientes, sin creerse nada de lo que le estaba diciendo el teniente; pues a parte tenía un tipo de soldado Antonio que le delataba en parte. No obstante nos dejaron continuar nuestra marcha, pero ésta vez con un poco de recelo por no saber qué nos iba a deparar la suerte de aquí en adelante.

MARIO -. Antonio: No podemos seguir con ésta marcha, y mucho menos como comediantes, al no tener los medios necesario para actuar en escena.

ANTONIO -. Sigamos hacia delante, Mario.

Así fue, pues haciéndole caso a nuestro teniente seguimos el rumbo marcado por nuestros oficiales y en unas hornadas conseguimos divisar el pueblo de Pau al frente de nuestro camino.

No sabíamos si entrar en el pueblo o quedarnos en las afuera del mismo, para no levantar sospecha alguna; ya que estábamos en la Francia no ocupada. Ni el mismo teniente lo sabía: Sabía lo que tenía que hacer, pero no sabía si tenía que entrar con aquel cuerpo de ejército en el pueblo o visitarle él con alguno de nosotros. Y sin esperarlo pegó un golpe en el trasero del animal haciéndole seguir su camino.

Yo me quedé parado un rato, al igual que mis soldados; como esperando ver un gesto por parte de mi teniente y saber si aquello lo había hecho con parte de consentimiento de nuestros oficiales. Pero como mi teniente seguía al carro que dirigían aquellas bestias, nosotros comenzamos a dar paso tras paso detrás de mi teniente, hasta que conseguimos entrar en el pueblo.

Antes de llegar al centro del pueblo, nos hizo una señal con la mano un señor para que nos detuviésemos. Dicho señor se encontraba en la puerta de una nave de su propiedad, según nos contó él; viendo en ella un camión, no más de cinco mil kilos. Y extendiendo la mano aquel señor nos mostraba el camión como queriendo que nos montásemos en el.

Mi teniente dudó en unos momentos de aquel gesto agradable que nos estaba brindando aquel señor, hasta que por fin hizo una señal con la mano para responderle aquel hombre con otra. Mi teniente se puso alegre; ya que al parecer se habían entendido el uno con el otro.

Enseguida nos dirigimos al camión inspeccionándole por afuera y por adentro de sus tripas, no viendo en el nada raro, ni ningún dispositivo de artefacto, montándonos sin falta de tiempo en aquel camión.

El teniente nos distribuyó dentro del camión, a mí me indicó que fuese conduciéndole, distribuyendo el resto de la tropa en el remolque, para ir él sentado a mi lado en la cabina.

Salí de aquella nave con mucha precaución, como intuyendo que nos iba a pasar algo malo; pero no fue así, ya que salimos de aquel pueblo, camino de Toulouse con una velocidad prudente, para no dar sospecha de huída.

Era cosa rara; pues en todo el camino vimos escaramuzas de querernos parar para saber nuestra identidad.

Llegamos sin ninguna vicisitud a la ciudad de Toulouse instalándonos en unas dependencias que al parecer habían estado cerradas desde hacia mucho tiempo. Marchándonos de inmediato a un bar donde había unos acordeones que nos hacían las vidas más gratas a todos; siendo aquellos acordeones famosos en toda Europa por la escucha de la radio.

Yo veía que mi teniente se iba retirando de mí cada vez más; hasta que consiguió dejar un hueco entre él y yo. No sabía con qué interés estaba consiguiendo aquel hueco, hasta que se aproximó a nosotros un hombre, alto y de contextura fuerte, sentándose entre medio de nosotros dos; para rodearle mis hombres y así no se podía oír nada de lo que hablase mi teniente con aquella visita que habíamos tenido en ésa hora.

EXTRAÑO -. Se intuye algo y no muy bueno.

ANTONIO -. Yo ya lo dije, antes de salir del puerto de Barcelona.

EXTRAÑO -. ¿Y qué?.

ANTONIO -. Creo que llegaría mi mensaje; para eso estamos aquí. ¿Pues sino. . . ? . . .

Cogiendo una servilleta de la mesa de aquel bar, escribió unas palabras bien puestas, como para que se pudiesen leer bien, entregándoselas a aquel hombre; que sin pedir permiso se sentó con nosotros.

EXTRAÑO -. ¿Esto?.

ANTONIO -. Hágaselo llegar al mismo bunker.

Pude ver lo que decía aquella nota escrita por mi teniente - Vengan cuanto antes. Y así, de ésta manera, dándosela la nota a aquel hombre quedó descansando mi Teniente.

Aquella misma noche salimos para Béziers, un pueblo bonito pero que no nos decía nada; al no ser parada obligatoria nuestra, y de allí llegamos a Montpellier, cuna de D'Artagnan; siendo esa novela famosa. Era una ciudad encantadora con reminiscencias de la edad media, en aquel medioevo en que las construcciones eran totalmente de piedra de cantería y bien detallada: Cuna de la grandeza de Francia.

En aquella hermosa ciudad parecía que nos íbamos a quedar unos días; pues falta nos hacía a todos nosotros un descanso, para poder dormir una noche por lo menos. Y al entrar en una cafetería se le arrimó a Juan, el cabo furrier, una chica decidida a no irse de con Juan. Aquello lo vio bien mi teniente, y hasta yo lo veía a la suma perfección; ya que el tener dos chicas en el grupo sería cosa de no llamar tanto la atención en unos saltimbanquis, como al parecer éramos nosotros al perder los elementos del teatro.

Cuando nos sentamos en aquella cafetería, se puso mi teniente cerca de mí para poderme hablar algo, que yo no comprendía muy bien.

ANTONIO -. Se prepara algo, al parecer.

MARIO -. Según tú: ¿Qué es?.

ANTONIO -. Los aliados están moviéndose y reclutando soldados jóvenes.

MARIO -. ¿Sin ninguna clase de instrucción, ni enseñanzas de manejo de las armas?.

ANTONIO -. Quieren un gran contingente de soldados.

MARIO -. Y ya que usted me lo ha dicho, Antonio, ¿qué papel juego yo en todo esto?.

ANTONIO -. En un tiempo determinado; ya lo sabrá.

Aquella noche nos dispusimos a pasarla en sendas camas; ya que se nos había asignado unas habitaciones a todos nosotros: A mí me habían asignado una habitación de tipo matrimonial, pues sólo tenía una cama de matrimonio; pues las habían hasta con varios camastros.

Cuando entró Andrea en la habitación se echó sobre la cama, como queriendo descansar y al momento recapacitó un poco, quedándose sentada en la cama para preguntar por la otra cama.

ANDREA -. No veo más que una cama.

JUAN -. No hace falta otra; en ésta nos vamos a costar los dos.

Pegando un salto de nerviosismo, no compartía la idea Andrea conmigo, para que nos acostásemos los dos en aquella cama de matrimonio.

ANDREA -. ¡AH!; no. Yo ahí no me acuesto.

JUAN -. ¡Que estamos casados!.

ANDREA -. Cuando el cura nos eche las bendiciones.

No la quería obligar; pues yo la tenía ya como mi mujer y al decir verdad, ella me tenía como si fuese su marido. Y señalándola con la mano a la tripa la decía que teníamos que tener hijos, siendo mejor tenerlos cuanto antes, no ya en edad de decadencia física; no gustándola nada aquella idea.

Pero poco a poco fue doblegando su voluntad, ya que se encontraba cansada y se fue echando sobre la cama; abriendo yo el embozo y haciendo para atrás aquellas sábanas. Así la vería mejor y podríamos tener mejores relaciones de esa manera.

Un empujón por aquí, un empujón por allí hasta que fue doblegando su voluntad a la mía, sin que yo la obligase a nada: Hasta que no pudiendo más dio un grito de espanto, para en un momento agarrarse a mí, no dejándome separar de ella.

Aquello estaba consumado; lo malo era, que no sabía yo muy bien cómo íbamos a seguir con nuestras relaciones de aquí en adelante, si mi acometida fuese otra muy distinta a la que estaba llevando hasta esos precisos momentos.

Como corría ya el tercer día y nuestra estancia se alargaba en aquella preciosa ciudad, yo no sabía lo que hacer; así que de vez en cuando me iba a un café bar que había cerca de nuestra residencia para tomarme un refresco y pensar en la posible familia que pudiésemos tener entre Andrea y yo. Y allí me encontraba aquella tarde, en mis rotundos pensamientos, cuando vi entrar al teniente sentándose cerca de mí y sin pérdida de tiempo le abordé con preguntas.

MARIO -. Se están reforzando muy abajo.

ANTONIO -. Las otras tierras están infranqueables.

MARIO -. ¿Qué quiere decir usted, Antonio?.

ANTONIO -. Las tierras que hay cerca de nosotros es un fortín.

Algo me había querido decir mi teniente, aunque le llamaba Antonio; pues él sabía algo de ello y no quería contarle todo, por si se reventaba el operativo que había montado en aquellas naciones, por medio del ejército alemán.

Me quedé con un sabor de boca bastante malo, al no enterarme de todo lo que se fraguaba en el fragor de la batalla. No quise preguntarle por nada más, ya que él me lo diría sin yo preguntárselo, o tal vez me enteraría de balde como se suele decir.

Aquella noche fue la última que pasamos en Montpellier, pues a la mañana siguiente salimos con rumbo a Marseille y al llegar a dicha ciudad había rumores de mucho movimiento en las tropas; sobretodo en el lado ocupado, ya que se preveía alguna cosa fuera de lo normal, según decían los habitantes de esa grandiosa ciudad.

Allí nos avituallamos de alimentos y enseres para pasar unos días sin tenerlo que hacer; ya que estábamos en la parte opuesta a la zona ocupada de Francia y sin saber nuestro nuevo destino, solamente íbamos de lugar en lugar de ciudad en ciudad sin apenas pararnos en ella y así fue en la bonita y monumental Marseille.

Proseguimos nuestro camino llegando a Toulon, sin grandes contratiempos; ya que unos saltimbanquis no se veían mal en dichas ciudades, pues hacían las delicias a los niños al verlos moverse con destreza. Y con bastante destreza nos tuvimos que mover en aquel día al ser llamados por el gobierno de aquella gran ciudad, para que actuásemos en la plaza principal.

MARIO -. ¿Qué hacemos, Antonio?.

ANTONIO -. Maniobras. Movimientos de maniobras; pero sin que parezca que somos adiestrados en la disciplina castrense.

MARIO -. Va a ser difícil disimularlo; en cuanto empecemos a movernos tal y como nos han enseñado.



ANTONIO -. No, si unos van por otro lado diferente a los otros y moviéndose diferentemente que los otros compañeros.

Así lo quisimos hacer, y si no hubiese sido por las chicas aquello había sido un fracaso monumental; al no compaginarnos ninguno de nosotros. Pues al ver que ninguno íbamos acorde, se pusieron las chicas en medio de nosotros con un baile de cíngaras, que valía la pena verlo.

Cómo aplaudían los niños, y hasta las gentes mayores aplaudían con ganas; hasta el punto que nos pidieron aquellas autoridades de la ciudad, que nos quedásemos un día más en ella, para hacer las delicias de los niños y de los mayores.

No podíamos decepcionar al mando de aquella ciudad, complaciéndolos en su petición; pero a la vez, dando señales de tener alguna que otra prisa por estar atentos para visitar a un familiar de Antonio antes que se marchase de Francia.

No sé cómo lo hicimos, que aquella mañana nos levantamos más temprano que ningún día todos, y como a unísono nos fuimos a las afuera de aquella bonita ciudad, sin querer alejarnos de ella; cuando a poco tiempo de estar allí, nos llegaron noticias de que los aliados habían intentado desembarcar en la costa, no pudiéndolo hacer por los innumerables canales de agua que había en ella.

A lo lejos se oía una radio, yéndonos Antonio y yo a sus inmediaciones para poder oír la noticia que se estaba dando a través de la radio. Lo que más nos llegó al fondo de nuestro ser, fue cuando dijeron, que días anteriores habían intentado desembarcar por Normandía, más bien por Calais, siendo un fiasco dicho desembarco; ya que las tropas Alemanas habían abortado tal desembarco al batirse el cobre con furia y con gallardía: Y eso lo decía una radio francesa.

SARGENTO -. Mi teniente: ¿Nos encontramos bien en ésta ciudad?.

TENIENTE -. Nos encontramos detrás de la línea ocupada.

SARGENTO -. ¿ La sorpresa que me decía usted el otro día, mi teniente, eran los canales?.

TENIENTE -. Que no es poca.

Proseguimos nuestro camino hasta llegar a Carnnes, y ahí volvimos a oír otra noticia, pero ésta vez un poco triste para los intereses de nuestro teniente como así para todos nuestros oficiales.

El Führer, había tenido que retirar su ejército de África; donde estaban obteniendo numerables victoria en las batallas desarrolladas en aquel terreno, un poco contradictorio a las tropas alemanas, por no estar adiestradas en las arenas del desierto, o a los innumerables páramos de aquellos lugares. Así que las noticias llegaban con las primeras derrota del ejército alemán dadas en la radio francesa: Al verse mermado de tropas dicho ejército.

Como pude haber oído, por la radio; el desembarco fue un fracaso, por parte de las tropas aliadas, sentándolos muy mal a los franceses; ya que venían para ayudarlos en la batalla. Peor me sentó a mí, cuando supe que aquella guerra se había formado alrededor del capital: El dinero mandaba en aquel tiempo y predominaba ante los gobernantes de cada país. Se estaba formando una alianza entre las naciones para que la moneda corriese mejor entre ellas, sin ninguna clase de fronteras económicas.

Aquellos lugares por donde nosotros estábamos, eran visitados por los más acaudalados señores de todas las naciones al ser unas ciudades tranquilas y acogedoras a la vez.

Pues si en Carnnes oí algo, en Nice oí todo lo que me hacía falta para saber que la guerra se estaba moviendo por intereses económicos, al comprobar unas participaciones de acciones que se cambiaban entre aquellos señores.

También pude comprobar, que se estaba ultimando alguna alianza económica al oír hablar aquellos señores sentados en una mesa. Claramente dijeron que, al terminar la contienda se unirían las fuerzas económicas para crear un mercado más fuerte en Europa, pues beneficiaría al nuevo continente en sus intereses expansionista. Y así quedaron para cuando terminase dicha contienda, y se aclarasen mejor los hechos sociales dentro de la concordia de las naciones.

Por aquel entonces se veía mucho ejército alemán pasar por la frontera española y por lo que no era frontera; ya que allí había Mar, pues estábamos en el golfo de León.

También me pude dar cuenta, que siempre que los soldados alemanes fuesen vestidos de paisanos atravesaban España sin contratiempos ningunos; no sabiendo yo qué clase de neutralidad había tomado parte activa España, si se llenaban los trenes de soldados que no había podido evacuar de África el Estado de Alemania, llevándoselos a través de los Pirineos: De entonces ese rife rafe que tenía España y Francia con los Pirineos en algunas zonas de ellos. Y en uno de aquellos convoyes humanos me dieron órdenes para llegar a Alemania en cuanto pudiese; más bien al bunker para servir en él.

Yo era consciente que mi adiestramiento no era lo ducho que se requería para estar dentro del bunker; por lo tanto me imaginaba para qué me querían dentro de aquella grandiosa fortaleza; ya que pese a las veinte millones de minas que puso el ejército Alemán esperando el desembarco, llegaron las fuerzas aliadas a penetrar dentro de Francia en pocos días, una vez desembarcaron todas sus tropas en una playa que tenía varios kilómetros de arena, sin apenas ninguna roca.

Unos ciento cincuenta mil soldados estadounidenses y ochenta y dos mil británicos, desembarcaron, por fin, en aquella playa; pese al mucho hostigamiento de la artillería ligera y hasta pesada de los alemanes.

Y con todo y eso, al punto estuvo de haber sido un fracaso dicho desembarco; como lo fue el anterior, con muchos menos hombres.

Antes que tomasen la parte por donde yo tenía que saltar a Alemania, llegué a la frontera con algún que otro sobresalto; ya que la Francia ocupada, estaba siendo liberada por las fuerzas aliadas, haciéndolo en pocos meses.

Me llevaron a un campo, tal vez un campamento, cerca de un aeródromo en donde existía una especie de bunker, sin saberlo a penas nadie y nada más entrar en él, lo primero que oí fue una voz conocida por mí diciendo que estaba hasta. . . El gorro. . . De alguno de sus generales, y para saber quién era fiel a él, tendría que comprobarlo, formando un ardid en contra de su persona.

Así fue; pues se encargó un oficial de aquel ardid, urdido por el Führer, en su estado de creerse perseguido por casi todo su ejército; y para ello, dicho oficial convocó una reunión entre los hombres que se creían contrarios al mismo Hitler.

Algunos coroneles y algunos generales, seguidos de los oficiales con menos relieve de entre ellos consiguieron reunirse en una casa de campo a las afuera de la ciudad, saliendo convencidos de que iban a apartar al Führer en unos días del mando del Tercer Reich. Aunque para decir verdad, no estaban todos ellos muy convencidos de que si apartaban del mando a su jefe los iría a ir mejor en la contienda; al saberse ya que parte activa la tenían las finanzas.

De aquello salió victorioso, pues en una de esas reuniones hizo dispersarse uno de ellos al grupo que asistían a tal evento, dentro de la historia. Y ya viendo el Führer que se había quedado sin los oficiales que le hostigaban para dejar aquella contienda,

quiso refortalecer las líneas ofensivas del frente oeste. Y para ello hizo mandar desde cerca del territorio de la nación contraria unas bombas voladoras, que hacían el mayor estrago cuando estallaban en tierra.

Aquello fue lo peor; pues no solamente las mandaba para que alcanzasen el frente de la guerra, si no que las mandaba a la Capital de aquella Gran Nación, consiguiendo parar el frente de la guerra a los aliados, al necesitar reesfuerzos en su misma Nación; pero no por eso se dejó avanzar, consiguiendo liberar la zona ocupada por las tropas alemanas.

Ya era imposible parar aquellos ejércitos; pues hasta el ejército rojo estaba entre los aliados; aunque más bien quería una segunda reunión entre todos ellos para aclarar mejor la contienda: Pero como aquella contienda era fundada en un colchón de divisas y monedas, no sabían los Bolcheviques, y Mencheviques lo que se estaba preparando y cociendo en aquella contienda.

Y los italianos, ¡ay!, ¡ay!, ¡ay!; ahí me quedo. Me es imposible, hasta en el día de la fecha decir lo que había oído de ellos.

El bunker; ¡vaya bunker!, si nadie podía entrar en el como no te dejasen, y mucho menos salir cuando tú quisieras.

Yo estaba que no podía vivir por los muchos nervios que se me formaron a causa de aquellas charlas, que yo oía, y por el mucho agobio que tenía en mi pecho al no saber nada de mi mujer, Andrea; ya que la había quedado embarazada de un mes y nadie me daba señales de ella. Pues en el bunker tuve que entrar solo y sin ninguna maleta; allí me proporcionaron toda clase de uniforme para que yo fuese uniformado en todo tiempo, y supiesen que yo era sargento de la Waffen – SS. Graduación que me daba paso a todas las dependencias del bunker; hasta pudiendo ver, desde lejos, al Führer dando órdenes a sus generales.

Yo me asfixiaba allí metido y sin poder ver la luz del día; solamente tenía noticias del exterior por los soldados de avituallamientos. Y ahora que nombro a dichos soldados, me llegó a los tres días el avituallamiento de pedidos, cuando pude ver al cabo furrier mandando dicho destacamento de comidas y bebidas al bunker.

MARIO -. Me alegra verle, Juan.

JUAN -. Yo también me alegro verle, Mario.

No sabía muy bien por qué le llamaba con el nombre que nos habían dado en los servicios de vigilancia del puerto de Barcelona; pero en realidad era así. Y él me llamaba a mí por mi alias: Así seguimos todo el tiempo que duró la descarga del camión blindado que traía los avituallamientos al bunker.

Como yo no hacía más que mirarle, mi cabo sospechó que yo le quería preguntar por alguien o decirle algo nuevo al respecto, por lo tanto se adelantó él en hacerme la pregunta.

CABO -. Mi sargento: ¿Me quiere decir algo?.

SARGENTO -. Me lo ha notado por la mirada, ¿verdad?.

CABO -. ¡Verdad!.

Ahora sí que nos llamábamos, según la graduación que nos había dado el ejército alemán, como sargento y cabo.

Al hacerme aquella pregunta mi cabo, yo vi el Cielo abierto, como se suele decir; pues no sabía cómo abordarle con mis pesquisas por saber de nuestra compañía, y al decirme mi cabo que habían muerto todos en unos canales, en su retirada del frente

polaco, se me decayó el Alma y se me derrumbó el Espíritu, al saber la noticia tan mala para mí; de que la compañía donde militábamos había dejado de existir: ¿Dónde pertenecía yo en esos mismos momento?.

Para que no me viese sin interés alguno mi cabo, le seguí preguntando por el capitán Bernold; sabiendo que dicho capitán se había salvado de milagro, según me dijo mi cabo, al tener que quedarse en la avanzadilla por servicio de vigilancia y que al parecer no había tomado el mismo camino que su compañía al volver al regimiento donde pertenecía.

Pregunté por el teniente, informándome mi cabo de que se encontraba todavía en tierras francesas, pero luchando como un buen oficial en el ejército alemán: ¡Qué bien!, ¡qué bien!, me lo estaba detallando mi cabo, de tal manera que me enteró de todos los tejes y manejes de aquella contienda mundial.

Todo coincidía con lo que yo había vivido fuera de dicho bunker; pues por casualidad me había enterado de lo más principal de aquella guerra; pero no estaba enterado dónde se encontraba mi mujer, Andrea.

Pregunté por mi mujer, Andrea, a mi cabo no sabiendo nada de ella; era más, que tampoco sabía dónde se encontraba su chica, como él decía.

Yo había dejado a mi mujer Andrea en una habitación alquilada, y tenía que salir para poderla ver y abrazarla; no sabiendo bien lo que podía ser de ella, ni del adelanto que tenía en su embarazo.

Le propuse a mi cabo cambiarme por él, y aunque a lo primero era remiso para acceder a tales pretensiones, más tarde nos cambiamos nuestros uniformes, sentándome a mí muy bien el suyo; ya que mi cabo se había hecho más hombre en aquellos meses que hacía no le veía.

Estaba totalmente alegre porque iba a ver a mi mujer, Andrea; sabiendo que tendría que volver otra vez al bunker, pues así se lo había prometido yo a mi cabo: Él no quería quedarse dentro de dicho bunker por nada del mundo.

Me encontraba ya sentado en el camión esperando la orden de marcha, cuando vimos aproximarse a un teniente al camión echando el alto para que no arrancase dicho vehículo.

Le acompañaban dos soldados pistolas en manos, y cuando abrió la puerta de mi lado, me mandó bajar e identificarme con mi graduación y mi nombre. Le tuve que decir que era sargento y que mi nombre era Wilmod. ¡Pues qué bien!; no sabía mi teniente cómo llevaba puesto un uniforme de cabo, siendo yo sargento. Y eso que me conocía él muy bien, al ser mi instructor en los menesteres del servicio de vigilancia.

Mi teniente me hizo volver otra vez para atrás y como buena persona me ordenó que diese el uniforme a su dueño y que me pusiera yo el mío; pues por aquella vez, no había visto nada. Así se salvó de un juicio de guerra el cabo y yo también.

Cuando estuvimos a solas, se acercó mi teniente a mí con signo de buena amistad, como siempre lo hacía cuando iba a enseñarme la materia adecuada. Se puso frente a mí y comenzó a decirme algo que me alegraba el oído.

Me dijo mi teniente, que Andrea había vuelto a España; que era mejor que mi hijo naciese en su patria y no a miles de kilómetros de su Tierra natal. Me siguió hablando en términos sociales y más bien amistosos, para que yo no tuviese más intenciones de volver hacer de las mías, según me dijo él.

Por supuesto, que se me habían quitado las ganas de volver hacer de las mías; ya que sabía de Andrea y de su marcha a la patria, la Nación española.



Mi vida en el bunker siguió cotidiana y casi monótona; pues las tareas encomendadas a cada uno de nosotros eran siempre las mismas, para que no nos confundiésemos.

Era cotidiana mi vida hasta que oí hablar a mi teniente con otro oficial diciendo algo así, como que sería nuestra tumba si permanecíamos en dicho recinto fortificado; pues los aliados estaban a un paso de conquistar el bunker.

Me entró una inquietud en mi cuerpo que no podía estarme quieto, movía las piernas, los pies y hasta las manos del nerviosismo que tenía sin darme cuenta de que lo estaba haciendo.

Pensaba que tal vez no conocería a mi hijo; pues yo estaba seguro de que sería un niño lo que tuviese mi mujer, pues el último día que estuve con ella se la movía mucho la tripa; síntoma que era un macho muy fuerte el feto que mi mujer llevaba dentro de sus entrañas.

Como pensar, pensaba cómo la iría a ver si se había marchado a nuestra Tierra, para tener nuestro hijo en ella. Me entró unos deseos salir de aquel bunker, que no podía estabilizar mi cerebro en nada; solamente estudiaba la manera de salir de aquella fortaleza a prueba de bombas, no sabiendo cómo lo iba hacer.

Un día que bajé al salón de abajo, que era una plataforma que había en la planta baja, miré a la puerta de salida y así estuve un buen rato; fijo en aquella puerta, que sería la que me diese la posibilidad de salir de aquel lugar inexpugnable.

En aquel mismo momento, pude ver correr a unos oficiales de un sitio a otro; sabiendo que los aliados nos tenían copados y que la posibilidad de salir con vida de allí eran nulas.

No sabía lo que pasaba en aquella hora marchita de desaliento y de agobio para aquellos aguerridos oficiales; pero sí lo pude intuir por la manera de hablar entre ellos, y eso que me obligaron a entrarme en mi despacho para que me estuviese allí quieto.

Las órdenes fueron contundente: Tendría que estarme en mi despacho sin saber lo que estaba pasando en el exterior de aquel buró mal amueblado; pues solamente tenía una mesa en el medio, con una silla y allí me encontraba yo todos los días revisando papeles y papeles para ver si encontraba algún fallo en ellos. Y entre tanto papel, pensaba en mi mujer, Andrea, y en mi hijo.

No sabía cómo se daban las órdenes afuera del bunker, por lo tanto lo tendría que averiguar para si yo pudiese mandar algún mensaje a mi mujer; si tal vez fuese por telégrafo o por teléfono. Pero aquello no lo podía averiguar, por estar en otra dependencia el sistema de transmisión, infranqueable para mi persona.

Me entraron unas dudas enormes, al saber que nuestros días estaban dando fin por el acoso de las fuerzas contrarias al régimen donde yo militaba; así que me preguntaba: ¿Qué hacía yo allí?, si yo era español y conmigo no iba nada.

Un decaimiento brutal me entró en todo mi ser, que me estaba asfixiando al no saber cómo saldría de allí: Si corriendo o con los pies por delante. Y eso no era lo malo; lo malo era si acaso no me encontrase nadie por estar mi cuerpo esparcido en un radio de varios metros a la redonda.

Aquella noche no durmió allí nadie; pues se oían pisadas como si estuviesen andando precipitadamente, de un lugar a otro. Hasta que por la mañana oí decir claramente, -. Se han matado -.

No; claro que no se habían matado; los habían matado, según yo. Pues no esperé más saliendo a la puerta de mi despacho en la primera planta para ocultarme detrás de una columna y viendo salir como corriendo a Hitler seguidos por tres oficiales, al

tiempo que abrían una puerta que yo no sabía que existía en aquel salón tan enorme y cerca de la puerta principal de salida en aquel salón.

Aquella figura desaparecía de repente como si tuviese prisa, dejando a los suyos atrás y tal vez muertos. Así supe que Hitler no había muerto y que tal vez estuviese huyendo de aquel lugar de desgracia y desaliento en esa misma hora de acoso y asalto al bunker. En aquel preciso momento se oyó un ruido estrepitoso, viniéndose abajo ciertas columnas de aquel recinto, quedando la puerta de salida expedita por haber saltado por los aires así como unos metros.

Vestido de paisano salí de aquel bunker más que corriendo, sin saber dónde ir y qué camino tomar; por haber visto una sola vez aquel lugar y montado en un coche y a pocos pasos de allí me di de bruces con aquel teniente, que parándome me dijo el pueblo donde estaba mi mujer con mi hijo; pues según él había tenido un niño como yo presentía.

No me paré con él ni un solo rato; aunque aquel teniente me recordaba mucho al teniente de mi compañía, ya desaparecida en combate, según constaba oficialmente.

¡Qué vicisitudes, Dios!; hasta que di con una casa de campo, que al parecer era de unas personas pudientes. El trayecto que hice hasta llegar a la casa de campo no lo narro por el recrudescimiento atroz en el que estuve inmerso en aquellas horas, o en aquel día.

Llamé a la puerta de aquella casa no abriéndome nadie, pues nadie había dentro de ella: Tal vez habían huido de dicha casa al ver tales atrocidades y por motivo de conservación personal.

Solamente un perro se acercó a mí con señales de haberle alegrado mi presencia, pues el animal se restregaba en mis pantalones con suma destreza, como dándome la bienvenida.

Di una vuelta a la casa y vi una ventana un poco abierta consiguiendo entrar en aquel hogar de gente adicta al régimen como pude ver una vez que estuve dentro de la casa. Me dirigí a la puerta abriendo aquel portón al perro para que entrase en ella; pues tal vez se dirigiría algún sitio de mi incumbencia, y así fue.

Aquel perro se dirigió a la cocina de la casa sin falta de tiempo y comenzó a comer de algo que había en un barreño, tal vez puesto allí para que comiese dicho animal. Algo era algo: Me había enseñado el perro donde estaba la cocina, y sin falta de tiempo tomé yo un bocado de unos embutidos que había en ella.

Cuando salí de aquella casa con rumbo desconocido, también me seguía el perro: Paso que daba yo, paso que daba el; no queriéndole espantar por ser una compañía alegre para mi persona.

Unas veces por caminos y otras a través de montes iba avanzando hacia la frontera francesa; llegando a sus inmediaciones en no menos de veinticinco días, por el paso tan corto que había llevado.

La frontera era infranqueable, pues de trecho en trecho de aquellos caminos había un control puesto en el mismo camino; no sabiendo yo por dónde iba a pasar dicha frontera. Hasta que por fin vi un carro de un agricultor lleno de productos hortícola, así que sin pensarlo cogí al perro y con el en los brazos me entré dentro del carro, tapándome con una lona que cubría todos los productos de aquel agricultor, que eran manzanas, lechugas, brezas, patatas y otros productos que llevaba en dicho carro.

Había acertado, pues aquel carro se salió del camino cogiendo una trocha campo a través; ya que lo estaba viendo yo perfectamente al no cubrirme aquella lona lo necesario como para que en uno de esos controles pasase desapercibido.

El carro pasó por un mojón de mampostería donde se anunciaba el paso de la siguiente Nación, que era Francia. Salté del carro y conmigo saltó, también, el perro que

me acompañaba, haciéndose daño en una pata; pero cuando le inspeccioné la pata pude ver que no se la había roto, solamente se había dañado por haber dado un salto hacia atrás, cuando tenía que haberlo dado hacia la dirección del carro.

No sabía yo muy bien si aquel agricultor se había enterado de que nos había llevado durante unos kilómetros en su carro; pero cuando volví la cabeza para mirar, por última vez al carro, pude ver que aquel agricultor alzaba el brazo saludándome con la mano, como diciéndome ¡adiós!.

En mi ser le quedé sumamente agradecido a aquel agricultor por no denunciarnos; ya que como se veía, había creído que fuésemos de la resistencia. Aunque al decir verdad, poca resistencia quedaba en dicho lugar una vez ocupado aquella zona por los aliados.

En Francia me fue más fácil mi marcha hacia el lugar que yo deseaba, que era nada más ni menos que la frontera española por Portbou.

Vicisitudes: ¡Claro que las tuve!, hasta llegar a donde yo quería; pero como la guerra era igual en todas las partes, no detallo lo que me había pasado en mi camino hacia la frontera española: Pues aquellos contratiempos han sido detallados perfectamente por otros mercenarios.

Lo fundamental para mí, era llegar a la frontera española y ya me encontraba en ella; no pudiendo pasar a mi patria, al ser un proscrito prófugo de la justicia por causas políticas.

A mí me parecía que lo que yo había hecho no lo iban a pasar de largo; así que no me había equivocado: Pues al dar mi nombre en la frontera francesa, me echaron para atrás alertándome de mi situación.

Mi situación no era otra, que el tenerme que quedar viviendo en Francia toda mi vida o buscarme otro paso para llegar a mi patria. También podía entregarme y esperar

una posible amnistía por parte del gobierno español; cosa improbable, por el mucho sacrificio que tuvieron que hacer en tiempo de el furor de la contienda.

Pero cuando me iba retirando del control aduanero, pude ver a un hombre; así como con un estilo de paisano español, que llegaba con una colilla en la boca y casi se le estaba cayendo de no haberla encendido hacía ya como tres días.

PAISA -. ¿Problemas?.

JUAN -. Ninguno.

PAISA -. Comprendo: Entonces véngase detrás de mí.

No dijo más aquel hombre, de camisa rasgada, de pantalones caídos y con unas alpargatas que no se sabía de qué color habían sido cuando eran nuevas. Aquel hombre estaba hecho un Eccehomo; pues hasta el pelo lo tenía sucio: Se notaba que no se había lavado hacía ya varios meses y eso si alguna vez se hubo lavado.

Pero con todo y eso decidí seguirle las huellas, y tantos pasos como daba él los daba yo; hasta llegar a una casa en una bajada de una colina. Aquella casa se encontraba destartalada y hasta sin ventanas; aunque sí tenía puerta.

Yo me quedé mirándole, como esperando alguna noticia de aquel hombre; que por otra parte no sabía yo cómo tratarlo, si de usted o de tú: Y lo primero que me salió de la boca fue un tú a pleno pulmón.

PAISANO -. Sí, camarada; así te quiero yo ver.

JUAN -. (Abriendo las manos todo lo que podía, le insté para que me dijese alguna cosa buena para mis acechanzas). -. ¿Me puedes contar?.

PAISANO -. Por aquí no; pero si me sigues en unos días pasamos a España por los Pirineos.

JUAN -. Nos darán el alto en la frontera.

PAISANO -. ¿Qué frontera?. Si estamos haciendo una pequeña senda nosotros al pasar con el personal asignado a nuestro cuidado.

Entendí, que no había aduana por donde me quería pasar aquel señor; en los mismos Pirineos, desde Francia a España. Por eso mismo me sentí cohibido y como asustadizo, al no saber, muy bien, qué clase de paso era donde me quería llevar.

Con todo y eso, seguí aquel hombre y al cabo de unos buenos días se internó en aquellos montes impenetrables, a lo primero, para después convertirse en un verdadero macizo todo aquel contorno de rocas y cumbres escarpadas.

Y aunque había una exuberante vegetación cortando el paso, aquel hombre sabía muy bien su camino; ya que aquellos árboles, tanto pequeños como mayores, como así el numeroso matorral no nos detenía para nada, al ser un paso natural por donde iba aquel hombre.

Al cabo de numerosos días llegamos a un pueblo, que al parecer era ya español; pues hablaban el castellano a la perfección, con reminiscencias de la Provenza francesa, ya que era la Provenza española donde habíamos recalado en aquel precioso día. Las casas estaban hechas al estilo pirenaico, dejaban caer la nieve enseguida en sus tejados, con reminiscencias francesas.

Aunque aquel hombre no había hablado nada en todo el trayecto, y eso que había durado bastantes días, me comentó que nos despedíamos en aquel pueblo; yendo yo a una especie de colmado que había en la plaza para comprarle una cajetilla de tabaco picado y cerillas. Cuando llegué con dicho tesoro a aquel hombre y se lo di, la cogió la

cajetilla de tabaco con temblores en las manos; como agradeciéndolo en el Alma y cuando le quise dar dinero, más bien alemán, éste me lo rehusó, diciéndome que aquel acto lo había hecho gratuitamente, con toda su buena voluntad. Y con una señal de las manos se despidió de mí aquel buen hombre.

Yo tenía barba de poco más de un mes, que era lo que había durado nuestro trayecto hasta llegar a aquel pueblo de español.

No creo que me conociese nadie, aunque fuese un amigo mío; así que por ese lado no tenía problema alguno: Ahora sí que tenía un problema; o me entregaba o seguía fingiendo ser español, dando mi nombre de pila a todo el mundo que me lo preguntase.

Decidí lo segundo; di el nombre de pila al primero que me lo preguntó en otro pueblo de la alta rioja, no sabiendo yo dónde dirigirme para llegar a una región devastada y como despoblada, en la piel de toro. Y sin darme cuenta me encontraba en otra provincia sin medios económicos, como no fuese los pocos dineros del régimen alemán que llevaba en la cartera; así que pedía a toda persona que se me cruzase en mi camino, y como aquello era cotidiano nadie se extrañaba de que yo estuviese pidiendo, en aquellos pueblos de Logroño; pues desde Cenicero pasé a Briones hasta llegar a Haro, un pueblo bonito y con personas acogedoras. Entre medio de aquellos pueblos habían otros más pequeñas, tal vez unas villas o unos caseríos que no eran para pedir en aquel tiempo nada a sus habitantes.

En Haro entablé conversación con un camionero, que se encontraba tomando un café en un bar de aquella localidad; haciéndome saber que se dirigía a la región donde yo quería llegar en un par de meses si acaso iba a pie.

Accedió, con mucha amabilidad, para llevarme como copiloto en su camión; pero eso sí, por carreteras secundarias, dando un rodeo de algunos cientos de kilómetros hasta llegar a la región deseada.



Tantos kilómetros se desvió aquel camionero que después de dos días nos encontrábamos en la provincia de Salamanca, para entrar en la Región de nuestro destino por el norte, en unas carreteras tan estrechas y de tierras, que apenas podía avanzar el camión unos kilómetros, no sin antes tenerse que bajar de trecho en trecho aquel camionero para quitar de los neumáticos de las ruedas alguna piedra incrustada en ellos, entre las estrías de la goma.

Así llegamos a la segunda provincia de aquella Región, después de pasar unas sierras enormes y una carretera, que aunque se veía un paisaje bonito de ensueño, con árboles por todas las partes de su trayecto llegamos a un páramo inhospitalario, sin medio de vida y de sustento alguno.

Yo me despedí de aquel camionero muy cerca de mi destino; pues desde allí se veía la sierra del pueblo donde yo iba: Iba a ver a mi mujer y a mi hijo en pocas horas, tal vez; pero me confundí, ya que pude percibir a la gloriosa Benemérita de a pie rondar por aquella carretera por donde yo tenía que cruzar, para coger un camino en la planicie de la sierra que me llevase al pueblo.

Decidí hacer noche en donde yo me encontraba, ya que había numerosos matorrales de chaparros y encinas; y así, echando encima parte de mi ropa, me taparía del relente de la noche, pues mucho frío no haría por estar totalmente nublado, sin llover.

Así lo hice y a la mañana siguiente vi la carretera expedita, solamente un labriego conducía un carro de llantas con algunos canchalis cogidos de aquellos matorrales de chaparreras mal puestas en aquellas fincas.

Antes de llegar al pueblo de destino, me paré en una casa de una finca de labranza, tomando parecer a los agricultores que había en ella, oyendo a un señor que

había llegado del pueblo algo así, como que la avanzadilla alemana había sido un fiasco en pleno invierno.

SEÑOR -. Lo tenían todo ganado.

MOZO -. ¿Te refieres a la segundo guerra mundial?.

SEÑOR -. ¿Cuál si no?. Los soldados esteparios los han hecho retroceder.

MOZO -. Si habían anunciado la inminente caída de Moscú en pocas horas.

SEÑOR -. Pero según las pocas radios que hay en el pueblo, lo han dicho.

MOZO -. No hay más que una y de galena.

SEÑOR -. Ha sido debido a la tregua que han hecho las tropas alemanas, para su concentración.

MOZO -. O sea; ¿Qué si siguen. . . ?.

SEÑOR -. Toman Moscú.

De bastante me estaba enterando aquel día; pues pese a que yo sentía como español, me daba pena por las tropas alemanas, ya que yo había sido parte activa de sus ejércitos, aunque más bien de informador.

Al parecer se habían lanzado las tropas de las estepas siberianas contra el frente norte de su Nación; pues estaban esperando que los nipones apareciesen por dicho lugar, y cuando las fuerzas del Sol naciente anunciaron la decisión irrevocable de no ocupar dicho terreno, aquellas fuerzas siberianas fueron lanzadas contra la ofensiva alemana, ya que el frente se encontraba a pocos kilómetros de Moscú. Al parecer aquellas noticias eran muy atrasadas.

Cuando llegué al pueblo, no me conocía nadie por la barba y el pelo como sucio y enmarañado los cabellos, los unos con los otros. La ropa que llevaba, tampoco era

muy propicia para que me conociesen; ya que yo había usado otra ropa diferente a la que llevaba yo aquel día.

Di un rodeo por vías secundarias hasta llegar a la calle donde vivía mi mujer con mi hijo, viéndolos en la calle; ya que en la calle era donde tendían su ropa después de lavarla y algunas veces iban al río para lavarla y secarla entre los juntos de la orilla de aquellas aguas.

Aproveché cuando mi mujer se metió en casa para acercarme con cautela a mi hijo. Y éste al verme llegar, parecía como si se sospechase de quien era yo, ya que comenzó a llamar a su madre alzando la voz; más bien a voces.

Le cogí de la cintura elevándole del suelo y le asesté un beso en la frente; y cosa curiosa, pues él me dio otro beso a mí en el carrillo, y antes que saliese su madre le dijo quien era yo.

JUAN -. Hijo, soy tu padre.

El niño me miraba con unos ojos muy abiertos, como queriendo escudriñar en mis palabras la veracidad de lo que le estaba diciendo; hasta que salió su madre, mirándome fijamente a los ojos, y cosa curiosa: Por los ojos sacó quien era yo.

ANDREA -. Juan.

JUAN -. Mujer.

Y fundiéndonos en un abrazo sellamos la amistad tan hermosa como había habido en tiempos, entre ella y yo; que al parecer volvería a florecer de nuevo esa rosa en nuestros corazones del amor, para querernos con todas nuestras fuerzas.

Y cogiendo de la mana Andrea al niño le atraía hacia mí, para que me diese un beso aquel chico, que ya tenía cuatro años y sabía muy bien lo que hacía.

Sí, me volvió a dar otro beso, cogiéndole yo a él de nuevo para levantarlo del suelo y poderle besar con todas mis fuerzas y todas mis ganas; y así nos fundimos los tres en un abrazo paternal que dimos que entender a las personas que nos estaban mirando en la calle, sus vecinos.

Se los vio a todos ellos con un signo enternecedor, que causaba admiración; por el mucho interés que poníamos al besarnos nosotros tres, mi mujer, el niño y yo. Y sin falta de tiempo nos entramos en la casa.

¡OH!, casa. Era una casa destartalada y con goteras en su tejado, que parecía estuviese lloviendo como en la calle. Allí había solamente lo necesario de avituallamiento, no se veía un queso, ni tan siquiera un trozo de jamón que llevarse a la boca; pero con todo y eso, la cogí de un brazo a mi mujer sentándola cerca de mí, en otra silla que teníamos a mano.

JUAN -. ¿Cómo se llama el niño?.

ANDREA -. Manuel.

Al decirme aquello Andrea, que el niño se llamaba Manuel la miré con ojos tiernos; pues tal vez sería tomado al azahar aquel nombre, pero tendría que comprobarlo yo.

JUAN -. ¿Y ése nombre?.

ANDREA -. Es tu nombre de pila, ¿verdad?.

Al decirme Andrea que ya sabía cual era el nombre de pila que yo tenía, miré hacia los lados, viendo encima de una mesa una pizarra con un pizarrín; y sin pensarlo la pregunté por el desarrollo intelectual del niño.

MANUEL -. ¿Cómo va el niño en la escuela?.

ANDREA -. Es muy pequeño; todavía va a párvulo.

MANUEL -. ¿Pero ya. . . ?.

ANDREA -. ¡Sí!.

MANUEL -. Al otro año empieza la primaria, para seguir con la secundaria y así hasta.

ANDREA -. Hasta la cuarta.

MANUEL -. Quiero que la preparatoria la haga ya en una ciudad; para hacer el ingreso en el Bachiller en un buen Instituto.

ANDREA -. Deja de soñar.

Fue lo único fundamental que me dijo mi mujer, Andrea, en la euforia que estaba poniendo para que mi hijo estudiase en los mejores Instituto de aquella Región; que a mi parecer era la más hermosa de todas las regiones de la piel de toro.

La pura realidad la vi enseguida, en cuanto le dejé hablar a mi hijo; pues salió de casa para jugar con los demás niños de su calle. Y como había en la calle una obra parada, se tiraban desde lo alto la pared a un montón de arena que había allí amontonada.

Había que pulir mucho a aquel niño, y sería conveniente que empezase ya su formación moral y espiritual; pues más tarde sería peligroso, ya que le costaría mucho adquirir los conocimientos de sus maestros.

Lo malo era, que yo no tenía dinero para llevar a mi hijo a la capital para que allí se formase en las ciencias regladas que tenía el gobierno en activo, en aquellos días: No sabía muy bien cómo lo iba hacer; si yo no tenía una perrilla, contra más un duro para buscarle en la Capital una pensión a mi hijo y pudiese estudiar allí todo el bachillerato.

Me acordé de un buen amigo, que yo tenía en los servicios de la WAFFEN – SS; el mismo que me llevó al bunker, como suboficial de confianzas. Pero ése señor estaba de agregado en la embajada de Alemania en Madrid; no sabiendo yo cómo iba a contactar con él.

Tuve una idea feliz: Pues le escribiría una carta para que algún día en sus salidas en la Capital española, tuviese a bien fijarse bien por dónde andaba.

Y como aquella carta se la escribí de mi puño y letra, aquel señor conoció mi forma de escritura y cada vez que salía de la embajada, las pocas, no perdía vista alguna de a quién cruzaba en plena calle.

Le vi llegar a donde yo estaba y cruzando los brazos y con ayuda de los dedos le hice una señal pertinente de que era yo. Ahora sí que sí, se paró conmigo aquel señor, un gran oficial alemán, escuchándome en mi petición: Que era nada más ni menos, que no tenía dinero para sustentar a mi familia ni a mí mismo. Diciéndome aquel señor, que en la embajada tenía la paga de sargento desde que me vine a mi patria; lo malo era el modus operandi de cobrar aquella paga.

Entonces me enteré de que sabían aquellos señores lo que había hecho hasta ahora, que fue huir del frente y refugiarme en mi patria; por lo tanto no me habían dicho nada las autoridades de mi gobierno natal, por eso: Por ser un refugiado.

Pero en el momento que yo cobrase mi paga, sería otra cuestión; estaría aceptando la protección de otra bandera, de otra patria y se la estaría pegando a mi patria al ponerme por sombrero la bandera española, que es el mejor signo que tiene un

español. Y entonces sí incurriría en falta, pudiéndome arrestar dentro del territorio del estado español.

Aquel señor comprendió que yo no podía cobrar mi paga de sargento, por lo tanto me indicó una dirección para que fuese a ver qué posibilidades había para emplearme en una gran empresa.

Fui a los tres días a dicha empresa, presentándome en secretaria y al parecer ya me estaban esperando; recriminándome por la falta de puntualidad que había tenido para acudir a formar parte activa de la nómina de aquella empresa. Cosa que me cogió de sorpresa; pues yo no sabía que iba a formar parte de un sistema de información dentro de aquella empresa.

Así lo comprendí y así fue; pues nada más que me inscribieron en la empresa como empleado, se me asignó un puesto fuera de ella, que al parecer sería de enlace de información dentro de la península española.

Mi acometida no la pude llevar a cabo por presentarse delante de mí dos soldados para que los acompañase a comandancia; ya que yo era excombatiente de la División Azul; mejor dicho, estaba fuera de mi unidad.

Me hicieron infinidad de preguntas, y al cabo de las cuales se me informó de haberme visto enrolado en la marina alemana en el puerto de Barcelona.

CAPITÁN -. ¿Qué hacía usted allí?.

MANUEL -. Encontré comida y trabajo.

CAPITÁN -. ¿Qué clase de trabajo?.

MANUEL -. Decir los barcos que amarraban al puerto de Barcelona.

Se me instó para que dijese la verdad, toda la verdad de mi acometida y cómo había llegado allí: Por qué medio o por qué astucia había sido enrolado en la marina mercante alemana.

Pensé a la velocidad del rayo; y cuando ya iba a tirar la toalla me acordé de que nos habían hecho un círculo haciéndonos prisioneros a algunos de nosotros, pues entre ellos estaba yo. Así se lo hice saber a mi capitán, que leyendo unas cuartillas afirmaba con la cabeza.

CAPITÁN -. Pese a que algunos de sus compañeros de armas, han dado fe de que así pasó; yo no estoy muy conforme, por no saber si usted, soldado, pertrechó algún acto en contra de su patria o de su bandera.

MANUEL -. ¡Nunca!

CAPITÁN -. No ha dudado en decirlo.

Aquel oficial no se creía nada, pese a verme firme en mi contestación; como así pasó, que siempre fui fiel a mi bandera y a mi patria, pero la desconfianza de mi capitán estaba siendo enorme.

Al entregarme a la guardia militar, alegó mi capitán de que posiblemente me habían empleado en la SS alemana, así que tuviesen mucho cuidado conmigo.

Yo tuve que firmar como que estaba en España y no sirviendo a la misma en la compañía que me asignaron, dentro de la División Azul; así como me instaron para que firmase una declaración de que nunca iba atentar contra los intereses del gobierno español y sería fiel a su bandera. Y una vez que firmé todo esto, y me comprometí ser fiel a mi patria, me dejaron salir de comandancia para ordenarme que en una fecha



elegida me presentase en cualquier cuartelillo de la gloriosa Benemérita, para saber dónde estaba yo en aquel mes.

En aquel mes me encontraba trabajando en la empresa donde se me había asignado por parte del señor de la embajada alemana. Cobrando un estipendio fuera de lo normal; para que me motivase en mi acometida: Pero yo estaba fichado por la policía española, así que nada podía hacer al respecto más que portarme bien a la vista de todas las personas que me conocían.

Lo malo es, que no tuvieron compasión de mí al mandarme hacer un operativo casi policial, al tener que vigilar a la clan de la clan española, dentro de sus fiestas. Y allí que me vi envuelto en las mejores fiestas que se daban en aquellos años.

Eso sí; menos mal que hacer, no tenía que hacer nada. Ningún hecho raro se me asignó hacer en contra de nadie ni de mi patria.

Aquello me chocaba a mí; ¿pues por qué me dejaba el estado español en la calle cuando sabía que yo había pertenecido al servicio secreto alemán?. Todo aquel maremagno eran unos galimatías no comprendida por mí. Era una confusión de ideas lo que yo tenía y un desorden en mi Espíritu, que no sabía muy bien a qué se debía todo eso: Pues si así se portaban los unos y los otros, se estaban haciendo el juego entre todos ellos, comprendiendo yo que aquella guerra se podía haber evitado; pero por causas económicas no se evitó, ya que no había un movimiento espiritual como para llevar a cabo los ciudadanos de cada país su evolución económica, tal y como lo hizo Francia con sus cinco revoluciones que tuvo.

Aquello me estaba sobrepasando, me caía gordo y no sabía por qué existían algunos hechos en la vida cotidiana; si a la sociedad era muy sencilla comprenderla para llevarla por otros derroteros: Pero no obstante se la tuvo que poner un correctivo fuerte dentro de aquella contienda mundial.

Me querían ir introduciendo en la alta sociedad, y por aquel entonces hubo una gran abatida con realas por una finca enorme que había cerca del pueblo. Yo no sé a qué iba; si no sabía las normas que tenían aquellos señores, solamente debería escuchar y hacer lo que ellos hiciesen.

Pero por más que me fijaba, no llegaba a comprender qué actos o qué palabras debía decir para no alejarme mucho de ellos; ya que algunos de aquellos señores hablaba con el diccionario en las manos.

Hubo de todo en aquella cacería montera, pues llegaron algunos de aquellos señores como ciegos para expansionarse en los montes de aquella gran abatida de caza mayor. Tanto fue así, que vimos correr sangre donde no tenía que correr; pues la culpa fue del señor ojeador, ya que se puso delante, en el terreno de aquella abatida, aunque al parecer se quedó en poca cosa.

En aquella montería no pude oír gran cosa, ya que a la fiebre que traían de la caza se esparcieron pronto aquellos señores en sus puestos fijos. No gustándolos nada a mis jefes, al no poderlos llevar alguna conversación un poco interesante para ellos.

Yo me instalé en otro pueblo, en una casa mayor que la del pueblo donde había vivido mi mujer sola con mi hijo, y allí matriculé a mi hijo en una escuela de aquella ciudad afamada en toda España.

Mis vecinos tenían unas casas envidiables y muy bien amuebladas: Se diferenciaban de los otros señores, por el color de los cristales de las ventanas y la disposición de los mismos.

Ahí sí cogí alguna que otra palabra en las conversaciones que tenían entre ellos tomando el te a horas cotidianas; ya que me invitaban para que asistiese a sus reuniones, al estar viviendo entre ellos. Aquellos señores no sabían nada de mi posición social,

dentro de su sociedad tan cerrada como tenían, pero había a veces que alguno de ellos sospechaba algo, callándose por si acaso no fuese verdad.

En aquel tiempo observé unos movimientos raros en alguno de ellos, al ser visitados por otros señores adjuntos a las Leyes españolas; pero como yo no tenía ningún expediente formado, ni sabían mucho de mi persona, por eso me dejaban hacer y marchar a mi modo y manera por aquel complejo de casas señoriales.

Algunos sospechaban, que de dónde había salido yo y mi familia; ya que mi familia era un poco característica de la España rural: Con sus dejes y su manera de ser y de actuar. No pegábamos mucho entre aquellos señores adictos al régimen y mucho menos cuando a mí se me escapaba alguna que otra palabra fuera de lo normal para ellos. Así que me recibían con cierta reminiscencia en sus reuniones sociales, pero eso sí; me seguían llamando en las reuniones que hacían ellos. Era como si me quisieran decir algo, que yo ya sabía.

Y antes que me lo dijese ellos, me lo dijeron mis jefes; al enterarme de que yo constaba en las listas de la División Azul y en el frente nacional como buen aguerrido soldado y seguidor de la patria.

Por poco costaba el ir yo con aquellos señores: Solamente se tenía en cuenta, en aquellos tiempos el que hubieses estado al lado de la cruzada y fueses excombatiente: al saber aquellos señores qué serían ellos también, si por constar haber luchado en el mismo bando ya te aceptaban dentro de su sociedad. Pero eso sí; tenías que seguir demostrando que seguías aceptando sus normas y sus Leyes.

Yo lo hice a la perfección; al hacer ver a aquellos señores, que seguía adicto al régimen y aceptaba todas sus directrices para llevar a buen puerto el estado de sociedad española, que había en aquellas fechas.

Tanto era así, que me invitaron un día para participar en una comida un tanto de categoría; pues a ella participarían unos ministros del régimen; y al decir verdad, una vez que supe irían aquellos ministros tuve conciencia sobre mi patria: Qué iba hacer, si acaso diese informes a mis jefes de lo que allí se hablase.

No podía traicionar a mi patria por nada del mundo; a parte, que yo veía ir por buenos derroteros a mi Nación, ésa nación que salió de la nada para ser el orgullo en todo el Mundo en pocos años. Así que alegué estar enfermo, no yendo a dicha comida, y mucho menos ser un traidor a mi patria; eso no lo podía consentir,

Pero por otra parte, tenían que comer mi familia y yo, no sabiendo qué camino coger en aquellas fechas; hasta que se me arrimó uno de aquellos señores dejándose caer algunas palabras cerca de mí: Como que él era un agente doble, dentro de aquella sociedad tan adversa en opiniones y pensamientos socavados, para después nombrarme algunos de aquellos señores haciéndome saber lo que hacían ellos, pues era otro tanto de lo mismo; pero eso sí, no todos.

Yo me había convertido en otro agente doble, pero mi corazón tiraba más hacia mi patria, España; no sabiendo cómo decírselo a mis compatriotas, que por otra parte ellos querían siguiere en ésa línea de llevar y traer recados de unos y de otros.

Así estuve varios años, hasta que por fin supe que se había terminado la guerra, perdiéndola Alemania; pues a mi parecer la nación perdedora sería la ganadora el día de mañana, y así empezó a ser en los años contemporáneos a la escritura de éstos hechos acaecidos en la segunda guerra mundial.

Seguí otros tantos de años, trayendo y llevando enredos, chismes y alguna que otra noticia bomba de una parte a la otra, y de otro lugar a otro sitio; sin saber quien era yo verdaderamente, si un patriota o un traidor a mi patria: Pero lo malo era, como ya he

dicho, que no me dejaba ni uno ni el otro bando contrario que me retirase de dichos menesteres, me empleaban los dos bandos a modo y manera suya.

Los siguientes años fueron monótonos, hasta que un año se anunció una amnistía para las fuerzas ocupantes que fueron con la División Azul por parte del estado rojo; llegando a la estación del mediodía, que se encontraba cerca de la Glorieta de Atocha, los soldados, hechos ya hombres, de la División Azul.

Corrí para ver a aquellos aguerridos soldados, hechos prisioneros por las fuerzas rojas, que estaban llegando a su casa, y pese a que algunos salieron muy jovencitos, llegaron viejos y extenuados de los campos de concentración, por ser prisioneros de guerra.

Llegaban con sus insignias y estandartes, pero algunos se semejaban a los anuncios rojos, como se decía antaño en la Nación; así que se los quitaron, haciéndolos enarbolar la bandera española por todo lo alto, seguida de las flechas y el amor a la patria. Algunos de ellos se opusieron a que les quitasen dichos estandarte, pero no fue manera de quedárselos; ya que con furia, el grupo policial del ejército les dio otros.

Yo al ver aquello, me adelanté en la Glorieta de Atocha haciéndome visible a la vista de aquellos aguerridos compatriotas, y ellos al verme me saludaban con la mano; ya que yo los gritaba, ¡viva la patria!. Hasta que algunos de ellos, los menos, me conocieron gritándome a mí a la vez: ¡Traidor!. Aquello me desarboló en mis sentimientos; ya que yo tenía muy arraigado el espíritu patriótico dentro de mí.

A la voz de traidor, me dirigí al finar de la fila de aquellos combatientes, para ir echando vítores a la bandera de España y al régimen que tenía. Lo había visto claro; la Nación iba bien y se encontraba respetada por todas las demás Naciones.

Entre, ¡viva!, ¡viva! y ¡viva! iba yo con las lágrimas en los ojos que no podía más; lo malo fue que cuando llegaron los que se fueron a filipinas no pude ir ensalzando los valores de aquellos soldados, por no haberme enterado.

¡Qué años aquellos!; en donde la amnistía se daba por todo lo alto, pues también se dio la amnistía para los Maquis que no habían tenido las manos manchadas de sangre, llegando alguno de ellos a la patria para que los escribiesen; pues todavía se los tenía como rebeldes de la causa nacional.

Y, ¡OH!, sorpresa de sorpresa la que recibí yo aquel día; pues vi al Maquis que me ayudó a pasar los Pirineos hacia España: Y todavía venía con la colilla en la boca; pero no se le caía.

Yo corrí a un estanco cercano que había en la calle que bajaba hacia la Glorieta de Atocha y comprándole una cajetilla de tabaco, con su papel de fumar y una caja de cerilla, se la fui a dar de inmediato. Ahora sí que aquel señor me habló; dándome las gracias por aquella buena acción hecha a su persona.

Cuando me iba alejando de él, me miraba con ojos de agradecimiento y como llorando; al saber que yo le comprendía muy bien, pero no sabía aquel hombre que la sociedad española había cambiado mucho.

También había cambiado la sociedad europea en la reunión que tuvieron los países ganadores de la guerra; pues previo a ésa reunión se concertó un posible comercio europeo. Que era la base de ésa guerra.

Yo veía que por una parte no se me hacía caso alguno de momento, fue una cosa vista y no vista, sin previo anuncio; por lo tanto me fui hablar con mi jefe de la embajada en Madrid y al verle me anunció una cosa, que ya lo venía yo presintiendo, que era algo penoso para mí.

JEFE -. Ha desaparecido la Waffen – SS; se le ha licenciado a usted.

MARIO -. ¿No puedo formar parte activa de otra organización estatal o paraestatal, de dicho estado?.

JEFE -. Tenga en cuenta, que a algunos de los españoles se les metió en la SS alemana; pero en los nuevos servicios secretos no tienen ustedes cabida alguna, de momento.

Habían desaparecido los viejos servicios secretos alemanes, dando paso a otros nuevos, con otros medios más sofisticados que los que había antaño. Ahora no se transmitían las noticias de viva voz; más bien se hacían por medio de telégrafo o de otros medios de ondas, que llegaban antes al centro de información y no se perdía tanto tiempo y tanta noticia como se había perdido en tiempos pasados.

Lo malo para mí, era que mi paga había desaparecido; pues yo estaba inscrito a dichos servicios momentáneamente, según me dijeron; y al verme desamparado por esa parte, no sabía yo muy bien a qué ajustarme. Pues hasta los servicios secretos españoles me habían dado la espalda y hasta en la empresa que trabajaba, me comenzaron a poner impedimentos para que no siguiese en ella. Así que pedí el finiquito saliéndome de aquella empresa que tanto bien económico me había reportado.

Sin rumbo alguno, sin estrella que me guiase no sabía a qué vela acogerme en aquellos días; pues yo tenía un hijo terminando el bachiller en una gran ciudad y una mujer, que me pedía todos los días dinero para comer.

No es que tuviese estrella; era que estaba estrellado en la vida social de aquella sociedad que llevaba en aquellos años mi España; una España que estaba saliendo de la penuria económica, mientras yo me estaba hundiendo en ella. Florecían algunas industrias, las menos; pero el turismo se contaba por millones las personas que acudían a las costas españolas, dejando sus divisas en nuestra patria.

Yo me tuve que recluir en el pueblo, en aquella región inhóspita, sin recursos algunos, al igual que yo; que solamente tenía una tierra para sembrar y un huerto para poder comer coles, lechugas y tomates de secano. ¡Qué bien!; pero qué bien, lo que me estaba pasando en aquellos días de penuria para mí y para los míos: Pues hasta mi niño se dio cuenta, cuando las chicas le increpaba con aquello de que había caído en desgracia mi familia.

Yo veía que mi niño iba cada día de mal en peor, debido a las muchas críticas que se hacía sobre mi persona: Que si yo me había creído o me dejaba de creer que fuese tal o cual cosa; debido al fracaso que recibí y al abandono de mi persona, en cuento a mi trabajo personal.

No sabía muy bien lo que iba hacer: Si quedarme en el pueblo o marcharme con mi familia a otra ciudad, donde no nos conociesen; y en medio de tanta zozobra ocurrió un hecho trascendental para mí.

En una fábrica harinera que había en el pueblo, a su entrada de aquella fábrica en pleno centro donde desocupaban los carros de llantas los agricultores, en una planicie, bajando los sacos de trigos o de cebada, en un rincón a la izquierda de su entrada existía unas cuadras; así como un receptáculo cuadrado.

Pues bien: Allí se encontró un día a un señor acostado y sin poderse mover, por medio de una pulmonía simple, ya que se había echado el frío en aquella época; que según fuese la temperatura, era viable vivir en aquella región.

Yo pasé por casualidad por aquel sitio, viendo en el a unos señores con unos gorros en forma de punta y como metálicos: Eran inconfundibles las vestimentas de aquellos señores; pues habían venido de la embajada de Madrid, para ofrecer ayuda al señor que se encontraba enfermo en la fábrica de harina.



Me asomé un poco, sin querer, para ver qué pasaba en dicho lugar; cuando se me llamó por el nombre que tenía en los servicios secretos.

CORONEL -. Sargento Wilmod, haga el favor de ayudar a su jefe.

SARGENTO -. Como diga mi coronel.

No me había fijado muy bien quién era aquel señor que se encontraba en dicho lugar enferme; pero al asomarme mejor vi en él al Führer, ya que como yo sabía Hitler no había muerto.

Me acerqué a mi coronel con idea de que se me emplease en algo, y así se lo hice saber.

SARGENTO -. Mi coronel. No intento molestarle; pero si usted me pudiese emplear en algo, yo se lo agradecería.

CORONEL -. Ya no sirve usted para los servicios secretos; pero como tengo una casa en las afueras de Madrid, los puedo emplear como guardeses.

Al decirme aquello mi coronel, me dio las señas de su casa; como así la llave, para que pudiese empezar en un tiempo determinado a tener cuidado con su casa; pues al estar a las afueras de Madrid, estaba desamparada en tiempos de guerra, aunque ésta había terminado.

Comprendí que al desaparecer la SS ya no se me iría a emplear como ayudante de nada; así que accedí a ser el guardé de la casa de mi coronel, y en unos días me trasladé con mi familia a dicha casa.

Mi niño comenzó mal en el instituto donde había trasladado su matrícula académica; ya que no conocía a los otros niños, pero pronto racionó teniendo unas notas muy buenas, al igual que las tenía en el otro instituto.

Mi mujer, Andrea, enseguida hizo amistad con las señoras que había en las demás casas; pasando la mayoría del tiempo por la mañana dentro del comercio de víveres y comestibles charlando con las otras señoras. Pues al parecer era un buen comercio, regido por un hombre honrado y noble; ya que el precio que ponía a sus productos no eran exagerados: Parecía que iba a los acordes de aquellos tiempos.

Había una pega en todo esto; pues en la casa del coronel se alojaban, de vez en cuando, ciertas personas que me causaban mala impresión: ya que a su forma de ser y de accionar, se veía en ellos que eran traficantes en metales preciosos, al amparo de comprar aceite de nuestra patria, subiendo el precio de la aceituna bastante.

Mientras subiese el precio de la aceituna. . . Aquellos señores acampaban a sus anchas por todo el territorio nacional, haciendo y deshaciendo a su modo y manera; tal era así, que un día me llegó uno de ellos mandándome que portara unas cajas pequeñas a una capital del sur.

Al verme indeciso aquel señor, me recriminó; diciéndome, que sino quería yo habría otro señor que sí quería: Pues de tras de mí había infinidad de hombres que se ofrecían para hacer toda clase de servicios.

Con lágrimas en los ojos, salí rumbo a la capital del sur donde me estaban esperando con la carga de minerales preciosos; desequilibrando la economía nacional por la balanza de pago, producida por elevarse el precio del oro y del aceite. Teniendo que valorar mejor las pagas en aquellos años de sus funcionarios el gobierno; así que hasta se cortó el suministro de harina y de grano que llegaba desde Argentina.

Un día que había llegado el coronel a su casa, me llamó a su despacho, para tomarme el pulso de mi moral en la sociedad donde yo vivía.

CORONEAL -. ¿Qué ha dicho usted en la calle?.

MANUEL -. Yo nada, mi coronel.

CORONEL -. Bien hecho, señor Manuel; pues como usted sabrá, ya no es sargento, se le ha licenciado. Pero no por eso deja usted de adquirir unos nuevos deberes al entrar al servicio mío en mi casa.

MANUEL -. Entendido, mi coronel.

CORONEL -. Así me gusta.

Era un hombre fuerte y alto, con mirada de gavilán; pero con una personalidad bien definida, ya que sus palabras se tenían que tomar en serio debido a como te las decía él. Tenía un acople en sus palabras, que pesaban una tonelada cada una al caer al suelo; ya que en sí rebotaban, por así decir, hasta entrarse en la cabeza de quien las oía decir en boca de mi coronel.

Quedó bien sentado, que yo tenía mis deberes bien definidos; aunque nunca oí que tenía mis derechos: Parecía que allí nadie tenía derecho más que el coronel y los generales que le predecían. Estaba siendo un régimen, cerrado, muy estrecho y muy contrito en cuanto a la materia de guardar silencio.

Un día quiso mi coronel llevarme de viaje al extranjero, para no sé qué clase de trabajo; pero cuando llegué a dicho lugar me enteré de lo que yo tenía que hacer, que no era otra cosa mas que formar parte activa de los refugiados españoles en las barracas que tenía en su medio de trabajo. Pues había algunos españoles, que se quedaron

voluntariamente en algunas naciones, y para ello yo me tenía que meter en su sociedad, como si fuese uno más de ellos.

Pasaban los días y a mí me parecía que me iban a quedar allí indefinidamente; pues según mi opinión, estaba mal visto un hombre que ha pertenecido algún cuerpo de información, hasta que por fin llegó mi coronel, preguntándome algo.

COROENAL -. Mi sargento: ¿Sabe usted algo?.

SARGENTO -. Sí: Es un agente doble.

Verídico: Al señor que se me mandó averiguar su filiación, era un agente doble, y no de los peores; pese a estar encuadrado en nómina de los agentes alemanes, daba información a otro país ganador de la contienda mundial. Parecía como si dicho señor tuviese sospecha de que los servicios de donde él dependía no fuesen a durar mucho tiempo; y así fue: Pues como se ha dicho, la SS desapareció dando paso a otros servicios de información.

Menos mal, que mi coronel me indicó mi nueva acometida dentro de su servicio particular; ya que solamente servía aquel coronel y no a un servicio oficial. Parecía que aquel coronel sabía demasiado; tal vez me estaba empujando para sus fines particulares y no para los fines de su Nación.

Pero con todo y eso, me instó para que volviese una vez más a mi patria con fines más bien personales.

CORONEL -. Va a volver una vez más a su patria.

SARGENTO -. Respiro conforme, mi coronel.

CORONEL -. Ya sé que tiene usted familia en su patria; pero un buen informador, no tiene que tener sentimientos algunos, pues no le viene bien a usted tales sentimientos.

SARGENTO -. Aunque sea en su casa, yo estaré conforme estando con mi familia; no deseo otra cosa.

CORONEL -. No irá, de inmediato, a mi casa. Usted irá a su pueblo para tener cuidado con nuestro. . . ¡Ya sabe!

SARGENTO -. Sí: Con nuestro jefe.

CORONEL -. Sí, así es.

En pocos días me vi, junto con mi familia, en mi pueblo: En una región deprimida, pero muy acogedora y sus gentes muy sencillas y nobles; y allí me volví a instalar para ver si a Hitler le pasaba alguna cosa fuera de lo normal. Y fuera de lo normal le estaba pasando casi de todo; pues a parte de que seguía enfermo, tenía que pedir por las calles: Más bien comida, porque dinero había poco, solamente en calderilla, como decían aquellas buenas gentes.

Lo primero que hice fue ir a la cuadra donde dormía el Führer, (lider), viéndole tumbado en medio de un montón de paja, para que le sirviese de colchón: Lo malo era, que aquella paja le daba mucho calor, por estar en pleno estío.

Le limpié bien la cuadra, y le retiré los excrementos de las bestias, así como le retiré, también, la paja recopilándola en un rincón para cuando le hiciese falta, en pleno invierno, aunque vi yo al jefe un poco débil y sin fuerzas; yéndome de inmediato para hablar con el secretario del Excelentísimo Ayuntamiento, ya que él había estado presente cuando llegaron los militares alemanes en aquella cuadra.

SECRETARIO -. No quiero saber nada.

MANUEL -. Se lo agradecerán.

SECRETARIO -. Aquí lleva ya ése señor un tiempo y todavía no me ha dicho nadie nada.

Así se expresaba aquel hombre, que era el secretario del Excmo. Ayuntamiento de aquel pueblo, no con ideas políticas; más bien era un poco de miedo lo que tenía metido en su cuerpo.

Y como aquel señor, no quería saber nada de nuestro líder, del Führer, me las tuve que apañar solo para llevarle unas medicinas para su curación. Pero al entrar en aquella especie de cuadra, donde ya no había bestia alguna que pastasen en aquel cuadrado, lo vi todo desolado por el poco acomodo que tenía el gran jefe del Tercer Reich, en su tiempo; y ahora estaba postrado en un jergón que las gentes le habían proporcionado.

Yo no me quería comprometer mucho, por si acaso me cogiese yo las manos, al ayudar directamente a Hitler, pese a que yo tenía mi remordimiento por no hacerlo.

No sabía lo que le pasaba; así que salí afuera de la cuadra para saber que no me veía nadie, ayudándole en las medidas que yo podía.

Le quise levantar y no podía hacerlo, porque él no ponía de su parte ninguna fuerza para que yo le levantase, y al preguntarle por las causas que le ataban al suelo, me dijo algo que yo no sabía, ni casi nadie sabía en aquella fecha la incidencia que me dijo de su cuerpo.

HITLER -. Me falta un testículo, y en ésta época me está doliendo mucho, dichas partes.

SARGENTO -. Yo le levantaré con cuidado.

HITLER -. ¿Parece que tiene usted prisa?.

SARGENTO -. Quiero serle a usted, Hitler, sincero: No quiero que me vea nadie ayudándole; aunque lo hago de corazón.

HITLER -. Me he dado cuenta, mi sargento. Aunque le agradezco esa sinceridad, que tiene usted para con mi persona, y también le agradezco que lo haga de corazón.

Me anunció que él se llamaba Adolf, que era su verdadero nombre elegido para su persona; por lo tanto así quería que yo le llamase para no hacerme tanto lío en su tratamiento.

Pero por lo que pude observar, él se comenzó a llamar, Merino, en todo el pueblo; así le conocían las gentes de aquella urbe, que le empezaron a querer y a dar parte de sus alimentos; pues dinero él no quería, ni tampoco lo tenían los habitantes de aquel pueblo.

Al siguiente día llegué a donde estaban las cuadras, viéndolas cerradas y como inutilizadas para tal efecto; ya que allí no entraban las bestias de los agricultores del pueblo, en la espera de la molienda de sus granos, desde hacía ya tiempo.

Comencé a dar un paseo por el pueblo, para poder ver dónde se instalaba Merino, no viéndole en ninguna calle, ni en ningún “tinao” medio abierto. Y cuando le volví a ver, al cabo de los tres días, me le quedé mirándole fijamente como queriendo saber dónde había estado.

Cuando fui a nombrarle, me hizo una indicación con las manos para que no dijese su nombre de pila.

MERINO -. Veo que estamos solos usted y yo, sargento. De aquí en adelante me llamará Merino; pues algún día se le va a escapar mi nombre verdadero.

MANUEL -. Como usted diga, Merino.

MERINO -. Así es mejor.

Me volvió hacer otra indicación de manos para que me retirase de donde se encontraba él; tal vez quería estar solo y no levantar sospecha alguna ante los habitantes de aquel pueblo, que por otra parte no llegaba información alguna del exterior.

Era un terreno abonado para que viviese allí Hitler, sin ser molestado por nadie, al no saber nadie quién era dicha persona.

Se había afeitado el bigote y se le veían unas cicatrices en la cara como de haber recibido algún impacto de piedra o de algún metal. El pelo que tenía no era muy fuerte, se podía decir que le cubría la testuz, pero se veía que no crecía mucho al ser una persona débil y como enfermiza, con tez suave y como con colorido un tanto amarillento o de cobre a la vez. Las manos finas y los dedos más bien cortos, pero que a la vez parecía cojeaba un poco de un pie; no pudiendo describirle su entorno corporal por estar vestido en todo tiempo: Pero se le veía un cuerpo fino y no muy fuerte, como para llevar sólo la vida que le había tocado llevar; más bien de ermitaño.

Una noche, cuando estábamos sentados en la puerta tomando el fresco toda la familia y todos los vecinos, vi que se aproximaba Merino a nosotros, saludándonos cordialmente y con buenos modales.

Los vecinos se fueron a su puerta, que era la casa de enfrente para seguir tomando el fresco; ya que había llegado su hijo y le tenían que hacer la cena. Y al saber Merino que en esa hora irían hacer alguna cena en la casa de enfrente, replicó.

MERINO -. Pues qué bien: Quién pudiese cenar ésta noche.



Yo no podía estarme impasible ante aquella súplica que había hecho Merino; de modo, que me levanté con una sola idea, que era el traerle un buen plato lleno de jamón, queso y una rodaja de melón de aquellos que se sembraban en los campos de aquel pueblo, más bien un “arrugao”.

Merino miró al plato y señalando al jamón hacía señales de gustarle mucho; pero cuando siguió con su mímica de hacer movimientos con sus dedos y con su cara, supimos que también le gustaba mucho el chorizo, trayéndole mi mujer Andrea un buen trozo de chorizo: De ése que al comerle, resbala la grasa que tiene por la barbilla.

No quiso comer más, pues hasta la raja de melón se tomó la mitad; alegando que para él era una buena cena; no pudiendo comer más, no fuese a ser que le hiciese daño.

MERINO -. Lo que más me gusta es el chorizo que ustedes tienen.

MANUEL -. ¿Le saco, también, una morcilla patatera?.

MERINO -. Eso no me gusta tanto.

MANUEL -. ¿Pero la ha probado?.

MERINO -. No me gusta.

Así quedó la cosa aquella noche, que a Merino lo único que le gustaba de cecina era el chorizo que hacíamos en la matanza y no la morcilla tan exquisita que se embutía en esa misma hora que se rellenaba el chorizo.

Como Merino parecía satisfecho, estuvo callado durante unos minutos; y eso que él era un hombre abierto a todas las conversaciones y a todos los pensamientos.

Pero más bien parecía que estaba pensando en algo durante aquellos pensamientos recogidos por él dentro de su Espíritu tal vez inquieto; pues de vez en cuando movía la cigoma de la cara con cierta circunstancia de incredibilidad.

No podía permanecer impasible hacia aquellas dudas que estaba teniendo dentro de su ser aquel hombre, que tan grande había sido y tantos ejércitos había llevado en su mando. Aprovechado la circunstancia, cuando mi mujer Andrea se entró en casa para lavar los platos en la cocina, para preguntarle por aquella zozobra que le estaba asfixiando en aquella hora de un estío caluroso en una noche estrellada.

MANUEL -. No quiero intrometerme en sus pensamientos: Pero si usted los comparte conmigo, se descarga de ellos; aunque yo no le pueda aconsejar mucho.

MERINO -. Son pensamientos fluidos y poco estables. Yo no pienso mucho; más bien es que estoy cansado de andar todo el día de un sitio a otro.

Merino se levantó y dando las buenas noches esperó a que saliese mi mujer para despedirse de ella, comenzando a dar unos pasos como de cansados y bien repleto en la cena que había hecho aquella noche.

A la siguiente noche no acudió Merino para sentarse con nosotros dos en la puerta, no sabiendo yo dónde se encontraría éste; así que me puse un poco nervioso al no saber las andanzas de mi protegido viéndome claramente mi mujer que yo estaba sufriendo por no ver a aquel mendigo.

ANDREA -. Estás nervioso por no ver a Merino.

MANUEL -. Le he tomado afecto.

ANDREA -. Ya me he dado cuenta.

Al siguiente día estuve deambulando por las calles de aquel pueblo sin poder ver dónde se alojaba aquel mendigo, ni dónde comía; quien sería el que le estuviese dando de comer y de cenar.

Por aquello que el pueblo sabía que yo salía a dar unos paseos por sus calles, lo tomaba tan normal que todas las personas que se cruzaban conmigo me decían, - qué, dando un paseo -. Y así conseguí andar por todas las calles de aquella urbe pequeña, acogedora y graciosa a la vez.

Era así tanto, que cuando llegó la hora de merendar no me encontraba en mi casa, esperándome mi mujer para que yo llegase a mi hogar y me pudiese explicar de dicha tardanza al mismo.

Cuando llegué a mi casa ya tenía la mesa puesta, platos, cubiertos y las viandas respectivas que se comían en aquellos tiempos, que aunque fuese verano siempre comíamos lo mismo: Puchero (garbanzo), alubias (pintas u rojas, como así blancas), carillas, y eso sí chorizo, mucho chorizo con panceta y tocino fresco. Nos comíamos medio pan candeal, de aquellos enormes y redondos mojando en el tocino fresco medio pan que he descrito.

Tan nervioso me encontraba, que me lo notó de inmediato mi mujer; ya que se me olvidó tomar el vino que ella me había comprado en la taberna del pueblo. Pero con todo y eso no me preguntó nada, al saber ella las causas de mi nerviosismo.

Tenía ganas que llegase la noche para sentarme en la puerta y poder esperar a Merino, para ver si se dignaba llegarse hasta donde estábamos nosotros dos sentados como buen matrimonio, mi mujer y yo.

Hacia ya tiempo que estábamos sentados en la puerta tomando el fresco y allí no acudía el mendigo que estaba yo esperando aquella noche de calor y bochorno.

Comprendí enseguida, que aquella noche me había sentado en la puerta demasiado temprano, calmándome los nervios al comprender que tenía tiempo llegar Merino a mi puerta.

Así fue; pues vi llegar una figura por la calle abajo que me era familiar, debido a la poca cosa que era su cuerpo y antes de llegar a donde nos encontrábamos nosotros entré en casa sacándole una silla, en señal que le invitaba a sentarse en ella.

MERINO -. Muy amable.

MANUEL -. No es para menos.

Al decir yo aquello se me quedó mirando haciéndome una indicación con la cabeza de que no volviese a decir aquello; y menos mal que no estaban sentados, todavía, los vecinos en su puerta.

MANUEL -. Como no tiene a nadie.

MERINO -. Nunca lo he tenido; son todos unos traidores.

MANUEL -. ¿Por eso rechazó la ayuda de sus gentes?.

MERINO -. Se ha dicho que fui yo el que hizo que mi ejército se retirase por aquellos canales y pantanales: No, no fui yo. Fue el inepto de mi general.

MANUEL -. ¿Entonces?.

MERINO -. ¿Lo ve?: Hasta usted lo duda.

Estuvimos sin hablar durante un cierto tiempo, viendo yo que podíamos hablar sin cortapisas; al no haber salido los señores de enfrente para sentarse en la puerta, ya que se encontraba la señora un poco débil.

Al ver yo aquella posibilidad de entablar una pequeña conversación con Merino, no dudé hacerlo.

MANUEL -. ¿Y la depuración?.

MERINO -. No fue tanto; no fue así, como ustedes lo cuentan.

MANUEL -. ¿Puede explicarse?.

MERINO -. Yo quería que todos los alemanes siguiesen a un grupo de expertas personas que había formado, solamente y nada más. No quise, en ningún momento hacer una raza nueva.

MANUEL -. ¿Quién lo diría?.

Me expresé mal, pues al decir yo aquellas últimas palabras me echó una mirada penetrante que me llegó a lo más profundo de mí ser. El Führer tenía una mirada que daba miedo: Te hacía la radiografía con ella.

Me quedó desarbolado en cuanto a mis pensamientos, no volviéndole a preguntar nada más por miedo a su penetrable mirada. La única que le hizo una pregunta más fue mi mujer.

ANDREA -. ¿Dónde ha comido usted?.

MERINO -. Me proporcionan las personas de éste pueblo la comida. No quiero pedir siempre al mismo.

Y al decir aquello me miró como esperando contestación de mi parte; pero yo no estaba ducho en aquel preciso momento para contestar a lo que él dijo, ni mucho menos abrí la boca para serle agradable invitándole a cenar todos los días en mi puerta.

No nos decíamos nada al respecto en aquella noche, solamente se limitó a comerse su chorizo y un baso de leche, que al parecer lo tomaba todas las noches que podía y al terminar su deglución, se levantó iniciando su camino hacia un terreno baldío que había cerca del pueblo y sobretodo cerca de la calle principal.

Por lo menos ya sabía yo a dónde se dirigía mi amigo Merino, no había más que seguirle los pasos para saber donde se refugiaba aquel señor. No podía ser otro lugar más que el que yo estaba pensando, a las afueras del pueblo en una gran cerca que había hecho un hombre para sus intereses, ya que había cubierto una pequeña parte, en un rincón en la cerca para entrar las herramientas de trabajo.

Aquella noche dormí mejor, al saber dónde se cobijaba Merino; pero siempre con el Alma en vilo, al pensar si por casualidad se fuese a quedar en dicho pueblo toda su vida; ya que tendría que hacer números para pagar a mi hijo una pensión en Madrid para que siguiese estudiando en la Capital de España.

Aquella noche me dormí pensando en los estudios de mi hijo, y hasta soñé con ellos; pues se me reían las gentes del pueblo al ver que mi hijo no iba a terminar carrera alguna. En medio de aquella risa desperté, siendo ya por la mañana y sin otro contratiempo me levanté de la cama para ir a comprobar la pura realidad de la noche anterior. No encontrando yo a Merino donde había pensado, pero sí encontré en aquel sitio unas pajas removidas, como si alguien hubiese estado acostado en ellas.

No quería decir aquello nada; pues tal vez había sido algún que otro animal en donde aquel sitio era para el un regocijo de cobijo para sus pobres huesos.

ANDREA -.¿De dónde vienes tan temprano?-

MANUEL -. De dar un paseo.

No hablamos más mi mujer y yo; así que estuve toda la mañana tapando algunos agujeros que había en la pared de la cuadra, y al terminar me tenía mi mujer preparado un aperitivo de ¡aúpa!. Se componía de unos torreznos y unos trozos de jamón, acompañados de un buen vino comprado en la taberna del pueblo.

Vi la posibilidad de preguntar a mi mujer por los comentarios hechos en la taberna al verla aparecer por dicho establecimiento.

MANUEL -. ¿No cuentan nada en la taberna al verte aparecer por ella?.

ANDREA -. ¿Qué quieres que cuenten?; si también va la señora del boticario y la señora del médico.

Disimulé muy bien al no decirle nada al respecto; así no sospecharía de los pensamientos que yo tenía sobre lo que se pudiese estar diciendo en el pueblo con respecto a la amistad que teníamos nosotros dos con Merino. Y si nadie decía nada, era porque todavía no había la sospecha de que en los lazos tan estrechos que teníamos con aquel mendigo pasase algo más que ser una simple amistad.

Había que tener cuidado para no levantar sospecha alguna sobre la amistad de nosotros para con Merino; ya que entonces sería peor, al comenzar a sospechar el pueblo de dicho mendigo. Pues le tenían como mendigo y nada más a Merino; cosa que aquello me parecía bien: No sabiendo yo si el secretario del Excmo. Ayuntamiento sabría más que todos ellos juntos y que por eso se callase lo que sabía.

Pero si el señor secretario sabía la procedencia de Merino, entonces desconfiaría de mí; puesto que era yo el que le estaba dando cobijo, por así decir, y sustento todos los días. Y para saber si dicho secretario sabía algo, un día invitamos, mi mujer y yo, a Merino a merendar en casa.

MERINO -. Hoy no se ha adelantado a mi llegada sacando antes mi cena.

ANDREA -. Hoy le sacaremos la cena una vez que esté usted sentado con nosotros; pues le queremos decir una cosa.

MERINO-. Usted dirá, señora.

ANDREA -. Mañana queda usted invitado para merendar con nosotros dos, mi marido y yo.

MERINO -. Es usted muy amable, señora.

Aquella noche no hablamos de otra cosa más que del tiempo; ya que veía yo no le gustaba a Merino que le hiciésemos tantas preguntas, ni le gustaba hablar de su vida pasada: Aunque yo veía, que de ideología política sí le gustaba hablar, y mucho. No obstante no le saqué la conversación sobre ninguna ideología política, para que se sintiese a gusto entre nosotros dos, mi mujer y yo.

Estuvimos tomando el fresco en la puerta de la casa sin entablar una gran conversación, sin querer arreglar el Mundo en unos momentos de euforia, debido a la conversación tan amena que teníamos todas las noches entre nosotros.

Se retiró Merino sobre las tres de la madrugada, yéndonos mi mujer y yo a la cama con un sueño monumental; ya que por la mañana nos habíamos levantado antes de amanecer, no había salido el Sol ni mucho menos.

Pensé, durante el día, cómo entablar conversación con Merino; ya que al parecer él era de otra opinión distinta a sus generales, según nos había contado en aquellas noches de verdadera calor.

No sé qué tanto contrario de pensamiento sería Merino a sus generales; pues al parecer no me lo había contado bien, y yo lo tenía que saber.



Así analizaría sus palabras y todo lo que él me contase, sopesando aquellas ideas que tenía él metida en la cabeza; por las que había luchado y casi da la vida por ellas.

A la hora anunciada, así como a las dos, se presentó Merino en casa entrando por primera vez en ella y antes de sentarse en la mesa, saludó a mi señora primero y luego me saludó a mí dándonos las gracias por la deferencia que habíamos tenido con respecto a su persona.

No pude hablar nada con él sobre su vida pasada, ya que Merino tomó la iniciativa hablando del tiempo y de aquella región; donde el calor se hace insoportable a las tres de la tarde en pleno campo.

No quiso tomar vino alguno, alegando que había tenido un brote hepático en la fábrica harinera donde yo le encontré; por eso ése color un tanto amarillento de su piel.

¡Pues no señor!: Aquella noche no acudió a la cita que teníamos todos los días en la puerta, y al parecer era porque habían salido los vecinos para sentarse en su puerta y así entablar conversación con nosotros.

Como todos los días salí para dar mi paseo cotidiano encontrándome a Merino en una calle hablando con un señor, solamente me limité a dar los buenos días y nada más; así disimulé mi amistad con él.

Yo tenía que hacer en el campo, ya que cultivaba una pequeña huerta, por así decir, rodeada de un páramo brutal; pero que corría un arroyo, aunque seco en aquellos días, existiendo un pozo de dimensiones considerables.

Me encontraba cavando las habas cuando vi cerca del azadón unas botas como de oficial y al mirar para arriba pude observar que se encontraba allí el coronel. Y yo con mucho disimulo miré para todos los lados, no viendo persona alguna a nuestro alrededor, así que decidí hablarle antes que él lo hiciese; pues de ésta manera sabría a qué había venido al pueblo.

MANUEL -. Mi. . .

Antes de terminar mi frase, se echó mano a la boca tapándola con el dedo índice, para que no hablase yo, o por lo menos no dijese su graduación; ya que como él mi dijo, - hasta las piedras tienen oídos -.

Se agachó para separar de aquella tierra unas piedras que afeaban donde yo tenía sembradas las habas, comenzándome hablar en voz baja.

CORONEL -. Escuche y no afirme nada.

MANUEL -. Como usted diga.

CORONEL -. Hay que sacar del pueblo a Merino.

MANUEL -. ¿Y cómo?.

CORONEL -. Apáñeselas usted. No le digo más.

Irguiéndose inició el camino contrario al pueblo; no sabiendo yo dónde se dirigiría aquel señor, si el pueblo se encontraba en dirección contraria. Aunque sí me dio una idea muy buena para mí: Tal vez seguiría teniendo mi paga ingresada en mi cuenta de ahorro en un banco de Madrid.

¡Penuria!; a dónde, si yo seguía teniendo mi trabajo. Lo malo era que no podía ir para cobrar dicho dinero, ya que en el pueblo solamente había El Monte de Piedad para ingresar el poco dinero que tenían aquellos habitantes del pueblo y algún movimiento más dentro de aquel banco.

Averigüé, por medio del director de aquel banco, que en los pueblos mayores que teníamos cerca no había dicho banco, donde yo tenía mi cuenta de ahorro.

Al siguiente día me fui alegre a mi casa, y antes de entrar en el pueblo pudo ver a Merino paseando por el campo, y cosa curiosa; pues iba a campo a través, no seguía camino ninguno, ni senda que le llevase a ningún sitio donde él quería llegar.

¿Qué raro?; pues Merino no podía andar mucho, ni correr mucho por la debilidad que tenía, y ahora corría como un gamo por aquellos campos. No sabía a qué era debido aquello; pero al mirar para atrás pude ver al coronel seguirle los pasos, y aunque Merino estaba debilitado no le pudo alcanzar metiéndose en las primeras calles de aquel pueblo para desaparecer en ellas: Nadie supo donde se había escondido aquel cuerpo pequeño y débil.

Pero sí me pude dar cuenta, que Merino tenía una persona que le estaba ayudando en el pueblo, haciéndome una pregunta de inmediato: ¿Sabría aquella persona la procedencia de Merino?. Ahí está el quid de la cuestión: Pues si aquella persona sabía su procedencia, yo estaría vendido por los cuatro costados.

Llegué al pueblo receloso, no sin antes echar una mirada hacia atrás para ver si venía el coronel, y desde luego no le vi venir por aquellos campos; no sabiendo dónde se había metido aquel señor.

Mi recelo se hizo patentes en cuanto vi a una señora que me hacía señas con las manos para que me aproximase a ella, y así lo hice. Aquella señora no sabía como abordar la conversación, hasta que yo me atreví hablarla algo sobre el calor que estaba haciendo aquel día.

SEÑORA -. Sí hijo, sí; hace mucho calor. . . Pero lo que le tengo que decir es algo más serio.

MANUEL -. ¿Dígame usted, señora?.

SEÑORA -. ¡Tenga cuidado!.

Y al decirme aquello, la señora se entró en casa sin querer saber nada más de mí; quedándome yo con un agobio en mi Alma que no podía respirar, al comprender que si yo pisaba en mal terreno, mi físico estaría en peligro.

Como pude darme cuenta, mi físico me la estaba jugando y con el me jugaba la posición de mi familia. Yo debía de reintegrar algún dinero para tener medios económicos y así comprar la ayuda de algún fornido hombre de aquel pueblo; pero lo peor era que yo no me podía mover del pueblo, debido a que había recibido una orden para seguir ayudando a Merino en cuanto a mis medidas posibles. Por otra parte, yo estaría respaldado en mi pueblo, allí no me pasaría nada; pero en cuanto me fuese de él, ya sería harina de otro costal: Pues los jefes me querían olvidado en aquel pueblo, así no los comprometería para nada.

Hablé con mi mujer sobre la posibilidad de contratar a alguien para que me resguardase las espaldas, no gustándola nada a mi mujer dicho proyecto.

ANDREA -. Saltaría la liebre. Entonces sospecharían todos los habitantes del pueblo que estás metido en algo sucio.

MANUEL -. Eso he pensado yo.

Me anunció, también, que yo no me podía mover de aquel pueblo, que sería ella la que fuese a sacar dinero del banco a Madrid, pero no: No era posible que ella sacase dinero de mi banco al ser mi mujer; ya que no estaba permitido a las señoras sacar dinero del banco sin una autorización de su marido. Y eso era tanto como denunciarme yo mismo, al tenerla que dar mi carné de identidad y un papel firmado y autorizándola para que hiciese dicho reintegro en el banco.

No era viable tal proposición que me hacía mi mujer, Andrea, para marchar a Madrid y poder recopilar parte del dinero que tuviésemos en la cartilla de ahorros; puesto que nada más enseñase mi carné me quedaría sin el, pues según yo estaría en busca y captura al ser un ayudante de las fuerzas perdedoras.

Sin aquel dinero pasaríamos penuria; ya que en el pueblo no había trabajo alguno, solamente comíamos lo que sembrábamos en el campo o en las huertas que teníamos cada uno en su casa o en el campo cerca de algún pozo.

La noche llegó y Merino no hizo acto de presencia en mi puerta para cenar y poder hablar un rato de algo banal, como era el tiempo caluroso que hacía o la poca cosecha que habíamos cogido en aquel año de cereales.

Yo me empecé a poner nervioso al no saber dónde se encontraba Merino; hasta que oí una conversación entre dos hombres anunciándole el uno al otro, de que había visto a Merino en un pueblo cercano.

Cuando a la alfombra se la quita el polvo en plena calle lo ve todas las gentes que pasen por tu puerta; así que montando en cólera salí como de paseo aquella mañana; pero con una sola idea, el acercarme al pueblo de al lado para ver la realidad de lo que yo había oído a unos hombres.

Inicié el camino por un camino secundario, no por la carretera; que aunque era de tierra y apenas transitaba carro alguno, y no digo yo coche por no haberlos en aquella región desolada y deprimida.

¡Que no!; pues así como a la media hora de estar andando por aquel camino estrecho y cuando dicha vía se acercaba a la carretera vi la bocacha de dos mosquetones, el uno cerca del otro. Al poco tiempo pude observar dos tricornios bien definidos, y a la vez a dos Guardias Civiles caminantes, que hacían su ruta desde el pueblo más cercano, que era donde yo me dirigía, hacia nuestro pueblo.

Un galón fino y rojo en la bocamanga del primer guardia civil vi que llevaba aquel guardia. No era ni cabo segundo, era más bien soldado de primera el que iba dirigiendo el operativo de marcha entre los dos guardias; pues en el pueblo había solamente un cabo segundo y nada más con dos guardias y el soldado de primera, pues en tiempos solamente habían dos guardias, uno soldado de primera y el otro un guardia de plantilla: Aquello quería decir algo, ha saber que allí había alguien al que se le tenía que tener vigilado, o con mucho cuidado.

Se me estrechaba más el cerco y mucho más cuando encontré en pleno camino viniendo al pueblo a Merino.

MANUEL -. ¿Dónde has estado?.

MERINO -. En el pueblo de al lado.

MANUEL -. ¿Y. . . ?.

MERINO -. No preguntes. Es mucho peor que tu pueblo: Dichas gentes no son acogedoras para nada.

Al decir aquello Merino escupió en el suelo, como en señal de haber pasado asco entre aquellas personas; pues al parecer ya estarían enteradas de los movimientos que había en dicha región. Y cuando las personas de aquellos pueblos se enteran de algo que les pueden hacer daño se cierran en banda, no dando crédito alguno a ningún desconocido suyo.

Hablamos muy poco durante el tiempo que duró el trayecto que hicimos los dos hasta el pueblo; solamente le alerté para que tuviese cuidado en una zanga hecha por un arroyo en su tiempo ya que no lo estaba viendo y se podía caer, mirándome con una cara como de sorpresa e inclinando la cabeza como dándome las gracias.

Al mismo tiempo me anunció algo que yo ya presentía; pues las tripas me iban sonando, pidiéndome algo.

MERINO -. Tengo hambre.

Me agaché, saqué de la faldriquera la navaja melonera y agachándome la introduce en el tallo de una planta que había en el suelo, y después de quitarla las espinas en cada uno de sus brazos y de limpiar bien la raíz de dicha mata se la entregué a Merino para que se la comiese.

MANUEL -. Tome usted.

MERINO -. ¿Qué es esto?.

MANUEL -. Se llama cardillo.

Sí, le di un cardillo pelado y bien aseado en su tronco para que se lo comiese en ése preciso momento; ya que él me había indicado que tenía hambre, y era la única manera que teníamos en aquel campo de saciar dicho apetito devorador con el que estábamos caminando él y yo.

MERINO -. ¿Pero esto se come crudo?.

MANUEL -. Y está tan rico; también se puede cocinar con arroz y con carne, pero a falta de una buena cocina: Se puede comer crudo.

Devoró aquel cardillo, teniendo que encontrarle más en aquel terreno que no estaba arado, que es donde se encuentra dicha mata.

Para mí también hubo una ración de cardillos, pero más pequeña; ya que en aquel terreno no encontré más cardillos que los que yo había cogido, siguiendo nuestro camino hacia el pueblo y en una cerca vimos que un manzano tenía una de sus ramas fuera de la cerca, dando al camino por donde íbamos.

Los dos nos miramos, como infundiéndonos el valor para poder coger una manzana de aquella rama; que al parecer brindaba la rama las manzanas al caminante.

MANUEL -. Sale la rama de la cerca donde se encuentra la huerta.

MERINO -. ¿Qué quiere decir usted?.

MANUEL -. Estas manzanas son de denominación pública.

MERINO -. Quiere decir: Que las puede coger el primero que pase.

MANUEL -. La Ley está así.

MERINO -. Será la Legislación vigente: Pues la propiedad privada tiene su Ley en todos los Estados.

No lo dudé por más tiempo y cogí dos manzanas, una para Merino y otra para mí; sentándonos de primores en aquella hora de un mediodía sin haber probado bocado alguno, que se pegase a los riñones como decían las gentes del pueblo al significar que una comida era buena cuando te sentaba bien y tenía contextura.

No quería pararle más tiempo haciéndole esperar en la puerta de mi casa para sacarle las viandas que a él le gustaban; así que le insté para que se retuviese un rato en la puerta y poderle sacar yo la comida de aquel día.

MERINO -. No: Me la saque usted por la puerta falsa.



Y como la puerta falsa era la puerta de la casa que daba a otra calle, en las traseras de la casa; yo le saqué la merienda por aquella puerta, desapareciendo la figura pequeña y graciosa de aquel hombre para írsela a comer a un lugar que él tenía como morada de destino en aquel pueblo.

Yo me entré en casa para ver lo que me tenía cocinado mi mujer, y al saber lo que era me puse alegre; lo malo fue que a mi niño no le gustaba mucho el “puchero”: Unos garbanzos exquisitos como no los había comido yo. Siendo aquellos garbanzos muy pequeños, pero que puestos al remojo en una olla por la noche, en el puchero cuando cocían se hacían mayores y se les quitaba el pellejo: ¡Buenísimos!.

Me acordé que a Merino sí le gustaban los chorizos cocidos entre los garbanzos, como así el tocino y la poca carne de oveja que echábamos en la olla; así que hablé con mi mujer para que se los guardase para la noche.

ANDREA -. Los tendré que calentar; aunque estemos en verano, así se suaviza dicha comida y podrá mojar mejor pan en el tocino nuevo que he echado en los garbanzos.

MANUEL -. Como quieras; pero apártale una buena porción de carne y de chorizo.

Muy comprometido lo tenía yo con Merino, al saber quién era y de dónde venía; pues ya no me podía valer por sí solo, ni éste por sí mismo, al no podernos desligar en las formas y en los hechos de uno al otro. Aunque yo sabía muy bien lo que tenía que hacer, para no comprometerme más con lo que representaba aquel hombre, y él obraba según su conciencia para no cogerme las manos más que en sí las tenía yo.

Parece que se lo olió Merino acudiendo aquella noche a mi puerta y sacándole la carne y el chorizo mi mujer, Andrea, una vez que lo había calentado. Y así llenó la tripa nuestro amigo Merino, quedando sumamente agradecido a nosotros dos.

MERINO -. ¡Qué bien me he quedado!.

Al decir esto, echó una cabezadita en la silla donde estaba sentado en plena puerta y al despertar se tocaba la tripa como acariciándosela de arriba a bajo.

Nos mirábamos el uno al otro como queriendo saber algo más de nosotros; hasta que llegó el hermano de un señor que estaba trabajando en el pueblo subiéndose al piso a través de las ventanas, pues tenían rejas, y al ver aquello Merino se encrespó toda su Alma diciendo lo que le parecía aquello.

MERINO -. Eso es lo que se quería cortar de raíz en Alemania, y no otra cosa.

MANUEL -. ¿Y cómo?.

MERINO -. Haciendo unas personas con el Espíritu nuevo, y así arrastrarían a las otras.

MANUEL -. ¿Pero eso es cortar la voluntad de las persona?.

MERINO -. No; en cuanto ésa forma de inducir a las personas, no se las cortan sus voluntades, es más bien arrastrarlas para que hagan lo bueno de otras personas.

MANUEL -. Se les quita su voluntad o se le mina su forma de ser.

MERINO -. Es un estado ético y moral de las personas, no un sistema amoral de las cosas y de los hechos.

MANUEL -. ¿Entonces?.

MERINO -. Yo le colgaría de los testículos.

No le quise preguntar más, por si acaso se molestaba; pero había quedado sentado lo que él quería hacer en su gobierno: No lo que sus generales habían hecho en los campos de exterminios.

Bien traicionado había sido el Führer como para querer volver otra vez entre ellos: Que se las apañasen solos y nunca mejor dicho.

Se le vio correr sendas lágrimas por la rija de los ojos, y después de quedarse un rato serio y como pensativo, se levantó de donde estaba para despedirse de nosotros con suma amabilidad. No quería darnos a entender más de su filosofía en cuanto a las personas.

Nosotros, mi mujer y yo, nos quedamos pensando en lo que nos había dicho momentos antes, descifrando sus palabras para poderlas entender bien y estudiando su forma de ser: Hasta que mi mujer, removiéndose en la silla, replicó algo que me llegó a lo más profundo de mí ser.

ANDREA -. ¿Has cazado su filosofía, en cuanto a las personas?.

MANUEL -. En parte.

ANDREA -. ¿Cómo en parte?; si está claro.

MANUEL -. No tanto.

ANDREA -. El quería una Nación responsable en cuanto los ciudadanos tomasen conciencia de dónde está el bien y dónde está el mal.

MANUEL -. Se ha visto dónde estaba el mal.

ANDREA -. ¿No te entiendo?.

MANUEL -. En los campos de exterminios.

Mi mujer no quiso llevarme la contraria para no molestarme; así que se calló entrando los platos vacíos para poderlos lavar en la cocina. Yo me quedé pensando en la filosofía de Merino, que no era otra más que las personas se portasen bien y en que tomasen conciencia de hacer su trabajo lo mejor posible.

En esa conciencia de hacer su trabajo bien iba el estado de bienestar social de Alemania, al trabajar las personas con empeño y con ganas, y como no sabemos decir quién tuvo la culpa de que aquella filosofía se troncase, no podemos echar la culpa a nadie; pero sí podemos pensar por nuestra cuenta en cuanto se vieron los hechos acaecidos en aquella época en el territorio alemán. . . El tiempo dirá quién tiene la razón.

Para no divagar mucho en mis pensamientos, en mis pobres pensamientos, comencé a pensar en los calores que estaba haciendo ese año en pleno verano; que por otra parte, eran normales que hiciese tanto calor, por algo estábamos en verano.

A mí me estaba dando ya miedo de Merino; no podía seguirle en su trayectoria y tenía que lograr hacer lo que el coronel me había dicho: Que era el convencerle que se fuese de aquel pueblo, en donde ni casa tenía.

Mis pensamientos eran sencillos y simples, así que no le podía hacer ninguna pregunta más para que no me envolviese con su filosofía.

Por la mañana temprano me levanté con ganas de arreglar algo en el patio; pero como mi cabeza estaba como un balón de reglamento me tuve que salir a la calle para dar un paseo por el campo.

No tenía rumbo fijo, yéndome a las afueras del pueblo para seguir una senda que habían hecho las caballerías que llevaban los labriegos en aquel tiempo.

Me estaba dando la brisa matutina en plena cara y sobretodo en la frente, despejándome un poco mis pensamientos; mis pobres pensamientos, afligidos por el peso de tanto agobio como tenían con las explicaciones de un hombre al que yo apenas conocía.

Pero lo que sí conocía muy bien eran los terrenos de aquellos parajes, cercano a mi pueblo; yéndome a sentar en una peña que había a mi paso en pleno camino.

Y para que no se me pusiese la cabeza caliente y los pies fríos me levanté enseguida de aquella peña siguiendo mi camino, silbando para no retener nada en el cerebro de algún que otro pensamiento contrario a mi forma de ser.

Volví a mi casa, para poder descansar en ella; pero así como a la media hora de estar tumbado en una mecedora, llamaron a la puerta con fuerza y con sentido de saber lo que querían.

Al abrir la puerta vi a tres señores delante de ella, y uno de aquellos señores me cogió de un brazo entrándome en casa de inmediato. Yo no sabía lo que querían aquellos señores, pero pronto lo pude saber al sacar una placa uno de ellos significando que eran policías.

MANUEL -. ¿Ustedes dirán?.

Allí no decía nadie nada, ni tan siquiera hablaban entre ellos; solamente se limitaron a buscar a mi mujer para que me diese alguna ropa y alguna crema y brocha de afeitarse para mi aseo personal, no sabiendo yo dónde me irían a llevar. Hasta que uno de ellos me indicó que me sentase en una silla y entonces se me anunció algo que yo ya sabía, pero lo que me dijo aquel señor, siguiendo su conversación no me gustó nada.

Una vez que se marcharon aquellos señores de mi casa, tendría que esperar a la noche, que era cuando llegaba Merino a mi puerta para cenar y recrearse con el frescor de la noche; puesto que la conversación de algo sustancioso brillaba por su ausencia. Merino no era hombre para dar noticias de alguna que otra primicia, no; nunca lo hacía, por lo tanto tendría que sonsacarle para que me contase algo de sus ideas, que no de sus ideales.

No hizo falta que esperase a la noche; pues al asomarme por la ventana, más bien por las persianas de la misma, vi venir calle arriba a Merino.

Yo me dispuse a inquietarle un poco; pues los ánimos no estaban para bromas, así que cuando llegó a la altura de la ventana, le dije en voz alta.

MANUEL -. Adolf Hitler.

No dijo nada; pero se le vio como un síntoma de flaqueza cuando yo le nombré, aunque siguió su camino yéndose por una calle transversal a la mía, para desaparecer de mi pueblo en ése mismo día.

Los días sucesivos nos vimos sin Merino en el pueblo; hasta hubo quién le echó de menos diciendo, - que si alguien sabía dónde se había ido Merino -.

Lo cierto era que Merino dejó de pasear aquellas calles del pueblo, porque él no estaba en dicha pequeña urbe de agricultores y ganaderos, de gentes que no sabría mucho; pero que nadie se la pegaba tan fácilmente como se creía.

Merino llegó a ser una institución personal en el pueblo, una vez que se había ido de él: No olvidándole nunca los habitantes de aquel pueblo. Y quedándome a mí un pesar en mi corazón, que no podía estar.

Sí, porque Merino se encontraba malo y me habló para que fuese a Madrid a obtener algún dinero y así poder ir a un médico en uno de aquellos pueblos mayores que había allí cerca. Y por miedo no fui para obtener algún dinero; aunque al decir verdad me habían encontrado ellos en la búsqueda de mi persona.

¿Pero ellos quién eran?; si hablaban perfectamente el español, con un castellano que era mucho mejor que la que yo había oído nunca. Por lo tanto no podían ser de otra Nación más que de España; y si eran españoles, no podían ser otra cosa más que del

servicio secreto, aunque no estaba muy definido en aquellos tiempos: Pues lo único que había era La Secreta como decíamos nosotros.

MANUEL -. Me tienen que garantizar la subsistencia de mi familia.

SEÑOR -. Seguirá cobrando usted por los servicios prestados a ésta Nación.

Así me quedé más tranquilo, al saber que mi hijo seguiría estudiando una vez que hubiese pasado las vacaciones de aquel verano y que mi mujer seguiría cobrando su dinero desde el banco asignado para ello. Yo la tuve que hacer un poder notarial a mi mujer para que pudiese reintegrar de aquella cuenta corriente, y así pudiesen resolver sus vidas mi hijo y mi mujer.

En aquellos barcos de vapor me enrolaron para que pudiese llegar a un país del otro lado del Océano, y cuando estaba ya cansado de ser la comidilla de todos llegamos un día a una costa, que al parecer no era mi lugar de destino; pues mi destino era otra Nación que distanciaba de dicha costa algunos días más.

Por fin llegué a donde me habían mandado aquellas gentes, con idea de que sirviese a un general del Tercer Reich; no sabiendo yo quién sería aquel general.

Cuando creí que me acoplaría en la Gran Ciudad, me llevaron a un pueblo equidistante de ella como a cientos de kilómetros. Y entre “sí” y no “sí”, me llevaron a una casa un tanto solariega para que entrase a formar parte del servicio de la misma.

Lo primero que tuve que asistir fue a unas fiestas que se celebraban en aquel pueblo, pues como pude ver salió el amo de la casa para poder participar en dichas fiestas; más bien observando el transcurso de las mismas.

Fue la primera vez que vi a aquel señor; pues yo había ingresado en aquella casa para poder saber de los movimientos del señor de aquel hogar y de las personas que tenía a su cargo.

No quiero decir nada, pero aquel señor me estaba pareciendo conocido por mí; aunque estaba muy bien caracterizado, como semejando otro hombre que no era. Por lo tanto, yo tenía que saber muy bien de quién se trataba; ya que debajo de aquella falsa piel se escondía un hombre buscado por la internacionalidad de todas las Naciones del Mundo.

SIRVIENTE -. Te fijas tú mucho.

MANUEL -. Para ver si nuestro señor necesita algo.

SIRVIENTE -. Eso es celo en el trabajo.

Sería celo en el trabajo, pero no sabía cómo lo iba hacer para que no sospechasen nada aquellas personas de mí; aunque no había pronunciado la palabra servicio, solamente había pronunciado la palabra trabajo. Pudiéndome dar cuenta, que la situación de la casa estaba más enmarañada que yo creía; pues nadie iba a decir una sola palabra al respecto de algo sustancioso, para que yo pudiese hacer cábalas y saber en la situación que me encontraba.

Pero al decir verdad, en la situación que yo me encontraba era difícil saberla; pues ni los que me habían mandado allí la sabían.

Un día se me cogió andando por un pasillo de aquella casa, que se tenía vedado al resto de la servidumbre, y al preguntarme qué hacía yo allí no tuve otro escape que decir algo fuera de lo normal.



MANUEL -. Mire usted, me he despistado.

SIRVIENTE -. Más se despistará usted en la calle,

MANUEL -. ¿Qué me quiere decir?.

En efecto, al día siguiente se me cogió en las dependencias de aquel jefe, fisgoneando por sus habitaciones; de tal manera que me vio el mismo jefe preguntándome por mis inclinaciones personales.

JEFE -. ¿Qué hace, sargento Wilmod?.

Al decirme aquello el jefe de la casa, reconocí enseguida la voz que me preguntaba por mis intenciones dentro de la casa; y como en una exhalación de suspiro, me fui retirando, poco a poco para no dar señales de aturdimiento y de nerviosismo alguno.

SARGENTO -. Nada jefe: Solamente me he despistado.

Salí con una sola idea de aquellas dependencias y era el poder ver a mi contacto en aquel pueblo para decirle lo que había descubierto en la voz de aquel señor; pero por otra parte me retuve un poco al pensar que quién me pagaba eran ellos y no mis compatriotas. No obstante, llegué a donde me esperaba mi compatriota para darle la noticia deseada por ellos.

Al volver a la casa, se abrió la puerta como para dejarme entrar enseguida en ella y una mano bastante robusta me cogió de la solapa entrándome en aquella casona de momento y sin yo haberlo pensado.

No se me dijo nada al respecto; pero yo veía como un ambiente un poco enrarecido contra mi persona, y mi persona se encontraba molesta por dicho trato; que por otra parte sabía muy bien por qué era ese tratamiento despectivo.

No podía estar en casa quieto y decidí volver a salir de ella para que me diese el aire un poco en las sienes; así lograría estabilizar mis pensamientos, que eran muchos y muy recelosos para con aquellos señores.

Cuando estaba ya en el hall de la casa y delante de la puerta, cuando me disponía abrirla se me llamó la atención, por parte de un señor adjunto al personal doméstico diciéndome algo que me sorprendió.

SEÑOR -. Sargento Wilmod: Usted no puede salir de la casa.

Aquello me desconcentró del todo; pues la prohibición que recibí por parte de aquel señor de no salir de casa era poco más o menos de que yo estaba retenido en ella por motivos de haber sospechado de mí aquellos señores.

Tenía que reaccionar pronto para no incurrir en más sospechas en contra de mi persona; así que con sentido sumiso me atreví a decir enseguida algo que calmó los ánimos a aquel señor.

SARGENTO -. Como usted diga.

Pude observar muy bien, que las facciones que tenía aquel señor de encrespamiento en la cara se le fueron quitando poco a poco, como si aquella respuesta le hubiese convencido de que yo era, todavía, sumiso a las órdenes recibidas.

Cuando me vi sin vigilancia alguna en la casa me dirigí a mi cuarto y al entrar en el pude observar que ya no estaba como yo le había dejado aquella mañana; pues ni la silla que yo tenía para poder escribir en la mesita de noche estaba allí, también había desaparecido una cómoda donde yo guardaba mis apuntes.

Y lo que era más importante, la cama no existía en aquella habitación donde yo dormía hasta el día de la fecha; por lo tanto comprendí que no iría a permanecer por más tiempo en aquella casa. Y así fue; pues entrando un servidor de aquel amo en la habitación donde yo me encontraba, me arengó para que subiese a la primera planta de la casa ya que me estaban esperando.

Así era; pues un señor vestido de negro me estaba esperando con una maleta cerca de él, con la transparente idea de llevarme fuera de aquella casa: No sabiendo yo dónde íbamos a permanecer aquella noche.

Una vez que ya sabían quien era el ocupante de aquella casa, nada tenía yo que hacer; y eso no lo había pensado yo muy bien antes de dar la noticia; pues ahora nadie me miraba, ni me tenía en consideración alguna.

Una vez que me sacaron de la casa vi un coche parado en su puerta, con la sola idea de transportar algo o a alguien, y ése alguien era a mí al que querían llevarme a otro sitio más oculto a la vista de las personas.

El coche no es que corriese mucho, era que no corría nada; como si tuviese todo el tiempo posible para llegar a su lugar de destino, y después de salir de aquel pueblo nos dirigimos por una carretera que al parecer no tenía servicio de conservación ninguno; ya que el asfalto desaparecía de trecho en trecho aflorando las piedras en toda ella, como si fuesen flores que nos diesen la bienvenida y la despedida a la vez.

Hubo un momento determinado que tomamos una carretera mucho mejor que la que habíamos llevado hasta ahora, y entonces fue cuando corría el coche a pleno ritmo de su motor.

Veíamos pasar las granjas de los agricultores y las numerosas manadas de vacas sin decirles adiós. En algunas partes existía un frescor insoportable, con una hierba fina y en otras una pampa árida y agreste.

Yo me empecé a poner nerviosos por no saber dónde me llevaban; hasta que comencé a divisar unos aviones en el suelo; como si fuese un aeropuerto y no de los menos visibles, pues comenzaron a verse más y más aviones, así como la salida de algunos de ellos y la llegada de otros, en cada minuto.

¡Pues sí señor!: Aquello era un aeropuerto y de los mejores del Mundo; ya que sus dependencias eran enormes: Con sus aduanas, su vigilancia, su apartado de embarque, sus escaleras hacía los aviones y su régimen de viajeros bien ordenado.

Allí me estaban esperando otros dos señores que sin mediar palabra alguna me subieron a un enorme avión de hélice, claro, para en unos momentos tomar vuelo y llegar a la velocidad crucero en unos pocos minutos.

Sí hicimos escala en otra Nación; pues se diferenciaba de la Nación donde yo había salido en varias cosas a la vez; pero no por eso era mucho menos bonita: Tenía sus encantos, también, aquella Nación; aunque yo permanecí en el aeropuerto durante el tiempo que duró aquella escala que habíamos hecho para que la aeronave repostase y para coger a más pasajeros a la vez.

Nada más elevarse el avión, de nuevo, comencé a oír a las azafatas hablar el alemán dentro de la aeronave, ofreciendo algo para comer o para poder beber.

No quería ponerme nervioso, pero lo hice; me salió la criatura que llevamos dentro de nosotros, no pudiendo retener mis nervios por más tiempo. Y

desabrochándome el cinturón de seguridad, me levanté de mi asiento preguntando por el destino de aquel avión.

SARGENTO -. ¿Alguien me puede decir cual es nuestro destino?.

SEÑOR -. Siéntese, sargento Wilmod

SARGENTO -. ¿Me lo puede decir usted?.

SEÑOR -. Alemania.

Me quedé más tranquilo al saber mi destino, y al verme tranquilizado el pasaje se tranquilizaron ellos también. Y sobretodo, cuando se me había nombrado como sargento.

¡Madre mía!; cuando vi el ejército que tenía Alemania en aquellos años; ya que se les había prohibido, años anteriores, tener ninguna clase de ejército. Oficiales que pertenecían a la Waffen-ss quedaba muy pocos, ya algunos; así que se disolvió dicha policía militar y en el año 1955 se creó el Bundeswehr un ejército de circunstancias, según podía ver yo.

Lo que sí pude ver al coronel que me abordó en mi pueblo para saber de Hitler, e inmediatamente me hizo cuadrarme y saludarle como a tal graduación, dentro de aquel ejército.

CORONEL -. ¿Sabe por qué le han traído aquí?.

SARGENTO -. No tengo ni idea, mi coronel.

CORONEL -. Usted no está licenciado. Es un caso a parte; pues todos sus compañeros están licenciados, y lo que es más: Que ha ascendido a sargento mayor; pero como

mandan la normativa, primero tomará posesión de sargento primero, para más tarde tomar posesión como sargento mayor.

No se si se me vería en la cara la satisfacción del que sabe ha ascendido un escalafón dentro del ejército; pero lo que era yo, había ascendido dos escalafones y sin saberlo: Pues hacía ya años que estaba sirviendo en aquel ejército. Y al llegar a la plana mayor del acuartelamiento, en la unidad de destino se me proporcionó un traje de sargento primero.

Estaba en espera de jurar mi cargo como sargento mayor, pero eso no llegaba; no sabiendo yo las causas por las que se retrasaba aquel mandato.

CABO -. Mi sargento primero; le espera el coronel en comandancia para darle destino.

Era el cabo furrier, quien me decía aquello, que también había ascendido: Allí ascendía todos los militares con una velocidad de espanto; no sabiendo yo las causas de aquellos ascenso: Pues aunque los oficiales que habían permanecido en la SS y disueltos, ya estaban todos ellos encuadrados en las filas del nuevo ejército alemán.

Después de saludar a mi cabo furrier como se lo merecía, me fui a comandancia para recibir órdenes de mi coronel, encontrándole con un legado de impresos que parecía una muralla de lo enorme que era.

SARGENTO PRIMERO-. ¡A las órdenes de mi coronel!.

CORONEL -. Así me gusta, sargento primero, Wilmod. Me gusta verle con ése espíritu castrense toda la vida.

SARGENTO PRIMERO -. Usted dirá, mi coronel.

CORONEL -. Como ha podido observar, el ejército está compuesto por gente de a pie, son paisanos todos ellos.

SARGENTO PRIMERO -. Ya me he dado cuenta.

CORONEL -. Pero lo que no sabe es que usted está aquí para infundirlos el espíritu castrense y la fuerza de amar a su patria.

SARGENTO PRIMERO -. ¿Cual patria mi coronel: España u Alemania?.

CORONEL -. Ellos son la mayoría alemanes. Les tendrá que infundir el cariño hacia Alemania.

SARGENTO PRIMERO. ¿Y a los de otras naciones?.

CORONEL -. Se ha dado cuenta. Sí hay soldados de otras naciones; pero como su nombre indica con su nombre que se le había asignado, Wilmod: Resulto el espíritu. Así tiene usted que resolver dicha situación en el seno del ejército alemán. Y antes de irse a su nuevo destino, tiene usted que tomar posesión como sargento mayor.

SARGENTO PRIMERO -. ¿Y eso?.

CORONEL -. ¿No estudió usted?. Pues todavía le quedan varios ascensos: Los aprobó todos.

Así fue; pues en pocos días estaba tomando posesión como sargento mayor en comandancia delante del coronel y de algunos de sus oficiales; capitán y teniente.

Ahora comprendía muy bien las críticas que hacía Hitler a su ejército, una vez que él le creía aguerrido y sumiso a su persona; pero la guerra le minó las fuerzas, a aquel ejército, teniendo numerosas bajas en sus filas.

El Führer, no criticaba a sus soldado; si no a sus generales por la manera de haberle llevado al desastre, a la hecatombe final.

Mientras estaba en éstas divagaciones, se me llevó, una vez que me volví a uniformar, a una dependencia dentro de la plana mayor de aquel acuartelamiento.

CAPITÁN -. Le entrego a usted, sargento mayor, la credencial para que marche a su nuevo destino.

SARGENTO MAYOR -. ¿Y mi familia?.

TENIENTE -. Ya se la ha informado de que está usted enrolado en el ejército alemán.

SARGENTO MAYOR -. ¿Y eso?.

CAPITÁN -. No la íbamos a decir, que está usted sirviendo en las filas del nuevo ejército alemán: ¿Vamos, creo yo?.

Cuando salí de aquel despacho leí mi nuevo destino, y me quedé un tanto sorprendido; pues era en un cuartel de la montaña.

En aquel cuartel había unas antenas de radio y de costa muy amenazadas por el enemigo; que tal vez sería dentro del mismo ejército alemán, no de otra Nación como se estaba diciendo. Por lo tanto yo, tendría que adiestrar y alertar bien a mis soldados, para que estuviese ojo avizor en cada momento.

Me dejaron distribuir a la tropa y lo primero que hice, fue llamar al soldado de primera para que patrullara con dos soldados por todo el perímetro del acuartelamiento, así mismo hice que el sargento, cabo furrier, fuese el enlace entre el soldado de primera y yo; y en cuanto al sargento de primera le retuve en comandancia por si yo no podía hacer mis funciones algún día.

Lo cierto fue, que nada más llegar a dicho lugar, se encerró el teniente y el capitán en una especie de bunker dejándonos hacer a nosotros todo el servicio de vigilancia a nuestra manera. Y la manera que yo tenía, sin ser apoyado por mis oficiales



era el saber en cada minuto del día si nos rodeaba alguien, si merodeaba alguien por los alrededores del acuartelamiento.

A las afueras de su dependencia no salían mis oficiales para nada; así que me tenían dejado todo el control y todo el operativo de aquel acuartelamiento. Y como yo era creyente me encomendaba cada día al Altísimo para que me diese fuerzas y sabiduría en las llevanzas de aquellas tropas; que por otra parte estaban con mucho recelo y bastante miedo. Se los veían en la cara el desequilibrio mental que tenían en su Alma aquellos mozos, que no de reemplazos; más bien eran apuntados para el manejo de las armas a cada individuo, de cierta edad, que se acercaba a un puesto de información.

Por lo tanto la tropa tenía los nervios ateridos y como si de un momento a otro fuese a estallar un conflicto entre nosotros; al saber que aquellas dependencias estaban muy vigilada por la mano contraria a quién nos daba de comer.

Era así tanto, que un día entró un individuo al saltar una de las vallas que teníamos de contención dentro del acuartelamiento; habiendo tomado el control de aquel sitio en pocos minutos, debido a ese agarrotamiento de nervios que tenía la soldadesca.

Me quité los correajes y me quedé sin armamento alguno, sobre todo mi pistola; yéndome hacia donde se estaba produciendo dichos hechos. Y al llegar al lugar de encuentro entre aquel individuo y la guardia, aquel hombre quiso que me parase y no avanzase más. Yo no hice caso y me dirigí a donde estaba él, propinándole un empujón con tan buena suerte, que me quedé con su pistola en las manos.

Como aquel lugar estaba en lo alto de la montaña, entre rocas y arbustos no habían visto mis soldados a nadie; así que no era cosa de mandar a ninguno de mis

soldados para que pudiese observar algún movimiento desde la garita donde estaban. Pero sí hice levantar a aquel individuo para preguntarle algo.

SARGENTO MAYOR -. ¿Cuántos sois?.

Aquel individuo no contestó, se limitó solamente a sonreír; como si tuviese el triunfo por las manos. Aquello me estaba escamando mucho por la manera tan despectiva que tenía aquel individuo en todo lo que se le preguntaba.

No pude hacer otra cosa más que quedársele en las manos al soldado de primera; un hombre fuerte, alto y brusco, con unos modales que no eran muy afables. Dicho soldado le cogió del cuello y por poco se lo rompe, si no hubiese yo intervenido al sujetarle el brazo al soldado de primera; dejándole en el suelo con mucho cuidado, y al ver aquello el individuo no pudo por menos que exclamar un sollozo salido de su cuerpo que parecía un lamento dándonos a entender, que tuviésemos compasión de él.

INDIVIDUO -. Tres; somos tres.

Le hice una indicación al soldado de primera para que saliese con dos soldados a encontrar a los otros dos, alertándole antes de las sospechas que yo tenía.

SARGENTO MAYOR -. Tenga usted cuidado, soldado de primera; pues tal vez serán algunos más.

SOLDADO DE PRIMERA -. ¿Y si son solamente dos?.

SARGENTO MAYOR -. Es usted muy capaz de merendárselos.

Hice apostar a algunos de mis soldados en las tapias de aquel acuartelamiento, como servicio de vigilancia, por si pudiesen ver algo o pudiesen indicar el sitio donde se encontraban aquellos individuos que querían asaltar el acuartelamiento.

Desde luego los únicos que existían en las proximidades del acuartelamiento eran dos personas, que estaban apostadas detrás de unas peñas y de unos matorrales, muy bien ocultos en ellos.

Al ser llamado por mi capitán le pude ver desencajado de cara; pues en ése acto me pude dar cuenta, de que sabía se había recibido algún asalto por parte de algún comando de la resistencia; pero al parecer se creía que no fuese tan reducido el número de personas a las que mandaban para ocupar el acuartelamiento, que era más bien un destacamento militar en aquella montaña.

CAPITÁN -. Mi sargento mayor: ¿No me lo puedo creer?.

SARGENTO MAYOR -. ¿El qué, mi capitán?.

CAPITÁN -. Que tres hombres hayan querido ocupar nuestro acuartelamiento reduciéndonos a todos nosotros.

SARGENTO MAYOR -. Ya ve usted, mi capitán que no se ha producido tal hecho.

Mi capitán se quedó pensativo, como si recordase algo, y al momento repuso una cosa que me sentó mal; ya que siempre estábamos con los ojos bien abiertos.

CAPITÁN -. Sargento mayor: Estén todos ustedes con los ojos bien abiertos, por si esto haya sido una trama para lanzar el grueso de los atacantes a nuestro cuartel en unos días.

SARGENTO MAYOR -. ¿Lo cree así, mi capitán?.

CAPITÁN -. Así lo creo.

Y para saber toda la verdad de los hechos, se me hizo vestir de paisano ordenándome me escabullera entre las personas del pueblo de al lado; haciendo lo que mi capitán me había ordenado.

El problema era si en aquel pueblo me conocería alguien; aunque a mi simple parecer no creía yo que me conociese nadie, ya que era la primera vez que me veían en el pueblo aquellos habitantes del mismo.

Lo que sí me dieron a entender los habitantes de aquel pueblo, era que no me las creyera mucho; ya que ellos estaban allí antes que yo, y sobretodo algunos hacían ya bastantes años que habían nacido en aquel pueblo, viviendo en el toda su vida.

No cacé muy bien la indirecta que me echaban aquellos habitantes del pueblo; pero lo que sí hice fue, no querer ser más que ninguno de ellos, ni hacer de menos a ninguna persona que hubiese nacido en ése pueblo. Viendo enseguida que se me estaba aceptando por parte de todos los habitantes del pueblo.

Algunos me miraban de reajo, al saber que en la montaña existía un acuartelamiento; más bien un destacamento militar en plena montaña; teniendo todos ellos la sospecha de que allí guardaba algo el ejército.

Tanto que tenían dicha sospecha; pues a poco de estarme tomando un café en un bar, se me acercó uno de ellos preguntándome algo que me quedó helado.

SEÑOR -. ¿Oficial o suboficial?.

WILMOD -. ¿No entiendo?.

SEÑOR -. No lo creo.

WILMOD -. ¿El qué?.

SEÑOR -. Que sea usted corto de pensamiento.

Nuestras miradas se cruzaron en un instante, para más tarde y sin tiempo de dejar aquel señor reponerse y replicar con alguna otra cosa más, respondí de inmediato aquello que me había preguntado.

WILMOD -. Geólogo.

Aquel hombre cogió su baso de vino, yéndose a sentar con otros dos que estaban en una mesa un tanto equidistante a la barra, que era donde nos encontrábamos nosotros tomando yo un café y el otro señor un baso de vino.

Oía cuchichiar a los tres señores que estaban sentados en la mesa, pero no oía bien lo que estaban diciendo, por hablar en voz baja y estar ellos a una cierta distancia de la barra, que era donde yo me encontraba. Pues aunque agudizaba yo el oído no percibía bien los sonidos vocales, como para saber qué estaban diciendo.

Me fui al acuartelamiento o al fortín con un signo de incredulidad que me mataba por dentro; pues no sabía que habían querido decir aquellos señores con que ellos ya estaban allí antes que yo. Pero eso sí, llegué con una voluntad férrea de defender aquella posición militar con todas mis fuerzas y con toda mi buena fe; pareciendo uno más de los súbditos alemanes que defendían a su patria: La nobleza me obligaba a ello.

Aquella posición militar se encontraba en calma, no había ningún contratiempo para pensar en algo fuera de lo normal, y lo normal sería que se nombrasen los cuadros de los servicios a mi simple entendimiento; quedando, una vez más, al soldado de primera junto con dos soldados para en un tiempo prudencial poder dar la vuelta a todo aquel fortín y ver lo que había fuera de sí dentro de aquella fortificación. Yo le mandé

que informase en cada vuelta de lo que había visto y oídos en su periplo alrededor de aquel pequeño acuartelamiento fortificado.

Pasaba el tiempo y con el pasaba la sospecha de que allí no iba a suceder nada de anormal y así fue, a no ser que el toque de retreta irrumpió el orden de silencio de aquel acuartelamiento fortificado, para recordarnos a todos que había llegado la hora de merendar en las dependencias de aquella fortificación militar.

El rancho costaba de garbanzos con arroz y con una salchichas bien buenas; pues estaban hechas a base de artesanía, por aquellos agricultores más cercano a la fortificación militar. Y por vez primera nos habían servido una cerveza negra bien fresca, pese a que era tiempo de invierno y así fue; pues habían estado sometidas las barricas a la intemperie de aquel gélido día.

De repente oímos como unos ruidos en las afueras del comedor de la tropa, saliendo todos de aquel centro para ver lo que pasaba, mientras el toque de trompeta nos anunciaba revancha militar.

Yo llevé a la compañía a su pabellón haciéndolos coger sus armas para podernos defender de cualquier ataque del exterior, fuese cual fuese.

Yo no pude más y salí antes que la compañía a las afueras del pabellón viendo que se estaba dando una clase de escaramuza; pues aquellos disparos no eran permanentes, era más bien esporádicos, no sabiendo yo a qué se debía todo eso.

Cuando me dirigía a las murallas del fortín vi un fogonazo con una luz muy fuerte y un sonido ensordecedor cerca de mí, haciéndome caer de bruces en el suelo con un dolor muy intenso y un escozor enorme.

Había estallado una bomba de mano cerca de mí y como estaba de pie, más bien corriendo, me había cogido un trozo de metralla de aquella bomba en una pierna.

No lo pensé más, y rasgándome la pernera del pantalón pude ver hasta qué punto era la gravedad de aquella herida. Solamente me había cogido un poco de metralla de aquella bomba que había hecho explosión cerca de mí.

SARGENTO MAYOR -. Mi sargento, haga usted el favor de prestarme su machete.

El sargento cogió por la empuñadura su machete dándomelo con un gesto entrañable de buena amistad, pues al verme herido se quedó compungido todo él; ya que el cabo furrier, ahora sargento, había estado conmigo casi media vida, apreciándonos los dos mucho. Así que se acercó a mi herida, para ver también él todo el alcance de aquella pequeña brecha hecha en mi muslo.

SARGENTO MAYOR -. Mi sargento: Usted fuma; haga el favor de encender su mechero.

SARGENTO -. Como diga mi sargento mayor.

Al mostrarle la punta del machete al sargento, éste había cazado la indirecta y mirándome fijamente a los ojos, me pedía prudencia; no fuese a ser que yo me desgarrase todavía más las carnes en aquel músculo donde había penetrado la pequeña metralla de la bomba.

SARGENTO MAYOR -. No tenga usted cuidado, mi sargento; sé lo que hago.

El sargento había arrimado la llama del mechero a la punta del machete, más bien a su hoja; y como le estaba dando más humo que lumbre, le tuve que indicar al sargento cómo lo tenía que hacer.

SARGENTO MAYOR -. Mi sargento, que no le de tanto humo a la punta del machete; pues se quedará negro. Tiene que darle la llama del mechero de lleno.

SARGENTO -. Como diga mi sargento mayor.

Y una vez que se puso incandescente o por lo menos muy caliente la punta del machete me la arrimé a la herida con el propósito de sacarme la pequeña metralla que tenía incrustado en el muslo.

Pude darme cuenta, que la herida era limpia; pues no se encontró ninguna esquirla en ella, solamente había sido una pequeña metralla incrustada en el músculo, pero que me estaba produciendo un escozor insoportable hasta que logré sacarme aquel pequeño hierro incrustado en mi muslo. Pero eso sí: No podía dar un paso por más que lo quisiera hacer, así que me ayudé con un fusil que había cerca de mí para poder llegar donde se habían producido dicho combate, viendo a dos ciudadanos hechos presos por el soldado de primera, ayudado por otros dos soldados más.

Dos individuos habían querido inutilizar a toda una compañía de soldados aguerridos, pese a que cada uno de mis soldados fuese de cada nación y de cada sitio. Por lo tanto aquellos individuos sabían muy bien a quién atacaban: Era así, que pese a hacer ya tiempo de haber sucedido los primeros disparos, allí no llegaban los primeros defensores de aquel fortín, viéndolos yo haciendo ademán de volverse a entrar, una vez más, en el pabellón de origen.



Se me dio informes muy detallados, por parte del soldado de primera y del sargento de todo aquello que había pasado en pocos minutos, en aquella escaramuza de intención de haber ocupado el fuerte donde estaba toda la compañía.

Yo bajé al bunker, donde estaba el capitán y el teniente para informarles de lo mismo; pero con una cara de desagrado, y al terminar de darle informes a mi capitán, éste me recriminó la cara de pocos amigos con la que yo había bajado para informarle a él de lo sucedido en el asalto al fortín militar.

CAPITÁN -. Sargento mayor: Alégrese usted con haber llegado a su rango militar; ya que no es usted alemán.

SARGENTO MAYOR -. En mi nacimiento; pues mi sangre la tengo bautizada en combates defendiendo a la nación alemana.

Se quedó mirándome mi capitán con cara de asombro, para no responder nada a la sugerencia que yo le había hecho: No lo podía hacer al verme lisiado por metralla enemiga en aquel preciso momento, y con un signo de la mano me mandó salir afuera, para que siguiese defendiendo el fortín militar como yo sabía hacerlo.

En esos precisos momentos pensé con todas mis fuerzas cuando llegaría mi licencia en el ejército alemán; pues yo no sabía qué estaba haciendo allí, en donde se me cuestionaba mi integridad como militar y como fiel soldado a las personas que me estaban empleando en el manejo de las armas.

Aquello lo pensé de momento, pues de repente se me fue dicho pensamiento a favor de saberme ser válido en lo que se me había asignado; ya que era yo el único que estaba defendiendo aquella fortaleza militar con un grupo de soldados, que aunque cada uno de diferentes naciones, allí se encontraban como aguerridos militares.

Sí tenía en mente pedir a mi capitán que se reforzara la guardia, y para ello volví a bajar al bunker todo decidido a exponerle mi plan con todos mis deseos que se fuese a cumplir dicho ruego.

CAPITÁN -. ¿Qué desea usted de nuevo, mi sargento mayor?.

SARGENTO MAYOR -. Mi capitán: Le ruego me conceda reforzar la guardia del fuerte militar con un par de soldados más. . .

CAPITÁN -. Ni se le ocurra a usted emplear en la vigilancia del fuerte militar a más soldados; se darían cuenta los demás soldados en el peligro que están.

SARGENTO MAYOR -. Si no desea mi capitán otra cosa más, deseo retirarme a mi puesto de vigilancia.

CAPITÁN -. Sí, márchese usted.

SARGENTO MAYOR -. ¡A las órdenes de mi capitán!

Salí al exterior del fuerte militar respirando hondo, como queriendo controlar mis nervios; ya que aquel oficial no veía claro reforzar la guardia en aquel recinto militar amenazado por miles de expertos asaltantes.

Busqué al sargento, el cabo furrier, para exponerle mis inquietudes en cuanto a reforzar la vigilancia en todo el perímetro del fuerte militar, encontrándole en una almena de aquel fortín.

SARGENTO -. A las órdenes de mi sargento mayor.

SARGENTO MAYOR -. Le vengo a decir, mi sargento, las inquietudes que me asfixian.

SARGENTO -. ¿Más vigilancia?.

SARGENTO MAYOR -. Exacto. Pero lo tenemos que hacer entre usted, mi sargento, y yo.

SARGENTO -. ¿No me diga?.

SARGENTO MAYOR -. Como se lo cuento.

SARGENTO -. Le he visto salir. . . ¡Bueno!; tendrá que ser así la cosa. ¿Y el sargento primero?.

SARGENTO MAYOR -. Es mejor que coordine a la tropa.

Y así empezamos a patrullar por todo el recinto amurallado de aquel fuerte militar el sargento y yo, reforzando la guardia que hacía todos los días el soldado de primera con dos soldados.

Aquel centro de comunicación tenía que ser defendido con todas las de la ley, y por ello decidí reforzar la guardia con mi persona y la persona del sargento.

Empezamos a llamar al capitán y al teniente “los topos”; al referirnos a ellos, con bastante alevosía, para no confundirlos con nadie más en nuestra conversación, siempre que hablábamos de alguien: Pero eso sí, entre nosotros solos, no dando a entender a nadie más de quién eran los topos.

Y qué verdad que eran los topos; pues un día vimos un gran resplandor en el patio del fuerte militar seguido de un ruido ensordecedor con una llamarada intensa: Había sido una bomba que había estallado en el patio del acuartelamiento militar, no produciendo heridas a ninguno de nosotros, los cuatro que hacíamos guardia indefinida en la periferia de aquel acuartelamiento.

Siguieron algunos ruidos más débiles producidos por las balas de algunos fusiles Mauser Kas 98 K, y como no lo veíamos claro nos subimos a las almenas del fuerte

militar para ver lo que estaba pasando; y lo que estaba pasando era, que querían escalar los muros de aquel fortín militar con escaleras de a mano.

Pero como seguía disparando a más y mejor, yo di la orden de abrir fuego contra el enemigo que nos estaba disparando, acudiendo toda la compañía a dicho sitio para defender aquella fortaleza militar, que era la nuestra.

Ahuyentamos al enemigo que nos atacaba y en un momento determinado fui llamado por mi capitán al bunker donde se encontraba él con el teniente. Pidiendo permiso para entrar en aquella habitación fortificada y cuadrándome delante de mi capitán, permaneciendo en dicha posición de firme con un solo interés; el saber las órdenes que me quería dar mi capitán: Y sí que me las dio.

CAPITÁN -. Descanse, mi sargento mayor.

SARGENTO MAYOR -. Como quiera mi capitán.

CAPITÁN -. ¿Quién ha mandado la orden de abrir fuego contra el enemigo?-

SARGENTO MAYOR -. He sido yo, mi capitán.

CAPITÁN -. ¿Ha visto usted peligro en dicha acción del enemigo para ordenar abrir fuego contra el pelotón asaltante?.

SARGENTO MAYOR -. Totalmente, mi capitán. Y no era un pelotón de asalto.

CAPITÁN -. Esas murallas no se asaltan así como así. Queda usted relevado en el mando de sus soldados. Preséntese en comandancia para recibir órdenes.

Cuando salí al exterior busqué al sargento, el cabo furrier, para contarle lo que me había pasado con mi capitán y éste me dio toda clase de ánimos en unos momentos que duró nuestra conversación sobre dicho tema.

Pero lo cierto fue, que llegué a comandancia del cuartel general, con un cierto grado de desenfado y a la vez de recelos por no saber lo que me iba a pasar en aquellas dependencias; y lo que me pasó, fue que me retuvieron en una habitación durante un cierto tiempo bien prolongado en el espacio. Hasta que se presentó otro sargento mayor informándome de que se me había expedientado por la decisión de abrir fuego contra los asaltantes del fuerte militar.

En las primeras entrevistas que me hicieron, no podía contar dónde se encontraba mi capitán; pues según había dicho él en su informe, que había sido parte activa de la defensa de aquel fuerte militar en las murallas: No habiendo él dicho nada sobre dar la orden de abrir fuego contra el enemigo, al no ver peligro alguno sobre nosotros y al no existir forma alguna para escalar aquella muralla.

Se veía, que mi capitán no era de carrera; o por lo menos el espíritu castrense no lo tenía muy desarrollado en su Alma.

Lo malo fue, que me callé desde un principio no queriendo dar paradero alguno de dónde se encontraba mi capitán en aquellos momentos que nos estaban intentando asaltar nuestros enemigos.

Me reclutaron en unas dependencias, hasta que se pudiese comprobar todo lo que decía el informe de mi capitán; pues poco a poco se fue cayendo, como un castillo de naipes aquel informen hecho por mi capitán.

Por ser un aglomerado de tropas de todos los países, algunos soldados contaron la verdad de lo que se dio en aquel tiempo y hasta lo detallaban con señas y con nombres al decir que el capitán no había salido del bunker desde el primer día, siendo amonestado por ello; alegando los oficiales, que en el fuerte no había ningún bunker. Solamente había la sala de oficiales para su acomodo, no costando en el sumario del juicio que me formaron para nada, ni tampoco costó el sabernos en peligro; como dijo

alguno de los dos soldados que acompañaban al soldado de primera en su patrulla de vigilancia.

¿Qué es lo que estaba pasando?: Si nada de lo que decían aquellos aguerridos soldados constaba en acta en aquel juicio, hecho contra mí persona. Solamente constó, que yo había ordenado abrir fuego armamentístico contra un grupo de hombres que se habían arrimado a las murallas del fuerte militar, condenándome por dicha acción militar dentro del fuerte, cuando yo ejercía mi servicio con honradez: Pero así no lo vieron los oficiales que presidían aquel juicio, siendo yo trasladado a un destacamento de caballería, dentro de las órdenes militares.

No se encontraba aquel destacamento muy lejos de donde yo procedía; pues en pocas horas llegué en un camión que transportaba los suministros de víveres, como así el armamento al destacamento.

Me recibió un sargento de una gran fortaleza, ya que tenía un enorme cuerpo y poco cerebro, como pude observar en él; pero era todo él un manojo de nervios para mandar y ser atendido en sus órdenes.

No me recibió como yo me merecía; ya que allí parecía que quién mandaba era él; siendo un sargento sencillo y ni tan siquiera era sargento primero. Siendo lo primero que me dijo algo que me chocó.

SARGENTO -. Mi sargento mayor: Usted tiene que vestir de paisano y desarrollar su servicio en el pabellón de la remonta, donde están los sementales.

SARGENTO MAYOR -. Me agrada que usted, mi sargento, me haya recibido como merezco por mi rango y graduación.

SARGENTO -. ¿Qué graduación?. Aquí no hay más graduación que la mía.

SARGENTO MAYOR -. Se está usted, mi sargento, revelando contra un superior.

SARGENTO -. Le acabo decir: Que aquí quien mando soy yo.

No le dije nada y me fui a la centralita para poder hablar con mi oficial inmediato del recibimiento que me había hecho el sargento, diciéndome mi teniente; que hiciese caso al sargento, sino quería verme en apuros en aquel destacamento.

Pensé una vez más en mi licenciamiento, si acaso llegase pronto; ya que al parecer yo no hacía falta dentro de las filas de aquel ejército alemán. Pero mi licenciamiento no llegaba y yo tuve que armarme de valor para acometer mi servicio con rectitud y honradez una vez más, yéndome al pabellón de la remonta y allí comencé a vivir una vida como de ermitaño; ya que no salía de dicho pabellón para nada.

Tal era la penuria moral y económica en la que me vi sumergido, que cuando llegaba un soldado a donde yo me encontraba trayendo unas gavillas de pajas apenas me conocía, por haberme visto una sola vez; tratándome de tú a tú, al creer que era un soldado raso y nada más. Pero eso sí; todos llegaban con que “ha dicho el sargento” y con eso cubrían el expediente, al trasmitirme órdenes de aquel forzado hombre con poco cerebro y menos moral en su conciencia; ya que había a veces, que no daba las órdenes de palabras, ni tan siquiera escritas, solamente cogía del cuello al soldado para dirigirle donde él quería que estuviese aquel mozo de caballería. No estando ni medio conformes ninguno de aquellos soldados con los hechos del sargento.

No sé ni por qué, un día salió el sargento con una mano hinchada; creyendo todo el mundo de aquel destacamento que había sido por una orden dada a un soldado no de palabras, más bien al haberle indicado fuertemente la dirección que tenía que tomar el soldado para acometer su tarea, dentro de los servicios de aquel destacamento de caballería.

Yo decidí salir de donde me encontraba desde el primer día para poder ver al sargento y así saber el grado de enfermedad en el que estaba postrado al cabo de un buen tiempo, y al pasar por un lugar donde había unos cantos rodados, quise poner bien uno de ellos: Ya que estaba encima de una pared y parecía que se iba a caer en la cabeza de algunos de aquellos soldados. Pero fui avisado por un soldado, para que no tocara aquella especie de roca y la dejara en su sitio.

SOLDADO -. No toque usted, mi sargento mayor, dicha piedra.

SARGENTO MAYOR -. ¿Qué pasa soldado?.

SOLDADO -. Yo la quitaré de ese sitio, donde se encuentra.

Aquel soldado me había conocido, pese a que tal vez me había visto una sola vez y en poco tiempo; pues nada más que llegué al destacamento de caballería me encerré, por así decir, en el pabellón de la remonta, donde se encontraban los sementales de aquellas bestias de carga.

Pude observar que aquel soldado no la quería tocar, y cubriéndose la mano con un trapo la hizo caer de aquella pared a la piedra para después con la puntera de sus botas la medio enterró entre la tierra. No se quedó conforme aquel soldado con lo que había hecho, que cogiendo una pala la enterró del todo en la tierra; como para que nadie tocara a aquella piedra.

No me quedé conforme con lo que había visto; pues comencé a sospechar algo que no me gustaba nada, preguntando al soldado por la profesión que había tenido en su país, ya que al parecer no era alemán.

SARGENTO MAYOR -. ¿Qué profesión ha tenido usted, soldado?.



SOLDADO -. Estudié ciencias químicas en mi país.

Eché una vista más al montón de tierra donde había enterrado a aquella piedra el soldado, comprendiendo enseguida de qué se trataba; pues en mi tierra natal hay rocas que cuando las toca produce una especie de veneno como para hincharse las manos y tal vez nunca se te curaría sino lo hacen antes los sanitarios. Pero como allí no había sanitario alguno, el sargento siguió con su mal aspecto una mañana y con la mano dentro de un saco de esparto para que no le viese nadie dicha mano.

Poco a poco se le fue hinchado hasta la cara, hasta que por fin no podía andar ni hablar casi nada; debido a que el veneno se le había entrado en la sangre distribuyéndosele por todo su cuerpo.

Un día se me acercó el soldado que había estudiado ciencias químicas en su nación con la sola idea de hablar conmigo, o de que yo le alabase la acción que había hecho en su día. Y en vez de alabarle su acción, le recriminé su acto de poca moral y de poca hombría para con su sargento.

SARGENTO MAYOR -. No le puedo alabar su acto de cobardía que ha hecho en contra de la persona del sargento.

SOLDADO -. Usted, mi sargento mayor, verá descansar su Alma.

SARGENTO MAYOR -. Pero no mi espíritu.

Sin pensarlo me fui a la centralita de comunicación y llamé a mi teniente, con la sola idea de que mandase a un médico para poder curar al sargento, diciéndome mi teniente que tomase yo el mando como comandante en dicho destacamento; que me portase como un verdadero teniente del ejército alemán, y lo que de mí se esperaba era

que aquellas yeguas se quedasen fértiles para poder tener más bestias de carga. Cogí la indirecta que me había tirado mi teniente en forma de orden, cuadrándome delante del teléfono y pidiendo permiso a mi teniente para retirarme.

Me despojé de mi uniforme y salí al pueblo más cercano buscando un médico para ver si podía paliar tanto daño hecho en la persona del sargento. Como no nos mandaban un sanitario al destacamento de caballería, tuve que ir por mi cuenta con el poco dinero que tenía en los bolsillos para no incurrir en falta alguna.

Cuando llegué al pueblo lo primero que vi fue la cantina, un lugar bien concurrido; preguntando por el médico del pueblo e indicándome aquellos señores el paradero del médico, la calle y el número, yéndome en su busca sin falta de tiempo alguno. El sargento se encontraba muy malo, pero que muy malo y no se debía perder ningún tiempo en divagaciones algunas.

Cuando llegué a casa del médico le expliqué muy bien lo que pasaba, pero omitiendo detalle de cómo se había hecho aquella herida el sargento; ya que nosotros le vimos con la mano mala y no sabíamos cómo había sido.

MÉDICO -. Como usted comprende, yo estoy en guardia permanente al no existir otro compañero en el pueblo y no por falta de haberle reclamado.

SARGENTO MAYOR -. ¿Me quiere decir que no puede salir del pueblo?.

MÉDICO -. Para nada.

SARGENTO MAYOR -. Sirve usted a su patria al intentar curar al sargento.

Entonces fue cuando se le movió su voluntad y se despertó su sentido compatriota que tenía dentro de él metido; pues vi que cogió su maleta de botiquín y abriendo una estantería tomó unas inyecciones, que él creía pertinente por la explicación

que yo le había dado y sin falta de tiempo salió de casa sin decirme que le siguiese; pues él sabía que yo le iría a seguir en sus pasos.

No había más que senderos y caminos tortuosos en aquellos campos de muchos campesinos y de mucho trabajar en las labores agrícolas y ganaderas. Y pese a que él tenía en la puerta un jamelgo, no intentó ni tan siquiera ensillarle; cosa que a mí no me gustó nada, sospechando las dificultades adversas de aquellos caminos y senderos tortuosos donde los haya.

Me estaba dando cuenta, que aquellos senderos y algunos caminos, los menos, servían como punto de ataque, más bien de guerrillas a la resistencia; pues yo no llevaba conmigo ninguna confianza al respecto: Pues en cada recodo de aquellos senderos y pocos caminos veía un asaltante parándonos con idea de sacarnos todo lo que llevásemos encima los dos, el médico y yo; y cuando no, haciéndonos prisioneros por medio de un grupo terrorista.

Parecía que aquello no sucedía, solamente lo pensaba yo y poco a poco me fui calmando, se me acopló el modo de estar marchando por aquellos senderos más confiado en sí mismo. Pero cuando más confiado iba se nos hundió un puente a nuestros pies, no dejándonos proseguir nuestro camino.

Yo me toqué la correa por la parte de atrás y pude observar que llevaba la pistola de reglamento sujeta por dicha correa, envalentonándome un poco por aquel hallazgo, que al parecer podíamos repeler alguna agresión por algún tiempo.

Cuando más apuros estábamos pasando por ver que no podíamos seguir nuestro trayecto hacia el destacamento de remonta, aparecieron dos hombres con idea de ayudarnos, y poniendo unos troncos de árboles enormes que se crían por aquellos contornos pudimos pasar al otro lado, no sin pocos esfuerzos.

Cuando fui a dar las gracias a aquellos hombres, me pude dar cuenta de quién se trababan: Era el soldado de primera con un soldado, que habían salido en nuestra búsqueda, al poder contrastar que yo tardaba mucho en llegar al destacamento de remonta.

Y como el médico le daba recelos al saber que tenía que pasar por aquellos troncos, le ayudaron mis soldados cogiéndole de los brazos y haciéndole pasar, quisiera o no quisiera, por aquellos troncos a la otra parte del sendero.

Me pude dar cuenta que no estábamos muy lejos del destacamento de remonta; de modo, que pensé, y pensé muy bien, en el peligro que estábamos continuamente en aquel destacamento de remonta, en cuanto pude percibir de que en el resto del camino no había pasado nada y cuando nos aproximábamos al destacamento de remonta, fue cuando ya encontramos una incidencia en nuestro sendero. Y máxime cuando vi correr a dos hombres campo a través, una vez que habíamos pasado el puente y nuestro obstáculo fundamental en aquel trayecto de nuestro sendero.

Llegamos al destacamento de remonta a tiempo; queriendo decir que se encontraba vivo, todavía, el sargento, pero ya no podía hablar ni moverse: Tenía la cara totalmente desfigurada y bien hinchada, no se le veían los párpados de los ojos.

MÉDICO -. Ni en un hospital.

SARGENTO MAYOR -. ¿Qué ha querido decir usted, doctor?.

MÉDICO -. Éste hombre se encuentra muerto.

Yo veía que alguna parte de su cuerpo se movía, pero al decir verdad eran los estertóreos de la muerte; pues algunas personas se les mueven parte de sus órganos aún después de muertos.

Le hice acompañar por dos soldados al médico hasta su casa en el pueblo más cercano al destacamento de remonta; no sabiendo yo cómo enterrar al sargento y para ello llamé a mi teniente, una vez más.

SARGENTO MAYOR -. Mi teniente, le confirmo que el sargento ha muerto. ¿Qué hago, señor?.

TENIENTE -. Teniente, le quedo con mi capitán.

Al quedarme con mi capitán le transmití la muerte del sargento, diciéndome éste que le enterrase en el pueblo más cercano al destacamento de remonta, no existiendo mucho trayecto desde el fuerte militar a donde nosotros nos encontrábamos. Pero sí había una verdadera dificultad en el trayecto; ya que aquellos senderos se habían hecho para la guerrilla, por así decir. No obstante tuve que mandar el informe sellado y firmado de la defunción del sargento por el médico del pueblo junto con mi informe, mi firma y el sello del destacamento de remonta.

Pasaban en aquellos años de todo, y por pasar pasó que me comenzó a tratar de teniente mi teniente; pero todo no quedaba ahí, que mi capitán me trató de teniente, al no ser por la estrella que llevaba en el brazo como sargento mayor: ¡No sé yo!; no lo podía saber por estar lejos de mis mandos. Lo que sí hice fue el preocuparme por aquellos animales, para que montasen cada día a más y más yeguas, y así poder obtener más bestias de carga en el ejército alemán.

E hice bien; pues en pocos días me mandaron una manada de yeguas para ser cubiertas por los caballos de la remonta, y como yo me había preocupado en darlos mejor comida y en lavarlos de vez en cuando, salió a pedir de boca aquella petición que me hacían mis mandos, al respecto para que mis caballos diesen el dos de pecho.

Observé que en las cuadras había un número considerable de herraduras, mandando de vuelta a las yeguas bien herradas; para que pudiesen servir de carga, una vez pariesen sus potrillos.

Mal hecho; pues fue el detonante mayor para mandarme más y más bestias para que las herrásemos, no solamente para ser cubiertas por aquellos caballos, saliendo de allí aquellos animales bien preparados para que valiesen como bestias de carga.

Hasta hice que me admitiera la tropa y me hiciese caso en todo lo que yo les ordenaba; pues al parecer mis órdenes daban en la clave, yendo a más y mejor aquel destacamento de remonta.

Así estábamos, hasta que por fin me llamaron al cuartel general, que no era que estuviese en la Capital de Alemania dicho cuartel; era más bien un cuartel que regía toda aquella región, donde sus mandos dirigían todo aquel entramado de bosques y de selva.

Dentro del lado donde estaba sirviendo a la patria, teníamos muy buenas provisiones y mejores contactos en medio de antenas que nos servía para saber dónde estábamos en todo momento cada sección o cada pelotón de soldados.

Aquel regimiento no iba a ser menos; pues los medios de comunicación eran buenísimos pese a que se habían quedado desmembrados al terminar la segunda guerra mundial: Pudiendo observar en la tropa que ya hacían más caso a sus jefes y los obedecían en todas sus órdenes. Aquel ejército estaba siendo un compacto servicio militar al mando de una nación; que aunque dividida, se veía en la parte que yo estaba un orden y un quehacer extraordinario.

Las gentes trabajaban con ahínco para sacar a sus casas hacia delante y a su gentes la llevaban por buenos senderos de grata hermandad entre todos ellos: En fin, que trabajaban todos ellos con el mayor coraje del mundo para poder alzar de nuevo su

nación, o la parte que había quedado al margen de otro régimen que no fuese el de la nación alemana.

Me presenté al teniente, mandándome éste al capitán y al verme mi capitán no se quedó conforme, tal vez al observar en mi indumentaria algunas manchas más que menos y las botas poco limpias. Pero no; no fue eso lo que a mi capitán le sorprendió de mí, ya que sin yo esperar lo me dijo algo que me chocó mucho.

CAPITÁN -. Teniente; vaya a vestuario para que le den el uniforme adecuado a su rango.

SARGENTO MAYOR -. Con permiso de mi capitán: Mi rango es de sargento mayor.

CAPITÁN -. Póngase el traje de teniente y más tarde iremos a recoger su credencial.

No podía ser que hubiese ascendido a teniente; ya que no había pasado por la graduación de Suboficial Superior de la SS, o de Suboficial Mayor de la SS, ni siquiera como Subteniente. Veía que dicho ejército estaba bien dirigido; pues ya había una especie de credenciales para cuando se elevaba en categoría; no era como antaño, que te lo anunciaba el oficial superior con un – apúntese en comandancia-.

Salí de vestuario que no me conocía ni yo: Mi gorra de plato, mi uniforme de granito, por así decir, y mis ganas de servir al ejército que me daba de comer; pero eso sí, con ganas de licenciarme. Por eso nada más que volví a ver a mi capitán le pregunté algo que no le gustó.

TENIENTE -. Mi capitán: ¿Cuándo me voy a licenciar?.

CAPITÁN -. Cuando las ranas críen pelo.

TENIENTE -. Con perdón de mi capitán: ¿Cómo dice, mi capitán?.

CAPITÁN -. No puede uno pensar en licenciarse, cuando está ducho en el manejo de las armas o de la información. Éste ejército los necesita a todos ustedes para su completa consolidación.

Creo que fue impertinente mi pregunta hecha al capitán; ya que él tenía claro, según nuestros jefes, que todo soldado, fuese del rango que fuese, se necesitaba dentro de las filas de dicho ejército alemán.

Se estaba poniendo las bases para que dicho ejército fuese un bastión de buen manejo en las armas y en todos los frentes que se pudiese formar como ejército consolidado.

Recién estrenado mi traje de teniente, dentro del ejército alemán, me mandaron a Bonn, y ahora sí que me fui derecho a la embajada de mi país, España, para saber de mi familia un poco más; ya que yo sabía de ella por las cartas que mi mujer me mandaba, pero no eran suficientes para poder saber el alcance de cómo se encontraba mi familia.

Me ayudaron totalmente en la embajada española; todo lo contrario que me dijeron en el cuartel donde yo procedía. Y hasta me ayudaron a mandar un dinero a mi mujer para que pudiese comprar lo que ella necesitaba en ése preciso momento; y no solamente eso, que en poco tiempo tenía conmigo a mi mujer y a mi hijo.

Fueron días felices para mí, pero poco duró aquella felicidad de ensueño; ya que me mandaron a un regimiento cerca de la frontera ocupada, no sabiendo yo qué hacía allí, hasta que por fin se me ordenó la instalación de unas antenas en dicho lugar, pudiéndome dar cuenta de qué tarea iba a desarrollar allí.

No era fácil montar unas antenas en aquel lugar; pues apenas había rocas para anclar aquellas antenas enormes, y por otra parte las muchas escaramuzas que se daban



en aquella región: Que por ironía de la vida, era una región rocosa, aunque en la periferia de nuestro regimiento no existía roca alguna.

De una región bien abundante en vegetación, por eso de Selva negra de Bohemia, me llevaron a una región abundante en un pedregal.

Como mi familia había quedado en Bonn, yo me encontraba deprimido pero no daba sensación de ello; más bien hacía que estaba eufórico por poder servir con gallardía dentro del ejército alemán.

Alguna sorpresa recibí, cuando llegaron un grupo de militares de EEUU para poder saber si aquellas antenas se estaban montando a la perfección. Pero como aquellos señores llegaron sin uniforme alguno, yo me opuse a que viesan los planos del montaje de aquellas antenas.

TENIETE -. Sargento primero: Yo no he dado permiso para que unos súbditos puedan ver los planos del montaje de éstas antenas.

SARGENTO PRIMERO -. Mi teniente, con todo el respeto. No son súbditos, son militares de EEUU que han llegado para inspeccionar las antenas.

Tal vez sabrían más aquellos militares que los ingenieros encuadrados dentro del ejército alemán; pero me enardecí al no ver algún oficial nuestro acompañando a dichos militares. Pero con todo y eso, se me adelantó uno de aquellos militares con idea de hablarme o de saludarme y al no saber lo que me quería decir, me eché para atrás como queriendo defenderme de algo que yo no me esperaba.

OFICIAL -. Mi teniente. Nos han dejado venir solos a nosotros, al saber que está usted aquí en perfecto montaje de las antenas. Ya que usted es español; han creído que no hubiese ninguna clase de problemas para recibimos usted, mi teniente.

TENIENTE -. Así es; siempre que sean ustedes militares de la EEUU. Pa. . . Para. . . Eso. . . Eso ganó la guerra. ¿No he oído bien su rango?.

OFICIAL -. Soy Major de marines. Me acompañan un capitán y un teniente.

TENIENTE -. ¿Y por supuesto, de comunicaciones?.

MAJOR -. Usted, mi teniente, lo ha dicho: Somos oficiales de comunicaciones.

No me quedé conforme y me puse en contacto con mi capitán; diciéndome éste que el servicio de inspección estaba todavía en manos de los marines americanos, pero que poco a poco irían pasando todas las tareas encomendadas a la tropa al cargo del ejército alemán: Pues ya se estaba consolidando nuestro ejército. Que así fuese, pues ya era hora de que hiciésemos nosotros nuestros operativos militares.

Como yo había trabajado con soldados de marines, le alerté al sargento primero para que los tuviese siempre una botella de Whisky en la habitación, sobre todo por la noche; pero informándole que nos teníamos que retirar de dicho pabellón donde dormían ellos, comprendiendo mi sargento primero lo que yo le quería decir.

Así fue, pues se oía unas voces enormes, como así unas riñas monumentales entre ellos; y sobretodo cuando uno de aquellos marines había pedido una botella de Vodka, poniéndose ciego de alcohol. Pero con todo y eso hice buenas ligas, buenas amistades con ellos, al saberlos tratar y al serlos fiel en todo lo que ellos pedían para saber si aquellas antenas estaban siendo bien montadas; pero con todo y ello no debía abandonar mi acometida ni un solo momento.

Cuando se fueron los marines me quedé más tranquilo al saber que estaba con mi tropa, mis hombres; esos hombres que se me estaban haciendo a mi mano y a mi manera de mandar. Sabían ellos muy bien que yo los mandaba lo correcto y lo justo, no poniendo impedimento alguno, tanto mis soldados como mis jefes.

Claro que se terminó de montar aquellas antenas, pasando a ser un complejo de información para nuestro ejército en toda aquella región pedregosa. Y nada más terminamos montar aquellas antenas se me volvió a llamar otra vez en Bonn, dando saltos de alegría al saber que iba a ver nuevamente a mi mujer y a mi hijo.

Nada más llegué a Bonn, lo primero que hice después de recibir órdenes de mis jefes, fue ir a mi casa para poder estar con mi familia y al verme llegar por poco tiene mi mujer un ataque de nervios al no haberla dicho nada sobre mi llegada a la Capital de Alemania Occidental. Daba saltos de alegría; pero también retorció el cuerpo, como queriendo bailar una sevillana y encogiendo los dedos y cerrando las manos como lo hace una buena flamenca, con su cuerpo retorcido y las manos hacia abajo cerca de una pierna. Se veía que me quería mucho mi mujer; pues aquellos gestos tan expresivos que hacía no podían ser por otra cosa más que por la alegría que tenía metida en su Alma por verme una vez más con ella.

Me parecía que aquel destino militar iba a durar bastante tiempo, y a los hechos me refiero; ya que estábamos en el noveno mes de mi desplazamiento a mi nueva plaza y nadie me decía nada de un nuevo destino militar, como no fuese el ya dado a mi persona: Que era el acoplarme en Bonn y en la sociedad de aquel tiempo, para saber o poder averiguar las ideas de algunas personas.

Al ver mi mujer, Andrea, que yo no salía mucho de mi casa ésta comenzó a sospechar si a mí me pasase algo, o si acaso me habían expulsado del ejército alemán; así que me preguntó algo, que yo inmediatamente retorcí las formas.

MANUEL -. No te preocupes mujer; desde mañana saldremos todos los días: Unas veces al teatro y otras veces invitados por la sociedad.

Al decirle yo aquello a mi mujer, Andrea, ésta se me quedó mirando con cara de extrañeza: De dónde sacaríamos tanto dinero para ir y venir de un sitio a otro, si todo costaba mucho.

Aquello no la cuadraba a mi mujer, Andrea; el que saliésemos a divertirnos todos los días de la semana y del mes por las calles de Bonn y hasta en las grandes fiestas: Pero cuando ella lo vio, comenzó a creer en lo que yo la había dicho, que saldríamos todos los días para divertirnos entre aquella sociedad que había en aquel tiempo en la República Federal de Alemania, Bonn.

De sala en sala, de fiesta en fiesta íbamos todos los días y cuando no paseábamos por las calles de Bonn mi mujer, Andrea, y yo con el sólo motivo de saber que todo estaba en orden; o por lo menos aparentaba estarlo, que no era poco en aquellos tiempos.

ANDREA -. Manuel: ¿Dime que esto no nos está pasando?.

MANUEL -. Ya ves que sí.

ANDREA -. ¿Quién paga todo esto. . . Nuestras salidas cotidianas a las fiestas de alta sociedad?.

MANUEL -. ¿Lo vas a publicar?.

ANDREA -. ¡No!; no por Dios.

MANUEL-. Así me gusta.

ANDREA -. Confío en ti ciegamente.

Como nuestro hijo estaba estudiando interno en un colegio de Bonn, no se daba cuenta de la vida que traíamos su madre y yo; por lo tanto no podía decir nada a ningún condiscípulo suyo, ya que los chicos hablan de todo entre ellos.

Pero lo que sí se habló en aquellos tiempos, era que Alemania estaba tomando el pulso, una vez más, a la economía; debido al mucho trabajo de sus súbditos y al interés que ponían para reconstruir lo hecho polvo de sus casas. Se empezaron a ver unas avenidas preciosas, como nuevas que eran y con un estilo más acoplado a aquel tiempo en que sucedía todo esto. Hasta los uniformes eran nuevos y habían cambiado sustanciosamente en su ornamentación. Se volvió a ver armamento nuevo y por supuesto se creó un parque móvil con varios camiones y coches nuevos, para hacer frente a la movilidad de las tropas.

Había muchas incidencias y muchas opiniones encontradas en aquella sociedad, más bien era recelo por si se fuese a reorganizar una vez más la Waffen – SS; pero con todo y eso se depuró aquella sociedad con una manera nueva de pensar, haciendo que sus habitantes se reorganizasen y encuadrasen en un solo pensamiento: Trabajar, trabajar y trabajar; pues a las seis de la tarde no se veía a nadie en la calle.

Y sobre todo no tenía nadie que tener recelos por que se reorganizasen los viejos organismo de información, ya que existía el Bundeswehr desde 1.955 que acaparaba a dichos organismos dentro de la ALGEMEINE – SS: El nuevo sistema de información alemán.

En la medida que se podía yo me encontraba bien con mi mujer y mi hijo en la Capital de Alemania occidental; pues mi hijo sacaba buenas notas en el colegio donde yo le había formalizado su matrícula, ya que le habían reconocido algunas asignaturas de sus estudios y para INRI asistíamos a todas las fiestas de la buena sociedad.

Nunca me hubiese sospechado que yo me codease con la clase más alta de aquella sociedad, siendo para mí una burla todo aquello que me rodeaba; pues comprendía muy bien, que a mí no me correspondía estar en aquella sociedad un tanto esquiva por los acontecimientos que habían sucedido en su país. Pero mi servicio hice dentro de aquella sociedad un tanto decaída en sus valores al saberse ocupados por una potencia extranjera y máxime cuando parte de su nación estaba siendo ocupada por otra potencia extranjera, y ésta asentada en su territorio.

Yo me encontraba un poco cansado por asistir a tantas y tantas fiestas de pacotillas, por así decir; pues aquella buhonería no daba la talla que yo presentía, al saberse dirigidos por otras potencias. Pero como me dijo mi capitán: Que en poco tiempo seríamos autónomos en cuanto a nuestras decisiones, yo veía que así estaba siendo; ya que algunos tratados internacionales los hacía nuestro mismo gobierno.

En general ya estábamos organizados ó muy adelantados en dicha organización estatal; pues las órdenes procedían directamente del cuartel general y no se nos imponía desde ningún otro sitio que no fuese el procedimiento oficial dentro del ejército alemán.

Aquel conducto oficial que estaba teniendo desde hacía poco tiempo el ejército me aplacó un poco mi ser, al pensar que nos estábamos dirigiendo nosotros solos y no por medio de órdenes terceras.

Pero cuando más tranquilo estaba, me llegó la orden de mi licencia en el ejército alemán, no sabiendo yo qué hacer: Si volverme otra vez a mi patria, España, o quedarme en Alemania el resto de mi vida.

La pauta me la dio mi mujer, Andrea, que impregnada en su patriotismo quería volver a su pueblo, a España; donde se había criado y no quedarse en una nación desconocida para ella, aunque para mí era una nación querida por ser conocida de mi persona, por haber vivido en ella bastantes años de mi vida.

ANDREA -. Cuando arregles tu jubilación en el ejército, puedes hacer que te pasen el dinero a España; pues yo sé de alguien que lo ha hecho así.

MANUEL -. No te digo yo que no sea como tú dices.

ANDREA -. ¿Entonces?.

MANUEL -. Haré lo posible para que así sea.

Y claro que fue, pues en poco tiempo nos encontrábamos en nuestro pueblo mi mujer, mi hijo y yo, no sabiendo dónde iba a estudiar mi hijo; pues a parte que le reconocían los estudios adquiridos en Bonn por existir un convenio entre las dos naciones, España y Alemania, en aquellos tiempos tan avanzados a la era moderna donde estábamos viviendo. Mi hijo había cursado estudios a través de la embajada española en Alemania y por tanto se le fue reconocido el año que estudió en dicha nación.

En cuanto a cómo se me recibió en el pueblo, eso era harina de otro costal; pues al saber mi trayectoria dentro del ejército alemán, había muchas personas que no me lo perdonaban, no sabiendo yo cómo se habían enterado de que yo había estado en el manejo de las armas en el ejército alemán. Algunas personas de mi pueblo ni me saludaban al cruzarse conmigo: Parecía que yo estaba infectado de algo raro, o que era un completo deshecho de virtudes morales, según ellos.

Yo empleaba parte del dinero que me ingresaba el gobierno alemán para hacer alguna gracia delante de mis paisanos; pero ni con esas los tenía conformes para que yo estuviese viviendo en aquel pueblo.

Un día fui llamado por el secretario del Excelentísimo Ayuntamiento y vi el cielo abierto; pues le preguntaría por el amigo que yo tenía en aquel pueblo.

MANUEL -. Sabes, Andrea.

ANDREA -. Tú dirás.

MANUEL -. Me ha llamado el secretario del Excelentísimo Ayuntamiento.

ANDREA -. Mala cosa que lo haya hecho.

Sí, porque no era de buen augurio que me llamase el secretario, con idea de quererme decir algo personal; pero con todo y eso, allí que me fui para ver lo que me quería decir aquel hombre.

Nada más que me vio me saludó muy cortésmente, como si no me hubiese ido del pueblo nunca, y como si me hubiese hablado el día anterior.

SECRETARIO -. Me alegra volverle a ver, Manuel.

Yo me quedé pensando quién sería dicho Manuel; pues de tantos nombres como había tenido yo no sabía muy bien cómo me llamaba. Hasta mi mujer sospechaba si ése nombre no fuese el definitivo, y menos mal que vio la partida de nacimiento mía un día que me hizo falta sacarla para hacer unas gestiones, pidiéndomela en todos los sitios donde yo estaba para saber que había nacido.

SECRETARIO -. ¡Manuel!.

Me volvió a nombrar el secretario con idea de que le escuchase, y yo no bajaba de donde estaba; más bien me encontraba en las nubes flotando en un manto blanco y extenso. Hasta que bajé, mentalmente, a tierra contestando a su pregunta.



MANUEL -. ¿Dígame usted, señor?.

SECRETARIO -. Es un poco arduo lo que le voy a decir.

MANUEL -. Dígamelo usted.

SECRETARIO -. Se están impacientando un número considerable de paisanos en el pueblo por tenerle a usted aquí.

MANUEL -. No hay problema en ello. Pienso irme a Madrid al terminar el verano para que estudie mi hijo.

SECRETARIO -. Sí, su hijo Manuel es un chico muy listo; sacará la carrera que él quiera.

Hubo un lapso de tiempo en que allí no se hablaba nada, y eso que el secretario me quería tirar de la lengua; tal vez sería para saber algo de mí, de mi paso por el ejército alemán, pero no.

No fue así; pues con los ojos me quería sonsacar alguna conversación que yo supiese, o por lo menos me quería hacer que yo preguntase por algo o por alguien conocido de mí. Aquello sí era verdad; ya que poco a poco le fui introduciendo en el tiempo que yo había vivido en el pueblo, siendo ya un hombre de pelo en pecho, y él se metió en la conversación afirmando todo lo que yo le decía.

Hubo un momento en que volvimos a cortar toda clase de conversación, esperando el secretario algo más de mí; pero como lo que él esperaba no llegaba, me comenzó hablar de alguien en concreto.

SECRETARIO -. Merino.

MANUEL -. ¡AH!, sí: ¿Qué es de él?.

Volvió hacer huso de su mutismo no diciéndome nada al respecto; pues bien sabía él que no me había olvidado, así como así, de Merino: Mi buen amigo entrañable del Alma. Pero como el secretario no sabía muy bien quien era Merino me quería sonsacar toda la información que yo tuviese de dicho señor; aunque un día había estado presente delante de tanto uniforme y gorro de punta. Tal vez no se creía que Merino fuese el señor que habían estado curando un día de aquel año que llegó a nuestro pueblo, para intentar sonsacarme la verdad; pero dando un giro a su pregunta, le quedé al secretario como despistado.

MANUEL -. Merino es una persona fiel y noble.

SECRETARIO -. Le ha quedado a usted por decir, que era decente también.

Me quedé mirándole a los ojos al secretario del Excelentísimo Ayuntamiento para saber si aquello lo estaba diciendo de verdad, viendo en su mirada un atisbo de sarcasmo como que aquello que él decía no era cierto; más bien era todo lo contrario de lo que él decía en ése preciso momento.

MANUEL -. ¿Qué tiene que decir usted de Merino?.

SECRETARIO -. Le conocí muy poco. Quien más trató con él fue usted: Por lo tanto usted me tiene que informar a mí de la conducta moral de ése hombre.

MANUEL -. ¡Ése señor!.

SECRETARIO -. Como usted diga.

MANUEL -. Pues claro que sí.

Me había enfadado el secretario, no diciéndole nada al respecto de mi amigo Merino; pues a parte para mí era un hombre afable y bondadoso donde los haya, sin querer decírselo al secretario para nada.

Como me vio un poco remiso y parco en mi conversación, quiso llevarla por otro derrotero que no fuese atacar a mi amigo Merino; tal vez sabiendo los lazos tan fuertes de amistad que me unían con mi amigo Merino.

SECRETARIO -. Le vuelvo a decir: Merino.

MANUEL -. No sé dónde se encuentra.

SECRETARIO -. Merino.

MANUEL -. Le digo que no sé dónde se encuentra. Pero sí le digo, que nada más pueda le iré a buscar.

SECRETARIO -. Va a ser imposible.

Al decirme aquello el secretario, yo me quedé pensando en la posibilidad si le hubiese pasado algo a mi amigo Merino, y sin término de darle réplica le volví a preguntar por mi amigo Merino.

MANUEL -. ¿Por qué imposible?.

SECRETARIO -. Está muerto.

MANUEL -. ¿Qué tumba es la suya?.

SECRETARIO -. Ha sido enterrado en un pueblecito de la provincia de Toledo; aunque algunos señores apuntaban que era en la provincia de Cuenca.

MANUEL -. ¿Pero?.

SECRETARIO -. Más bien nos ajustamos que sea en la provincia de Toledo.

El Führer, Adolf Hitler estaba enterrado en un pueblecito, al parecer, de la provincia de Toledo; produciéndome aquella información un sobrecogimiento de músculos y hasta de corazón: Pues el que conoció a Hitler no le olvida tan fácilmente, al tener una mirada de Águila Imperial: Habiéndosele metido aquella mirada en lo más profundo de su ser.

Me levanté de la silla donde yo estaba sentado y sin despedirme del secretario intenté salir de secretaria y cuando estaba en la misma puerta, el secretario me hizo otra pregunta al respecto.

SECRETARIO -. ¿Ése señor era quien se decía que debía ser?.

Ante la duda, yo me encogí de hombros como dando a entender que ni yo mismo los sabía, no afirmándolo con la boca de que tal vez no sería quien se decía que era, para que no hiciesen experimentaciones con su cadáver.

Mi idea era clara; ya que la historia sería contundente con él y hablaría de todo, y tal vez se envalentonasen al oír tantas adversidades, estudiándole los científicos una vez muerto.

Me fui con el Alma un poco decaída a mi casa, notándomelo mi mujer y preguntando por aquel estado de ánimo con el que yo había llegado a mi hogar.

ANDREA -. Te veo triste: ¿Qué te pasa?.

MANUEL -. Hitler ha muerto.

ANDREA -. ¿Cuándo?.

MANUEL -. Al parecer hace ya tiempo.

Mi mujer no dijo, lo siento; nadie lo decía, y no iba a ser ella menos: Tampoco lo dije yo al acordarme del tiempo pasado; pero un agobio me invadía toda mi Alma, como si un familiar mío hubiese muerto.

Y por aquello de que uno tiene Alma y Espíritu; salió de dentro de mí ese Espíritu bueno, yéndome a la Iglesia de mi pueblo para rezar un Ave María por el Espíritu de mi amigo Merino, que no por el militar que fue éste.

No hacía mucho tiempo que yo me encontraba en mi casa cuando llegó un ganadero con un queso que elevaba el Espíritu a todo el que lo probaba; y miren ustedes por donde, había alguna persona que yo les caía bien: No era como el secretario del Excmo. Ayuntamiento me lo había descrito, así que dicho acto me dio valía para seguir por un cierto tiempo más en mi pueblo.

Pero eso sí, al terminar el verano nos teníamos que desplazar a Madrid para vivir en dicha Ciudad por motivos que yo había trasladado la matrícula de los estudios de mi hijo Manuel a la Capital de España.

Así que yo le dejaba estar a sus anchas a mi hijo con sus amigos, acudiendo tarde a casa por ser el periodo veraniego, cuando más se quiere estar al fresco de la noche y hablando con los amigos a la luz de las estrellas: Ése Cielo tan sublime como se ve desde mi pueblo.

Al terminar el verano nos fuimos para vivir en Madrid, instalando nuestro hogar en un piso cerca de la Castellana, en la calle Hermosilla; pues en pocos minutos estábamos, con el autobús, en la Puerta del Sol.

Mi hijo comenzó a tomar clases en la facultad, yendo un autobús derecho a la Ciudad Universitaria como se llamaría más tarde; pero que en estos tiempos que estamos narrando los hechos existían unos edificios sirviendo como facultades.

Yo daba unos paseos largos por las calles madrileñas, y un día me senté en unos bancos que hay bordeando todo el Museo Botánico en el paseo del Prado; cuando pude ver que un señor se sentó cerca de mí como si me quisiera decir algo: Y claro que me lo dijo, me dijo una cosa que me sorprendió un poco.

SEÑOR -. Teniente.

MANUEL -. ¿Se refiere a mí?.

Y dándome la contraseña siguió hablándome de algo que yo no entendía muy bien; pero que comprendía a la suma perfección.

SEÑOR -. Soy coronel, encuadrado en las filas del ejército alemán.

TENIENTE -. Usted dirá, mi coronel.

CORONEL -. Eso está mejor. Deseamos que pase usted el fin de semana en una fiesta de sociedad en Bonn.

TENIENTE -. ¿Y eso; mi coronel?.

CORONEL -. Se nota que hace ya tiempo que dejó servir en el ejército alemán.

TENIENTE -. ¿Por qué se nota, mi coronel?.

CORONEL -. Por la manera que tiene usted de contestar, de dirigirse a un oficial de rango superior.

Tenía razón mi coronel; yo no debía haberle respondido de esa manera tan fría como lo hacía, pero el tiempo borra toda clase de fórmulas y pensamientos a las persona, como para que ésta no se acuerde absolutamente de nada. Pero lo cierto fue que me encontré aquel fin de semana en Bonn asistiendo a una fiesta.

Me pusieron un traje negro con una pajarita al cuello, que parecía un pingüino debido a que el chaqué me colgaba bastante, teniendo unos flecos en mis muslos como si fuesen dos aletas que no podía yo moverlas por sí mismo.

Pero el servicio fundamental al que fui hacer en aquella fiesta lo acometí con suma dignidad y empleo en mi persona; ya que mientras más trascurría el tiempo en la fiesta, yo veía que allí se cocía algo raro. No podía bajar la guardia, dando con el verdadero meollo de la cuestión en la persona de un coronel de la reserva militar, al que habían apartado por su manera de pensar.

Aquel coronel estaba buscando adeptos a su causa en aquella fiesta; hasta se atrevió acercarse a un general, hablándole en son de amistad perdurable en el tiempo.

CORONEL -. General.

GENERAL -. Coronel. Ni siquiera me inmuto al saber para lo que vienes a mí.

CORONEL -. Hemos sido compañeros de arma durante muchos años; teniendo tú la suerte de haber sido elegido general y yo haberme quedado en coronel.

GENERAL -. Nadie tiene la culpa de ello. Piensa un poco y darás con la clave del por qué no has ascendido a general.

CORONEL -. ¿Mis inquietudes, tal vez?.

GENERAL -. Tal vez.

Así hablaban un general y un coronel entre ellos, no describiéndoles lo que dijeron más tarde entre los dos, por ser parte del sumario en el expediente que se le formó al coronel disidente.

Aquel día alcancé tal éxito en mis pesquisas de vigilancia entre la clase alta que se comenzó hablar de mí en toda la cúpula militar en el ejército alemán.

Hubo otros días como el primero; pues se me llevaba y traía como si fuese una marioneta de teatro de un sitio a otro dentro de la clase alta y de los jefes militares: Allí donde ellos formaban una fiesta, allí me encontraba yo, y no en todas para no dar sospecha alguna de que yo era una pega dentro de esa fiesta.

Me hacían alternar una fiesta con otra; unas veces iba a Bonn y otras a otra Ciudad, aunque en Bonn estuviesen haciendo su fiesta aquellas personas. Pero así nadie sospecharía de mí, nadie sabría que yo era un títere de la fiesta.

Hasta que un día fui llamado al Cuartel General con motivo de que mi licencia no había sido tramitada por falta de algún impreso que no constaba en ella.

CAPITÁN -. Mi teniente, haga usted el favor de uniformarse.

Ahora sí que estaba cogido por todos los medios; al reengancharme una vez más en el ejército alemán. Si una vez me licenciaron cuando supieron que ya podían reencuadrarse solos, ahora me reclamaban por mis méritos personales.

Yo buscaba otra coyuntura para que por una vez me licenciasen del ejército alemán; pues yo me debía a mi familia, aparte que ya tenía mi edad considerable para quedarme en mi casa.

Pero como allí no había distinción de edad si valías para lo que ellos te ordenasen, o por lo menos no sabían de edad aquellos jefes; me tuve que quedar en ejército alemán, encuadrado en sus filas.

Hasta un día recibí órdenes de Comandancia para que encuadrase el estadillo de un cuartel, dentro de la Selva de Bohemia, sin poder salir de el para nada; como no fuese en servicio de vigilancia dentro de aquellos bosques, donde ni la luz del Sol penetraba en la tierra.



Allí estuve poco tiempo, ya que se me encomendó la tarea pastoral con un pelotón de soldados en aquellos bosques.

CAPITÁN -. Ha llegado un oficio de comandancia ordenándole a usted para que elija un pelotón de soldados, para pastorear en una granja un poco retirada de éste emplazamiento militar.

TENIENTE -. ¿Mi acometida será otra, que pastorear un ganado?.

CAPITÁN -. Por supuesto, teniente. Será entablar amistad con los grupos que hay en dicha zona, avituallando al ejército ocupante.

No nombró el color que se la asignaba a dicho ejército por parte nuestra; teniendo mi capitán una deferencia con aquellos aguerridos soldados, que tan sólo hacían lo que les mandaban sus jefes militares.

Tomé posesión de una granja, que previamente me tenían asignada; con su buena patrona y su buen hacer en la cocina, al igual que su marido que no hacía más que trabajar todo el día de Sol a Sol.

Lo primero que ordené a mis hombres fue el adecentar aquella cabaña para que nos sirviese de casa, y acondicionar todas sus dependencias al modo militar; pero con un toque femenino, para que no se diese cuenta nadie si entraba en dicho habitáculo.

Yo no sabía muy bien lo que hacía el marido de nuestra patrona; pues aquella matrona no se movía de casa, teniéndonos la comida siempre a punto y barriendo las habitaciones y fregándolas: Por lo tanto sí sabía lo que hacía aquella mujer. ¿Pero y su marido?; si yo no le veía en todo el día por más monte y terreno que anduviese. Por lo tanto tenía que saber lo que hacía aquel señor todo el día perdido en aquellos bosques tan frondosos.

Para saber algo del marido de aquella matrona, tendría que andarme todos los días un buen terreno a pie; para poder dar con él o saber sus quehaceres.

Sospesé muy bien el pro y el contra no queriendo dejar a la tropa sola; pero sin saber las tareas que se encomendaba todos los días aquel señor, yo no dormía bien: Más bien dormía con un ojo abierto y el otro cerrado como se suele decir.

Por más terreno que andaba, nunca daba con aquel señor; estando yo olvidando mi acometida; pero alerté a mis soldados para que si ellos podían lo hiciesen: Hiciesen amistades con las gentes de aquel terreno.

SOLDADO -. Mi teniente. Yo ya he hecho amistad con una chica de una casa agrícola que hay cerca de nosotros.

TENIENTE -. Así se empieza; siga usted, soldado. Ya veremos qué sacamos de ése encuentro.

Sí, porque del mío no sacaba nadie nada; al no haber podido hacer amistad con nadie de la comarca o fuera de ella si se podía. Hasta que un día tuve que ayudar a un granjero a desatascar su carro; pues se le había atascado una rueda con un tronco de árbol caído en plena senda.

Empleé todo mi esfuerzos para conseguir sacar la rueda de aquel granjero de donde se le había entrado y al conseguirlo, éste me daba toda clase de gracias a su manera. Y hasta entendí que fuese a su cabaña para agasajarme en ella: Cosa que hice a las mis maravillas.

Era una cabaña similar a la nuestra; pues allí se daba la misma construcción en todas las cabañas, por lo tanto yo sabía la distribución de todas las habitaciones de aquel habitáculo tan original y a la vez tan sencillo.

Nada más entrar en aquella cabaña se me ocurrió mirar hacia adentro de una habitación viendo a una joven tendida en un camastro; pues al parecer tenía bronquitis y no sabían cómo atajar tanto daño en su hija.

Pasé allí un tiempo prudencial y despidiéndome de aquellos señores, mujer, marido, hijo e hija, me fui a mi cabaña con la sola idea de saber si teníamos algún medicamento para curar la bronquitis.

Como aquel pelotón constaba de soldados especializados, cada uno en su oficio; me dirigí a la tropa con el sentido de que yo había hecho amistad con unos habitantes de otra cabaña, cercana a la nuestra. ¡Por algo se empezaba!

Uno de mis soldados buscó en el botiquín sacando un jarabe y un frasco de pastilla con la sola idea de que yo se lo suministrara a la enferma.

SOLDADO -. ¿En qué situación se encuentra?.

TENIENTE-. La vi acostada en un camastro, no pudiendo acercarme a ella.

SOLDADO -. Puede ser que sea bronquitis aguda; en tal caso la tengo que dispensar otras clases de pastillas.

TENIENTE -. Venga usted conmigo mañana; así se dará cuenta del grado en el que está la enferma. Su enferma.

SOLDADO-. Pues sí: Desde ahora es mi enferma.

Aquel soldado había tomado conciencia de su paciente, cosa que me gustó mucho; pues aquella familia tendría más familias en otras granjas o así algunos conocidos suyos que los pudiese visitar con el padre de familia de aquella granja.

Pero cuando llegamos el soldado y yo a la cabaña de la enferma se encontraba allí toda su familia; la familia de otras granjas y aparte algunos conocidos suyos.

Aquello era bueno; pues se me estaba allanando el camino para poder saber de las personas que vivían en varias granjas a la vez.

El soldado estuvo curando a la enferma viendo el grado de enfermedad que tenía aquella chica, y al parecer se la tenía que inyectar antibióticos urgentemente; para ello lo pedimos al cuartel donde dependíamos nosotros, llegando un soldado con dicho antibióticos a los dos días.

No había tiempo que perder y nos fuimos el soldado y yo a la granja de la enferma inyectándole el soldado una ampolla de antibióticos, y así lo repitió durante una semana poniéndose buena, o por lo menos bastante mejor aquella chica.

Los agradecimientos fueron enormes; pues al son de haber curado a la hija de aquel granjero, éste organizó una fiesta en nuestro nombre para agasajarnos con parte de sus viandas y sus bebidas, como así estrechar lazos de amistad entre nosotros. Cosa que era lo que yo estaba queriendo: Hacer amistad con todos los granjeros de aquella región.

Entre dimes y diretes, como así algunos ¡vivas!; se nos agasajó aquel día de fiesta para todos nosotros, no habiendo parangón en la historia lo honrados que estaban todas aquellas gentes al tenernos con ellos.

Yo me retiré a las afueras de la granja, sentándome en un poyo que tenían en la puerta de la cabaña hecho de mampostería. No permanecí allí sólo mucho tiempo; pues en unos momentos se presentó la chica de aquellos granjeros para darme las gracias.

CHICA -. Le tengo que dar las gracias por haberme curado.

TENIENTE -. Ha sido otro hombre el que la ha curado, no yo.

CHICA -. Pero usted es el padre de todos ellos: ¿Verdad?.

TENIENTE -. Una cosa así.

No sabía qué contestarla y la contesté con una afirmación, sin saber el grado de compromiso que me traería con mis soldados por parte de aquellos granjeros.

Pero como todos íbamos de paisanos, parecíamos una verdadera familia a la vez; no sabiendo yo si nombrarlos a cada uno de mis soldados o callarme sin abrir la boca para nada, hasta que no supiese las andanzas de mi granjero.

Al entrarse la chica en la cabaña yo comencé a oír una conversación entre dos hombres, dándome la vuelta a toda la manzana de aquella cabaña, viendo a mi granjero hablar con uno de aquellos hombres que estaban invitados a la fiesta.

No sabía qué quería vender mi granjero a aquel hombre; pues a parte que le parecía caro, no le hacía mucha gracia comprar lo que mi granjero quería venderle.

Pero en los gestos de aquel hombre, el que había sido invitado a la fiesta, pude ver que se trataba de algún armamento para la caza, y al poner oído supe que mi granjero quería venderle a aquel señor parte del armamento que nosotros teníamos dentro de la cabaña.

¡Estaba bien!: Pues en parte, no habíamos hecho nada, si aquello se difundía entre los granjeros de aquella comarca; al saber ellos que en la cabaña de nuestro granjero había mucho armamento militar.

Aquel hombre, había andado lo suyo para distribuir las armas que nosotros teníamos para nuestra defensa corporal, y ahora se las quería vender a aquel buen hombre, a un granjero que nada sabía del manejo de aquellas armas; por lo tanto desistía aquel hombre comprar las armas a nuestro granjero. Pero eso sí: Toda la comarca estaría enterada de que en su cabaña existían tal armamento militar.

No dije nada a ninguno de mis soldados, esperando para que llegase nuestro granjero a la cabaña y poderle hablar de sus pesquisas sobre la venta de nuestras armas; y sobretodo, dónde las había querido colocar.

Esperé a que saliese a las afueras de la cabaña el granjero para seguirle los pasos y poder hablar con él sobre la venta de nuestras armas. Y una vez que lo hizo, me fui derecho hacía donde se encontraba éste.

GRAJERO -. Parece que me sigue usted.

TENIENTE -. No se confunde.

GRANJERO -. ¿Me quiere decir alguna cosa?.

TENIENTE -. ¿A quién ha intentado vender usted las armas?.

GRANJERO -. Yo. . . A nadie.

Aquella pregunta que formalicé a nuestro granjero era fundamental, para saber nuestra trayectoria en aquella granja; pues si solamente las había ofrecido a aquellos granjeros, no era mala cosa ya que entonces eran gentes pacíficas, no queriendo meterse en nada. Insistí para que me dijese dónde había intentado colocar nuestras armas y a los tres intentos me dijo, que solamente se lo había dicho a los granjeros que él conocía.

Al saber aquello me fui derecho al soldado de transmisiones, dándole una nota como que aquellas gentes eran pacíficas y bondadosas; pero que ya sabían ellos la existencias de las armas que teníamos en la granja.

La contestación fue inminente desde Comandancia: Seguir en la misma granja redoblando la guardia. Para ello nombré varios turnos de guardia, tocando a algunos de mis soldados hasta dos guardias al día, ya que éramos solamente un pelotón de soldados, no cubriendo el resto de las horas de la noche con haber hecho una guardia en el día; así que me tuve que meter yo mismo en el cuadro de las guardias para no quedar agotado a ninguno de mis soldados: Pues a parte de ser aguerridos soldados, eran personas de estudios como pude comprobar.

Pese a mi edad, yo hacía la guardia también como los demás soldados; sin cansarme para nada y sin ninguna clase de quejas. Y aunque no había descansado de una guardia, cuando me tocaba la siguiente la ejecutaba con el agrado del que sabe ser fiel a sus servicios.

Con todo y eso yo no estaba conforme con el cuadro de los servicios de guardia, saliendo yo mismo a dar una vuelta, de vez encunado, para ver cómo estaba aquel terreno en sus proximidades, y así poder observar a la guardia en el ejercicio de sus funciones: Si cumplían bien sus tareas aquellos soldados, pudiendo darme cuenta que lo hacían con suma conciencia de saberse ser soldados encuadrados en un ejército y no un grupo de amigos.

Y para congratularme con aquellas gentes agrícola y ganadera, un día me fui a la granja donde habíamos curado a la hija de aquellos granjeros, y al verme llegar a su cabaña se pusieron todos ellos muy contentos.

GRANJERO -. ¿Qué le trae por aquí, teniente?.

Lo malo no era que supiesen aquellos granjero que yo era teniente; lo malo sería si sobrepasase aquella información la frontera, al lado ocupado de Alemania: Por lo tanto tenía que dar cuenta a Comandancia de que ya se sabía que éramos un pelotón de soldaos, todos nosotros.

TENIENTE -. He venido para saber cómo se encuentra su hija, y si ya no tiene secuela de su enfermedad.

GRANJERO -. Eso se lo ha dicho el médico que ustedes tienen: ¡Vamos!, que lo pregunte de esa manera.

TENIENTE -. Dicho señor, quiere saber si su hija necesita alguna otra medicina para su cuidado personal.

Me dio un no por respuesta, quedándome yo más tranquilo; y al notarme dicho estado de ánimo aquel señor me quiso agasajar con un vaso de una bebida alcohólica que ellos hacían.

GRANJERO -. Tenga teniente, brinde conmigo.

TENIENTE -. Que no le siente a usted mal si no tomo su bebida; es que me encuentro mal en estos días y estoy tomando medicina: No pudiendo tomar ninguna clase de alcohol por dicha causa.

GRANJERO -. ¿Qué le pasa a usted?.

TENIENTE -. Un constipado fuerte que tengo, y no expectoro.

Aquel granjero se fue a un rincón de la cabaña cogiendo un frasco de un líquido un tanto opaco, como de color topacio, para verter luego un poco de aquel líquido en una cuchara y ofreciéndomela me decía que con aquello me curaba.

Pues yo sentí al poco tiempo una especie de calor con una mejoría en mi constipado; ya que por lo menos comencé a toser con ansias, y al verme así el granjero me dijo algo que me sobrecogió.

GRANJERO -. Ahora el que tiene que venir aquí todos los días es usted, si quiere curarse de su constipado.



Me dio un poco de aquel líquido en un pequeño frasco para que me lo tomase por la noche y no dejase ir a su cabaña para que él me proporcionase parte de aquel líquido, que según él era curativo para el constipado.

Así estábamos haciendo unas amistades muy buenas entre los granjeros y nosotros; a parte que nos ayudábamos los unos a los otros, pero sin tener claro las intenciones de éstos, o de parte de alguno de ellos.

A los pocos días me encontraba mejor de mi constipado, hasta el punto que yo creía se me había curado del todo, y así era.

Y para lavar el desagravio que le hice al padre de aquella chica, un día cogí varias cervezas negras yéndome a la granja de aquel señor para poder tomarnos dichas cervezas y cuando se hubieron terminado las cervezas que yo llevé, aquel señor se dirigió a un baúl que existía cerca de una pared de aquella cabaña sacando más cerveza negra.

GRANJERO -. No es por hacerle de menos; pero en ésta región hay mucha cerveza negra.

TENIENTE -. Y está muy buena.

GRANJERO -. Me alegra que le guste; pues a la próxima semana se celebra una fiesta en honor de la cerveza negra en un pueblecito cerca de dónde nos encontramos. Me sentiría honrado si usted asistiese a dicha fiesta.

TENIENTE -. No sé. Quiero decir que mis funciones en mi ejercicio de sentirme ser el padre de todos ellos no me lo permite.

GRANJERO -. ¡Ya!

Aquel “ya” lo dijo el granjero con un tono de incredibilidad en mis palabras; pues ellos sabían éramos militares todos nosotros.

Al parecer había un cofre pequeño debajo de una manta, y cogiéndole aquel granjero me lo puso encima de la mesa con idea de que yo le abriese. No queriendo abrir yo aquel cofre por si me tenía que responsabilizar en algo.

Y desde luego sí me tenía que responsabilizar en algo o en parte o en mucho; ya que según el granjero eran las medallas que ostentaba el Führer (líder) en su vida, y al parecer eran muy parecidas aquellas medallas a las que llevaba Hitler en todos los actos de representación que hacía de vez en cuando dicho mandamás.

No sabía qué hacer con aquellas medallas; ya que quien las poseía era el granjero por ahora; pero como me vio remiso para coger aquellas medallas, aquel granjero me instó para que lo hiciese.

GRANJERO -. No tenga reparos y vea una a una, dichas medallas.

Con un poco de timidez fui acercándome al cofre y con no menos recelos fui metiendo la mano, poco a poco, en aquel cofre; que al parecer contenían las medallas que el Führer había llevado en vida, según aquel granjero.

TENIENTE -. Pues son de oro la mayoría; hay algunas de plata, pero con la alegoría de un buen presente, ya que en todas ellas se ve las victorias obtenidas en todos los frentes.

GRANJERO -. ¡Pues claro, señor!.

No sabía yo de dónde precederían aquellas medallas; sí sabía que las había llevado el Führer puestas en su uniforme, pero no de dónde podían haber llegado a

manos de aquel granjero: Por lo tanto no podía pasarme de listo y estar incurriendo en algún delito más, por no saber su procedencia.

Las deposité en el cofre cerrando éste con sumo cuidado, para que aquellas medallas no se desperfectonasen si eran las mismas medallas que había llevado el Führer en su uniforme.

GRANJERO -. No señor. Puede usted quedárselas.

TENIENTE -. Mire usted, que yo las tengo que mandar a Comandancia para que las revisen, como medallas de Hitler.

GRANJERO -. ¿Y se quedarán con ellas?.

TENIENTE -. Es lo más normal: Pertenece al ejército alemán.

No puso impedimento alguno aquel granjero para que yo me llevase las medallas, junto con el cofre a la cabaña donde estábamos viviendo el pelotón de soldados y yo.

Le di una nota al soldado encargado de las transmisiones para que mandase lo que yo decía en ella a Comandancia, y así fue. En pocos días teníamos allí a un comandante, con un teniente y varios soldados del ejército alemán, para poder observar si aquellas medallas eran las originales que había ostentado el Führer en su vida militar.

El comandante, una vez que había visto las medallas hizo un gesto con la cabeza como si aquellas medallas fuesen legítimas. Y para no alargar más aquella escena que me estaba haciendo mi comandante, me preguntó, una vez más, por su procedencia.

COMANDANTE -. Teniente: ¿Quién dice usted que las tenía?.

TENIENTE -. Un granjero de aquí cerca.

COMANDANTE -. No hay que preguntarle nada; pues es contraproducente hacerlo, se vería mal tal hecho: De que las medallas del Führer estén esparcidas por todo el Estado de Alemania.

No pregunté más a mi comandante, pues al parecer aquellas medallas eran las verdaderas insignias que tenía el Führer en su uniforme: Lo único, que había que preguntarse, por qué las tenía aquel granjero en su poder, y no habían permanecido guardadas por el ejército alemán.

Una vez se fueron los militares que habían llegado para ver las medallas y poder contactar la realidad de la forma, yo me fui derecho a la granja de aquel señor que me había proporcionado las medallas, para saber más de ellas.

Cuando llegué a la cabaña de aquel granjero no se encontraba allí; pero sí se encontraba su mujer y su hija. Apenas hablé con ellas dos palabras, y cuando me iba a despedir de las dos personas que habitaban aquella cabaña, la mujer del granjero susurró algo que me hizo desistir en mi retirada.

GRANJERA -. Éramos los asistentes del Führer.

TENIENTE -. ¿Cómo dice, señora?.

GRANJERA -. Asistíamos en las dependencias del Führer.

Me quedé pensando un momento, para en un tiempo prudencial replicar algo que ella también sabía.

TENIENTE -. Yo me encontraba allí aquel día fatídico.

GRANJERA -. Ya lo sé.

Me la quedé mirando a los ojos para echarla una mirada más profunda a la cara; y al parecer sí era dicha señora la que asistía en las dependencias del fúher, ya con más años y más arrugas.

¡Qué pequeño es el Mundo!: En cualquier lado existen gentes que te han visto o te conocen; por lo tanto aquella señora decía la verdad, pero no me decía los hechos que a mí me interesaban.

TENIENTE -. ¿Cómo cogieron ustedes ésas medallas?.

GRANJERA -. Usted lo ha dicho: Fatídico día.

TENIENTE -. Nadie veía nada, ¿verdad?.

Solamente me hizo una inclinación de cabeza afirmándome lo que la había dicho, y después de saber que no necesitaban nada la madre y la hija me fui a mi cabaña con el sólo propósito de redoblar, todavía más, la guardia en los alrededores de aquella cabaña.

No me confundí; pues una noche oí como lamentos de un soldado de la guardia saliendo afuera de la cabaña y viendo que un hombre tenía cogido del cuello a uno de mis soldados.

Yo me dirigí rápidamente hacia aquel hombre sujetándole las manos para que no pudiese hacer daño alguno a mi soldado, y en éste mismo intervalo de tiempo llegaron dos soldados más en nuestro apoyo. Y menos mal que aquellos soldados llegaron con sus armas reglamentarias; pues a poco tiempo se oyeron algunos tiros desde la otra parte del bosque, dando uno de ellos en plena fachada de la cabaña. Entonces supimos que nos estaban atacando, sin saber quién eran los hostigadotes.

No lo pudimos saber por alejarse con buena marcha de nuestro lado aquellas personas rebeldes a nuestra causa. Pero al coger una prenda que uno de aquellos señores se había dejado caer en su retirada, pude ver que se trataba del mismo granjero, padre de la chica a quien curamos.

Con un soldado me presenté en la cabaña con idea de apresarle a dicho granjero, encontrándole con los puercos y echándolos el pienso en una especie de hoyo hecha en la tierra.

Aquel señor no hizo ni tan siquiera por huir, se dejó coger sin resistencia alguna; así que a mí me escamó mucho aquel comportamiento que había tenido dicho señor.

TENIENTE -. ¿Le puedo preguntar?.

GRANJERO -. Antes que usted me pregunte, yo respondo: Quieren casarme la hija con un rebelde y yo no quiero: pero me ha amenazado de muerte sino hago lo que él me diga, que al parecer es actos de vandalismos.

TENIENTE -. Querrá decir usted: Subversión.

GRANJERO -. No quería decir ésa palabra, por si me comprometía.

TENIENTE -. ¿Si usted me dice que ha sido obligado por amenazas de muerte para formar un pelotón de ataque en contra de nuestro ejército; veré si eso tiene atenuante?.

Con gran pesar de mi corazón, y pese a los lloros y lamentos de la madre y de la hija, me llevé a aquel señor a nuestra cabaña para informar al servicio de vigilancia militar que teníamos allí a dicho hombre.

Al siguiente día volví a la cabaña de aquella señora, encontrándomela con un sollozo increíble dentro de su Alma; pues al parecer no podía estarse tranquila en ninguna parte de su casa.

Al verme aquella señora entrar en la cabaña, en lo que en sí era su casa, se puso de pie para recibirme y a la vez suplicarme por su marido, diciéndola yo que ya no dependía de mí la seguridad de su marido; más bien dependía del juicio previo que hiciesen a su marido y si el haber sido obligado para hacer tales hechos tuviesen algún atenuante dentro del sumario del juicio.

No se quedaba quieta aquella señora por nada del mundo; parecía como si tuviese algún saltamontes dentro de su cuerpo, queriéndola yo tranquilizar no consiguiendo que se calmase, y hasta dijo algo que a mí me chocó un poco al quedarse fijamente mirándome a la cara y más tarde a los ojos.

GRANJERA -. No pude encontrar el cuerpo del Führer.

Yo me encogí de hombros como queriéndola decir, que no sabía nada de lo que me estaba diciendo en aquel preciso momento y así se quedó todo; en aguas de borrajas. No volviendo hablar nada más aquella señora en el tiempo que permanecí allí, junto a ellas, a la madre y a la hija.

Cuando volví a nuestra cabaña, tenía un informe para que me preparase a cambiar de destino: Ya que yo no estaba autorizado para arrestar a nadie. Y como yo recordaba de antaño; siempre que se encuentre un grupo de militares de servicio de vigilancia, sí se podía arrestar a un malhechor.

Tal vez querían que aquello no se supiese, y como yo había hecho unos lazos entrañables con aquellos campesinos, me retiraron de su lado para que no se supiese lo que había pasado con las medallas del Führer y de qué manera habían sido guardadas en aquel día fatídico dentro del bunker donde vivía Hitler. Aquello no podía ser divulgado por ningún medio propagandístico o de información periodística.

Una vez que llegué al cuartel general de aquella comarca no se me asignó servicio alguno, y al cabo de los ocho días me llamaron a la primera de Comandancia para darme el acta de licenciado en el ejército alemán.

No lo pensé más; cogiendo un avión con destino a Madrid para poder ver a mi familia, mi mujer y mi hijo. Y como yo les había mandado a decir la hora que llegaría al aeropuerto de Barajas, allí se encontraban mi mujer y mi hijo, para una vez estar delante de ellos darnos unos abrazos y unos besos de cariño, que se me partía el Alma de ternura hacia ellos.

ANDREA -. ¿Ya licenciado?.

MANUEL -. Totalmente.

Con la alegría en la cara nos fuimos a casa para poder hablar mejor en ella; pues lo que teníamos que decirnos era cosas íntimas, como para que no lo oyesen las demás personas de nuestro lado.

Ya en nuestra casa coincidimos mi mujer y yo en una cosa, que había un problema si permanecía en Madrid.

MANUEL -. Sabes: Si permanezco en Madrid hay un problema añadido.

ANDREA -. Igual pienso yo.

En unos días estábamos arreglando la casa del pueblo, pues al estar cerrada tenía bastante polvo y como la pintura deteriorada; así que contratamos a un pintor para que diese una mano de pintura a todas las alcobas de la casa, para poder vivir mejor en ella y hacernos la vida cotidiana más agradable posible.



Yo tenía en mente una sola cosa; el preguntar por el secretario del Excmo. Ayuntamiento, pero cuando recibí la noticia de que había muerto no veía camino de escapada para mi persona, ya que aquel señor me sacaría de dudas si él o alguien de la corporación municipal tuviese alguna prenda, distintivo o algo perteneciente a mi amigo Merino.

Y para no dar sospecha alguna, me limité hacer lo que cualquier jubilado, en éste caso licenciado, hace en el resto de su vida; que era dar paseos por todo el pueblo y su contorno. Así cuando me veía alguien, exclamaba: - Qué, dando paseos -.

Pero por aquello que la casualidad pone en nuestro camino, volví a ver al coronel que me había visitado un día en mi paseo hacía ya bastantes años.

TENIENTE -. ¡Mi coronel!

CORONEL -. Teniente, no se ponga nervioso: Mi visita es para saber si usted está bien y su familia goza de toda clase de comodidades.

TENIENTE -. Ya sabe, en el pueblo; en los tiempos que estamos tenemos todo lo que se puede tener.

CORONEL -. Nada más quería saber eso.

Haciéndome un saludo militar y respondiéndole yo con otro al ponerme firme por no llevar uniforme y sobretodo la gorra, se alejó de mí mi coronel, con una sonrisa en la cara que era preludio de haberme dicho adiós para siempre.

Llegué a casa con una alegría impar, al tiempo que mi mujer, Andrea, me abrazaba al comprender lo que pasaba: Dando fin a ésta ucronía.

FIN

## CRÍTICA DEL AUTOR A LA OBRA.

Es una novela ficticia, dentro de una ucronía: Queriendo que la historia se hubiese desarrollado como se ha pensado, más bien ficticiamente.

Se respetan las formas y los hechos sociales, como también se respetan a las personas; no haciéndolas caer en un panteísmo decadente; ya que algunos protagonistas quisieron que las personas tuviesen filosóficamente un panteísmo pragmático: Que llevasen a la práctica sus ideas personales de ellos.

Dentro de éste maremagno, hay una metafísica un tanto moral; al infundir la gracia de ése toque divino a las personas, para hacer el bien y no el mal.